

San José



*El amigo de Dios que
tiene un corazón de Padre*

COMPILADOR: JHON FREDY MAYOR TAMAYO



Universidad
CATÓLICA
de Pereira

VIGILADO MINEDUCACIÓN



Universidad®
Católica
de Manizales

VIGILADA MINEDUCACIÓN



UNICATÓLICA
FUNDACIÓN UNIVERSITARIA CATÓLICA
LUMEN GENTUM

2003.1731

San José, el amigo de Dios que tiene un corazón de padre.

Compilador: Mayor Tamayo, Jhon Fredy.

Autores

Wilma Mancuello González, Luis Guillermo Restrepo Jaramillo, José Helio López, Juan Francisco Rodríguez Cortés, Behitman Alberto Céspedes de los Ríos, Rebeca Cabrera Piñango.

-- 1 a. ed. -- Colombia: Pereira. 138 p.

ISBN: 978-958-8487-75-5 (Electrónico).

DOI: <https://doi.org/10.31908/eucp.59>

1. San José. 2. Paternidad. 3. Historia Salvífica. 4. Teología del cuidado. 5. Esperanza.
6. Familia. 7. Espiritualidad. I. Jhon Fredy Mayor Tamayo. II. Universidad Católica de Pereira. III. Fundación Universitaria Lumen Gentium. IV. Universidad Católica de Manizales

CDD: 268 - Educación religiosa

Catalogación en la publicación – Universidad Católica de Pereira.

Primera edición 2021

Universidad Católica de Pereira

Rector: Pbro. Behitman Alberto Céspedes De los Ríos

Vicerrector Académico: Nelson Londoño Pineda

Directora de Investigaciones e Innovación: María Luisa Nieto Taborda

Coordinadora de Gestión de la Investigación: Daniela Torres Morimitsu

Fundación Universitaria Lumen Gentium

Rector: Harold Enrique Banguero Lozano

Vicerrectora Académica: Luz Elena Grajales López

Director de Investigaciones: Fabio Alberto Enríquez Martínez

Universidad Católica de Manizales

Rectora: Hna. María Elizabeth Caicedo Caicedo

Vicerrectora Académica: Hna. Gloria Estela Rolón Díaz

Director de Investigaciones: Eduardo Javid Corpas Iguarán

Diagramación:

GRÁFICAS BUDA, SAS.

Calle 15 No. 6-23 PBX: 335 72 35

Pereira – Risaralda - Colombia

Reservados todos los derechos

© Universidad Católica de Pereira, 2020

Carrera 21 No. 49-95 Pereira

Teléfono 312 40 00

ucp@ucp.edu.co

www.ucp.edu.co

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión de los autores y no compromete el pensamiento de las Instituciones participantes, ni genera su responsabilidad frente a terceros. La autora asume la responsabilidad por los derechos de autor y conexos contenidos en la obra, así como por la eventual información sensible publicada en ella.

Pereira, Colombia

Diciembre de 2021

TABLA DE CONTENIDO

Prólogo	4
Capítulo I	11
La identidad de San José en los evangelios canónicos	
Capítulo II	35
La justicia de José, obediencia que nos alcanza la salvación de Dios	
Capítulo III	55
San José, una figura inspiradora para una ética del cuidado	
Capítulo IV	71
Lectura bíblico-teológica de la figura de san José en el contexto actual de la pandemia	
Capítulo V	95
San José, cuidador siempre antiguo y siempre nuevo de la familia Nuevas masculinidades, nuevas ministerialidades	
Capítulo VI	118
Trabajo y espiritualidad: Desafíos contemporáneos iluminados por José, el carpintero de Nazaret	

PRÓLOGO

San José, el amigo de Dios que tiene un corazón de padre

Jhon Fredy Mayor Tamayo¹

Como lo dirá casi la totalidad de los autores que hacen parte de esta publicación, san José es el gran desconocido. Primero porque las referencias bíblicas son escasas y limitadas solamente a los Evangelios de la infancia (Mateo y Lucas), y segundo porque la tradición lo presentó más desde los Evangelios apócrifos, los cuales fijan su figura más como la de un abuelo que como la de un esposo de María y padre de Jesús. Lo anterior hizo que el acercamiento a este personaje fuera más desde la piedad popular que lo ubicó en la larga lista de santos de la Iglesia. De ahí que muy poco se escribiera sobre él, y mucho menos se hiciera una lectura teológica de su figura que permitiera comprender un poco mejor su papel en la historia de la salvación y lo que él aporta a la vida cristiana.

Aunque el recorrido teológico sobre la figura de san José es más bien reciente, si tomamos como punto de partida el Decreto *Quemadmodum Deus* del papa Pío IX, cuando en 1870 lo declaró como patrono de la Iglesia, y como último documento la carta apostólica *Patris corde* del papa Francisco, de 2020, no ha sido así en la tradición del pueblo creyente que desde tiempos antiguos lo invoca como patrono de la buena muerte². Aunque esta reflexión teológica a nivel del magisterio petrino es reciente, las lecturas que hasta ahora se han hecho de san José son de gran riqueza, porque presentan al santo como patrono de la Iglesia (1870), patrono de los trabajadores (1955), custodio del redentor (1989) y como un padre

- 1 Candidato a doctor en Teología en la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín, director del programa de Especialización en Educación y Sagrada Escritura, investigador del grupo Yeshua de Unicatólica, profesor de Sagrada Escritura de la institución y del Seminario Mayor san Pedro Apóstol de la Arquidiócesis de Cali. Contacto: jmayortamayo1983@gmail.com.
- 2 El Catecismo de la Iglesia Católica en el numeral 1014 ubica junto a María a san José para implorar por una buena muerte.

que ama y cuida (2020). En cada uno de estos atributos que la Iglesia le ha dado a san José es posible ver muchas cualidades del santo, las cuales no serían posibles si no es por su profunda espiritualidad y la especial relación de amistad que tiene con Dios.

Es oportuno mencionar que estas grandes cualidades del santo llegaron al pueblo creyente más por la devoción y la piedad popular que por una evangelización y catequesis adecuada que permitiera profundizar en ellas. Podría decirse que los creyentes conocieron a san José más por la novena de Navidad que por la Biblia, los decretos, documentos o cartas papales. Si el mensaje bíblico y magisterial hubiese llegado al pueblo creyente, con seguridad el santo no hubiese sido reducido a la figura de un padre adoptivo y esposo silencioso, que poco aporta al plan salvador de Dios. De ser así no se habría dejado en el anonimato tanto tiempo todo lo que José encarna como personaje bíblico y sujeto teológico.

Es a partir del anonimato del santo y lo mucho que su figura representa y aporta a la vida creyente que se presenta este libro de compilación, en el que varios autores, con ocasión del año josefino declarado por el papa Francisco, hacen una relectura bíblica y teológica en clave contextual de sus grandes cualidades, las cuales sin duda alguna pueden resultar iluminadoras para tiempos tan complejos como los que vivimos en la actualidad. Es preciso decir antes de presentar los diferentes capítulos del libro que estas reflexiones fueron compartidas en el marco del IV Congreso Internacional y X Nacional Bíblico-Teológico del año 2021 que realizó la Universidad Católica de Cali (Unicatólica), en coorganización con la Universidad Católica de Manizales y la Universidad Católica de Pereira.

El objetivo del Congreso consistió en:

Propiciar un espacio académico y pastoral para la reflexión sobre la figura de san José que, desde una lectura contextual bíblica y teológica, ofreciera luces frente a los desafíos actuales de la familia, el trabajo, la espiritualidad y la vida de fe.

La motivación por este espacio sin duda alguna era unir a la efeméride eclesial del año josefino la necesidad expresada en el objetivo anterior. De ahí que el propósito era ver en la vida del santo un itinerario de vida creyente para nuestros días, ya que en san José es posible ver la representación de un hombre que creyó y confió, de un hombre que asumió el cuidado de su familia y enfrentó de la mejor manera los diferentes desafíos que se le presentaron: el dilema de conciencia frente al cumplimiento de la Ley (la justicia que salva o la que condena), las implicaciones y persecuciones por acoger el plan de Dios (el descredito de su nombre, huir de Herodes) y la responsabilidad de ser padre y esposo que cuida a su familia y trabaja para ofrecerle lo mejor.

Lo que vive y hace José en los pocos pasajes bíblicos que hablan de él es suficiente para saber que estamos ante una figura clave en el plan salvador de Dios; él, desde su silencio, obediencia y acción decidida, aporta significativamente al proyecto de Dios. De ahí la importancia de hacer una relectura de san José, de su vida y acciones, con la esperanza de que ellas iluminen nuestro contexto actual, en especial cuando tantas familias recorren como migrantes nuestro continente, y cuando muchos padres de familia pierden sus empleos a causa de la crisis económica o sus seres queridos por la pandemia de la COVID-19. El momento actual plantea nuevos desafíos a la familia, el trabajo y la espiritualidad de cara a una vida de fe más coherente y comprometida en la consolidación de relaciones y espacios de vida más humanos; espacios en los que aprendamos a cuidarnos los unos a los otros.

Con el ánimo de dar respuesta al objetivo que se trazó el evento académico, los capítulos que aquí se presentan toman como referencia o los textos bíblicos que mencionan al santo o los documentos magistrales que realzan la figura del santo en la vida eclesial. Ellos son el punto de partida para una contextualización teológica. Para una mejor lectura teológica de san José, los capítulos se han estructurado de la siguiente manera:

En el primer capítulo la Dra. Wilma Mancuello aborda la identidad del santo. A partir de un riguroso análisis de los textos bíblicos donde

aparece José, la autora construye la identidad del santo con el propósito de identificar su misión. Como primer paso se apega a los testimonios de los Evangelios llamados de la infancia (Mateo y Lucas), donde José está subordinado a la revelación progresiva del misterio de Jesús. Esos textos son el punto de partida para describir a José desde la relación que tiene con Jesús, María y Dios, que, en este caso, es clara por los testimonios de los Evangelios. Así las cosas, José es el padre de Jesús, el esposo de María y el amigo de Dios, quien es tratado con tal familiaridad como en otrora lo hiciera Dios con los profetas y el patriarca Abraham. A partir de esta triple relación, la autora habla de san José como un padre que protege, educa y ama a su hijo; un esposo que cree, confía y protege a su esposa, y como un hombre de fe que no teme seguir la voluntad de Dios y cumplir su justicia, aunque eso implique un cambio en su proyecto de vida. José se compromete con acciones (no con palabras) a cumplir el pedido de Dios. Todas estas categorías o roles de José no lo alejan de la actitud que todo creyente necesita asumir en el evangelio: la de discípulo.

En el segundo capítulo, el Dr. Behitman Alberto Céspedes reflexiona sobre el aporte que José hace al plan de salvación a partir de su obediencia a Dios. Para el autor, la obediencia de José al pedido de Dios de no abandonar a su mujer y acogerla en su casa junto al niño que nacerá lo justifica ante la Ley, y al mismo tiempo pone de ejemplo su virtud de hombre obediente a Dios. Lo anterior pasa por un dilema legal y moral en el que se ve envuelto el santo a tener por un lado la presión legal de su contexto cultural y la prescripción moral de cuidado y protección por la mujer y los niños. Sin embargo, convencido de que la revelación de Dios (en forma de sueños) es auténtica, el santo obra según conforme el pedido de Dios sin expresar ningún reparo. Para el Dr. Céspedes la acción obediente de José entra en la lógica proveniente del Antiguo Testamento, cuando Abraham realiza el mismo gesto abandonando su tierra y su parentela, y se confía a la voluntad y providencia divina. En estos dos gestos (en uno de abandono y en otro de no abandono), hay un acto de justicia que trae salvación para todos al ser actos incluyentes que benefician y favorecen a muchos. El autor invita a ver en la obediencia del santo un claro ejemplo de lo que es dejar actuar a Dios según su proyecto.

En el tercer capítulo el Dr. Luis Guillermo Restrepo, a partir de la imagen de san José como patrono de la Iglesia y de lo que él hace con su familia (María y Jesús), hace una lectura teológica del santo indicando que él es una figura inspiradora para hablar de una ética del cuidado (tan necesaria en nuestros días). Como primer aspecto, el autor afirma que el cuidado es una expresión de humanidad, y esa necesidad de cuidado nace del hecho de que vivimos en sociedad. Para un cristiano, *cuidar* y *cuidarnos* son expresiones que emergen de la ética como experiencia de humanidad más que de legalidad. De ahí entonces que cuidar al otro es una acción de profunda espiritualidad y humanidad. En una sociedad secular y en crisis de sentido, el cuidado del otro brota como una posibilidad para no perder nuestra humanidad y, por ende, nuestra sensibilidad, compasión y capacidad de acogida. La figura de san José como patrono de la Iglesia, es decir, de cuidador, protector y custodio, ha de inspirarnos, en medio de una pandemia como la que ha traído la COVID-19, a cuidar tanto de nosotros mismos como de nuestros seres queridos y de la humanidad en general. En la capacidad de cuidado que sepamos darnos ahora está la oportunidad para seguir siendo verdaderamente humanos.

En el cuarto capítulo la Dra. Rebeca Cabrera propone una lectura teológica de san José como padre, para ver en él una bendición para tantas familias que hoy sufren precariedad y amenazas, a causa de la crisis económica, la migración y el creciente abandono del padre de la familia. Ver en san José a un hombre que ama con corazón de padre es sinónimo de esperanza para tantos que sufren en el continente. Ante este sufrimiento que padece el pueblo y la familia, la autora habla del evangelio de san José, para indicar que en su figura hay una buena noticia para todos. Esa buena noticia se traduce en una paternidad que es igual a la de Dios y, por tanto, es motivo de gracia y bendición. La autora concluye su capítulo ofreciendo algunas claves para entender mejor la paternidad de José en nuestros días; entre ellas, destaca la idea de ver en José un prototipo de nueva masculinidad, pues vemos un hombre esposo que ama a su mujer, cree en ella y la deja ser ella (María sale a cuidar a su pariente Isabel). Lo anterior nos pone ante un José que rompe con el molde cultural de su época, y que en una lectura contextual se vuelve modelo para nuestros tiempos.

En el quinto capítulo el Mag. José Helio López, partiendo de la condición de José como padre de familia y de su familia misma, se propone ver en sus acciones nuevas masculinidades y nuevas ministerialidades. Sobre lo primero, y como ya lo insinuaba el capítulo anterior, en las actitudes del santo se observa a un hombre que va en contra del modelo cultural de su tiempo, pues le da un lugar especial a su esposa; lo mismo ocurre con su rol de padre, al dar un trato cariñoso y de respeto a su hijo. En san José esposo y padre se superan roles y poderes propios de la cultura semita y mediterránea que “contaba a los niños y las mujeres como cosas y pertenecientes a los hombres” (Valverde, 2008, p. 50). Esa nueva masculinidad abre la posibilidad para hablar de nuevas ministerialidades, en especial la reivindicación de la familia como iglesia doméstica donde se comparte la dimensión ministerial y carismática de la Iglesia, manifestada en el cuidado y la guía de los hijos, así como en la bendición y la celebración de la fe como expresión de la dignidad sacerdotal que cubre a todos los bautizados. Esa nueva ministerialidad de la familia ha de ponerla en salida a ejemplo de José, para que su luz llegue a tantas familias que la necesitan.

En el sexto y último capítulo, el Dr. Juan Francisco Rodríguez propone una lectura teológica de san José, a partir de su condición de hombre trabajador, que sirve para llegar a una reflexión en clave de espiritualidad sobre el mundo laboral actual y los efectos que ha tenido sobre la vida laboral la pandemia por COVID-19. El punto de partida de esta reflexión es la condición de José, un hombre trabajador que enseña a su hijo a trabajar. Para el autor, esas dos realidades del santo, hombre trabajador y hombre de familia, están en completa armonía donde se conjuga la mística y el amor; es decir, la vida espiritual y la vida familiar. Esa comprensión del trabajo, que no debe alejar a la persona de su dimensión espiritual, es una lectura que es preciso considerar hoy, en especial cuando el trabajo se ve desde la productividad, el utilitarismo y, en muchos casos, como espacio de explotación, donde en vez de prevalecer la dignificación de la persona, subyacen otras consecuencias como el estrés, el aburrimiento y la angustia.

Es preciso que en un contexto de pandemia, en que el trabajo y sus consecuencias se han trasladado a la casa, se vuelva la mirada a san José para

encontrar en su figura luces para repensar el objeto del trabajo: dignificar la vida de la persona. Y es claro que esa dignificación pasa por una revisión del modelo laboral y de productividad que nos gobierna. Se trata de abogar por un sistema de trabajo más digno y más justo.

Confiamos en que esta lectura bíblico-teológica de san José en clave contextual ayude a superar el anonimato que ha opacado su figura y nos permita retornar a su figura cuantas veces sea necesario. Consideramos que esta lectura es fundamental para conocer la identidad del santo (su misión), sus virtudes (obediencia y justicia), su ejemplo de cuidador y protector, su vida como buena noticia que es bendición y esperanza para los que sufren, su vida como modelo de cambio en aspectos como la masculinidad y la ministerialidad, y el ejemplo de hombre trabajador y místico que puede ayudar a configurar una nueva comprensión del mundo laboral. Volver sobre san José en un año dedicado a él (2021) es la ocasión para recordar que estamos ante un hombre que supo escuchar a Dios y se comprometió con la obra de salvación, sin que ello implicara renunciar a su dignidad de hombre, a su familia y a su trabajo.

A ejemplo de José, que supo cultivar una amistad con Dios desde el silencio (como camino espiritual), conviene que nosotros, en tiempos tan convulsos, cambiantes, ruidosos y materialistas como los actuales, también logremos encontrar caminos que nos ayuden a conservar esa amistad.



CAPÍTULO I

La identidad de San José
en los evangelios canónicos

Dra. Wilma Mancuello González, MIC.

Religiosa de la Congregación Misioneras de la Institución Claretiana. Doctora y licenciada en Ciencias Bíblicas por el Pontificio Instituto Bíblico (Roma). Magíster en Antropología Social por la Universidad Católica Nuestra Señora de la Asunción (Paraguay); licenciada en Ciencias Eclesiásticas y bachiller en Teología por el Centre Teològic Salesià Martí-Codolar (Barcelona, España). Profesora de la Facultad Eclesiástica de Sagrada Teología y de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Católica Nuestra Señora de la Asunción (Paraguay). Autora de varios artículos académicos y libros; entre ellos destaca su tesis doctoral “Lección de una madre hebrea. Exegesis de Proverbios 31, 1-9”, publicada por la editorial PPC, y su más reciente obra, *Del desconsuelo al anuncio misionero*, publicada por la editorial San Pablo.

Resumen

El artículo busca describir la identidad de san José atendiendo a los datos ofrecidos por los Evangelios canónicos, instrumentos eficaces de comunicación de Dios con los cristianos. En ellos, la identidad de san José aparece configurada desde tres ejes: su relación con María, con Jesús y con Dios. Se subraya que la noticia más antigua sobre quién fue José apunta a la figura de padre educador de Jesús; el hombre que lo dotó de una profesión digna en el contexto de una educación marcada por la libertad, el cariño y la corrección. Sobre su relación con María, los Evangelios afirman que es su esposo el hombre que aprendió a amarla, la protegió, respetó su libertad y su vocación personal según el plan de Dios, viviendo con ella una historia de amor diferente al resto de las parejas humanas. Sobre su relación con Dios, Mateo anuncia que José fue un hombre de fe y de obras a modo de los grandes profetas y del patriarca Abraham. Lucas proclama que José mantiene un trato mediatizado con Dios por medio de sus mensajeros humanos. Por tanto, es un modelo de creyente cercano a las historias humanas de todos los tiempos y de todas las culturas.

Palabras clave: José, identidad, misión, paternidad, educador, profeta.

DOI CAPÍTULO I: [HTTPS://DOI.ORG/10.31908/EUCP.59.C598](https://doi.org/10.31908/EUCP.59.C598)

Para citar este capítulo: Mancuello, W (2021). La identidad de San José en los evangelios canónicos. En Mayor Tamayo, Jhon Fredy (Ed.), *San José, el amigo de Dios que tiene un corazón de padre* (pp. 11 – 34). Editorial Universidad Católica de Pereira.

Introducción

Iôsep (José) es un nombre conocido en la tradición bíblica; probablemente, un diminutivo del nombre teofórico *Yôsip-yáh* (Esd 8,10) y significa “el Señor me dé otro” (Gn 30,24). Es decir, “el Señor añade al niño recién nacido y tantos otros” (Fitzmyer, 1987, p. 111). Es un nombre adecuado para quien desea tener una familia numerosa. La tradición cristiana, por su parte, hizo de san José un anciano, una imagen del santo que ha prevalecido durante siglos en la Iglesia.

Siendo escasos los datos sobre José en el NT, la piedad tradicional ha bebido abundantemente en los textos apócrifos, como el Proto-evangelio de Santiago, donde es presentado como un anciano, viudo con hijos e hijas cuando se casó con María (Proto-Evangelio de Santiago 9,2; Historia de San José 15,1). Estas noticias indujeron a la piedad cristiana a presentarlo como anciano que parecía más un abuelo que un padre de Jesús, y más un padre de María que un esposo.

Es preferible atenerse a los escritos canónicos por más escasas que parezcan las noticias. Nos centramos sobre los datos evangélicos; demostraremos que son suficientes para conocer su persona y amarlo *fili filiaequae corde* y hacer justicia a su nombre, padre de una muchedumbre. El artículo se estructura en dos partes; en primer lugar, rastreamos la figura de José en los Evangelios, y sobre esta base, en segundo lugar, presentaremos su identidad desde las tres relaciones que configuran su existencia: su relación con Jesús, con María y con Dios.

1. Los datos evangélicos sobre José

El hilo conductor de los Evangelios es la identidad de Jesús; con mayor razón aquello que da coherencia a los primeros capítulos de Mateo y Lucas. De ahí que los personajes que aparecen en los Evangelios estén subordinados a la revelación progresiva del misterio de Jesús, incluido, de modo particular, José, hijo de David.

En los escritos neotestamentarios se menciona a José, esposo de María y padre de Jesús, de manera sobria y respetuosa, por su nombre *Iōsēph*, 14 veces (Mt 1,16.18.19.20.24; 2.13.19; Lc 1,27; 2,4,16; 3,23; 4,22; Jn 1,45; 6,42). Es nombrado como “José, el carpintero” en Mt 13,55, que bebe de Mc 6,3, en donde Jesús es llamado “el carpintero”.

Es conocido José, por tanto, fundamentalmente, en las narrativas de la infancia de Mt 1–2 y Lc 1–2; textos que se escribieron “dentro de todo el proceso de composición que fijó por escrito la tradición evangélica” (Fitzmyer, 1987, p. 43); relatos “tan profundamente cristianos y dramáticamente persuasivos como los tres últimos, los que narran la pasión y la resurrección de Jesús” (Brown, 1982, p. 33). Y es preciso leerlos como tales. Ofrecen su mensaje al tiempo que generan emociones y sentimientos, crean imágenes para reconocerse como cristianos; proclaman la buena noticia que se hizo carne en la vida humana de Jesús como Hijo de Dios. De este modo son instrumentos eficaces de comunicación del Evangelio que despierta el interés del auditorio y lo interpela (Noguez Alcántara, 2018). Ambos libros se acostumbran a datar entre los años 70-80 d. C. por razones literarias, teológicas e históricas (Brown, 1982; Luz, 1993; Perrot, 2000; Bovon, 2005).

Siguiendo a pie juntillas las indicaciones de los Evangelios canónicos, sabemos que José es hijo de Jacob (Mt 1,16) y de Elí (Lc 3,23). Era originario de Belén (Lc 2,4), descendiente de la familia de David (Mt 1,20; Lc 1,27; 2,4), y ejercía el oficio de carpintero o artesano (Mt 13,55). Los detalles de semblanzas son desconocidos, así como las referencias a su nacimiento y a su muerte.

Por Lc 1,26 sabemos que José estaba comprometido con María de Nazaret a una edad probablemente joven, y por Mt 1,18-25, que obedece a la invitación del ángel para llevar a la prometida a su casa, embarazada por obra del Espíritu Santo, y asume así la paternidad de Jesús. Según Mt 2,16, ayuda a María en el nacimiento del bebé y permanece con su familia en Belén durante un cierto tiempo.

De acuerdo a los datos de Mt 2,13-18, para proteger a la madre y su bebé de la persecución homicida de Herodes, José se ve obligado a huir de Palestina y refugiarse en Egipto, sin paradero preciso, donde vive durante un periodo no especificado hasta la muerte del tetrarca. Y según Mt 2,22-23, enterado de la sucesión de Arquelao al trono (año 4. a. C.), José regresa con su familia a Palestina, donde elige establecerse en Nazaret de Galilea. Conforme al relato de Lc 1,26-38, José vivía en Nazaret, pero no se ocupa de relatar las vicisitudes del embarazo milagroso de su esposa. Después del nacimiento de Juan Bautista (1,57-80), Lucas narra el nacimiento de Jesús en Belén en el contexto del censo ordenado por el emperador César Augusto (2,4). Las dos versiones de Mt y Lc coinciden en que Jesús nació en la ciudad de Belén, donde, según Lc 2,4, José había ido para inscribirse con su esposa e hijo en el registro civil del rey Herodes.

En el relato de Lc 2,21-50 se nos narra una serie de acontecimientos que subrayan las tradiciones religiosas de José: cumplimiento de la circuncisión y la imposición del nombre al niño (v. 21), la purificación de la madre (v. 22), el rescate del primogénito presentado en el templo (vv. 23-38) y la peregrinación anual desde Nazaret a Jerusalén (vv. 41-50). Y, por último, nos cuenta que la familia se instala en Nazaret, en donde lleva una vida sencilla y ordinaria (Lc 2,39-40.51-52; Mt 2,22-23). Al parecer la condición social de la familia de José era modesta, no miserable sino digna y estable (Lc 2,22-24).

2. La identidad de José

¿Quién es José según los Evangelios canónicos? En la Escritura hablar de identidad es hablar de misión. Son dos caras de la misma moneda,

íntimamente relacionadas la una con la otra. Nos acercamos a ella desde tres ejes que configuran la vida de José en los Evangelios: 1) la relación de José con Jesús, 2) la relación de José con María y 3) la relación de José con Dios.

2.1. La relación de José con Jesús

San Pablo en su Carta a los filipenses nos dice que Jesús se hizo en todo semejante a los hombres (2,7). Esta similitud real nos descubre a Jesús con todas las necesidades materiales, afectivas y psicológicas que tiene cualquier persona humana; entre ellas, la de tener un padre, una figura masculina que le sirviera de modelo, de educador. Para todo ello el Padre Dios escogió a José, a quien los coetáneos de Jesús consideraban su padre *putabatur filius Ioseph* (Lc 3,23) o, llanamente, “el hijo de José de Nazaret” (Jn 1,45; 6,42) en el Evangelio canónico más reciente, escrito, probablemente, alrededor del año 100 d. C. (Brown, 1999, p. 104). En la tradición teológica se ha utilizado una multiplicidad de epítetos para hablar de la paternidad de José (Boff, 2007), pero es de justicia reconocer que se trata de una empresa difícil porque los Evangelios no le dan ningún calificativo.

2.1.1. El testimonio de Marcos. En Marcos, el Evangelio más antiguo (año 70 d. C.; cf. Gnllka, 1998; Marcus, 2000; Noguez, 2018), ante una inusitada predicación de Jesús en la sinagoga de Nazaret, se interrogan sus compueblanos: “¿No es éste el carpintero, el hijo de María y hermano de Jacobo, José, Judas y Simón? ¿No están sus hermanas aquí con nosotros? Y se escandalizaban a causa de Él” (Mc 6,3).

Así se nos da conocer la profesión de Jesús: “¿No es éste el carpintero...?”; dato que nos remite a su padre, José, el carpintero o artesano nombrado en Mt 13,55 (*ho téktōn hyiós*). La familia representa una colaboración significativa para la educación de los jóvenes en el antiguo Israel (Estes, 2011, pp. 15-37) porque en la tradición bíblica la formación de un niño es tarea de los padres (Pr 1,8; 6,20), donde se exhorta sin rodeos: “Enseña a un niño el camino que debería seguir, e incluso en una edad avanzada no se desviará de él” (Pr 22,6).

Por eso la noticia tan antigua sobre el oficio de Jesús nos da a conocer que José fue un hombre ocupado en la educación profesional de Jesús encarnando las enseñanzas de los maestros de Israel: “Enseña a tu hijo y trabaja con él, para que no tropieces con su desvergüenza” (Sir 30,13) y cumpliendo la ley judía: “Cada cual enseñará siempre a su hijo profesiones decentes y fáciles y ha de orar a Aquel de quien son la riqueza y los bienes...” (*Quidushin* IV,14. cf. I,7). Hay que añadir también, aunque no sean datos de Marcos, las cosas más ordinarias como saber leer y escribir (sugeridos en Lc 4,17-19 y Jn 8,6.8) y saber encender el fuego y cocinar (Jn 21,9) (Pedroli, 2019).

En resumen, José fue el hombre que dotó al Hijo de Dios de un futuro previsible, lo formó equipándolo para ganarse la vida con una profesión digna y estable (Mancuello y Medina, 2020).

2.1.2. El testimonio de Mateo. El Evangelio de Mateo es el que mayor noticia nos ofrece sobre la figura de José. En algunos textos podemos vislumbrar su relación con Jesús, como padre y custodio, una misión nada secundaria en el plan de Dios. Porque a través de su paternidad Jesús se inserta en la familia de David según la genealogía de 1,1-16 (Lc 3,23-38), que, tal como lo demuestran Luz (1993) y Pedroli (2019), tiene “función legitimadora”. De hecho, Mateo aplica, más frecuentemente que los otros autores del NT, el título de “hijo de David” a Jesús, y José es la única persona del NT, distinta de Jesús, que recibe ese mismo título (Brown, 1982). Tales datos subrayan la relación especial de paternidad de José con Jesús y pertenece al querer de Dios. Así Dios lo quiso y lo dispuso. Y José lo quiso y aceptó encarnarlo.

Mateo nos dice, por eso, al inicio de su obra que hubo un hombre llamado José que acogió a Jesús como hijo desde antes de nacer (1,18-25) y como una suerte de paralelo, al final de su vida, refiere otro hombre llamado José (de Arimatea), un discípulo secreto, que pidió a Pilatos su cuerpo (27,57-58) y, una vez obtenido, “tomando el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia” (27,59) y lo colocó en el sepulcro (v. 60), una obra propia de los discípulos en la tradición hebrea (Mc 6,29; Mt 14,12). De manera que

Jesús, el Hijo de Dios recién nacido, envuelto en pañales fue recibido por un hombre llamado José de la casa de David, y otro hombre, también, de nombre José, una vez muerto lo recogió envuelto en sábanas y lo puso en el sepulcro. Una inclusión llamativa, un detalle relevante y discrepante en el paralelismo: el primer José lo protegió y lo salvó de la muerte violenta cuando era un bebé (2,13-18); en los momentos más difíciles demostró de modo elocuente ser su padre (Stock, 1999).

El episodio de Mt 1,18-25 puede ser leído como un relato vocacional de modo análogo a Lc 1,26-38 (Muñoz Iglesias, 1990; López González, 2020). Está centrado en José y caracteriza su existencia. Se le encomienda poner el nombre “Jesús” al niño concebido en el seno de María, pues “salvará a su pueblo de sus pecados” (v. 21). José, poniendo el nombre al niño, lo adopta como hijo ante la ley de su pueblo y lo introduce en la casa de David; significa que lo protegerá para que lleve a cabo una misión que en el Antiguo Testamento era exclusiva de Dios (Gómez Fernández, 2021). Así Mateo presenta la vocación de José entrelazada con la misión de Jesús. En el AT la imposición del nombre es atributo del padre o de la madre, biológica (Gn 4,26; 5,3.29; etc.) o legal (Gn 30,6.8.11.13). El evangelista nunca lo llama padre porque este título lo reserva a Dios, pero de hecho José se comporta en todos los aspectos como tal. La voz de Dios mediada por el ángel y el narrador lo ponen en el rol de padre sin darle el título según los episodios de 2,13-15.18.23 (Stock, 1999; Pedrolí, 2019). Es el “hijo de David que adopta al Hijo de Dios” (León-Dufour, 1982). Por eso se puede decir que la adhesión de José al plan de Dios completa el asentimiento de María a la llamada divina según Lc 1,26-38.

2.1.3. El testimonio de Lucas. En el Evangelio de Lucas son el narrador (2,27.33.43) y María los que nos dicen quién es José para Jesús. María lo hace en el contexto del relato sobre la peregrinación a Jerusalén (2,40-52), ocasión para Jesús de hacer experiencia de autonomía y poner en apuros y en crisis a sus padres. María le regaña a Jesús diciendo: “Tu padre y yo te hemos buscado llenos de angustia” (v. 45). Nombrar primero a José y ella colocarse en un segundo lugar no es una fórmula de cortesía, sino lo normal, en el Nuevo Testamento, sería decir: “Yo y tu padre” (Lc 1,18;

21,8; Jn 10,30; 1Cor 9,6). Con esta formación María reconoce y evidencia explícitamente que José es paterfamilias y cuál es su relación con Jesús: su padre educador.

Es un detalle cargado de significación, no es un conflicto cualquiera. La Ley manda honrar al padre y a la madre (Ex 20,12; Lv 19,3; Dt 5,16) y es tajante con los hijos que quebrantan a sus padres, sobre todo, con los que incurren reiteradamente en la desobediencia (Dt 21,18-21). Los sabios de Israel acentúan la finalidad pedagógica del cuarto mandamiento en Proverbios y en Sirácida, su función religiosa (Prato, 1988). José es el padre del muchacho que se ha quedado en la capital sin permiso ni aviso. Suena fuerte y descortés la respuesta de “Jesús que desbarata los cálculos de sus padres” (Bovon, 2005, p. 227): “¿Por qué me buscabais? ¿Acaso no sabíais que me era necesario estar en los asuntos de mi Padre?” (2, 49). Aquí emerge la figura de Jesús como un adolescente cualquiera que “al descubrir algo extraordinario, supone y quiere que todos, empezando por sus padres, lo sepan: “¿No sabíais?” (Lc 2,49). “Aquello que él sabe también ellos deberían saberlo” (Vanni, 2001). Y se trata de la paternidad de Dios: “Mi Padre” (Lc 3,22; 4,3.9).

Si Jesús demuestra tal libertad para empezar a definirse como persona y hablar sobre la paternidad de Dios delante de sus padres nos induce a pensar que ha sido educado en la libertad y en el cariño en la casa de José. Pero ha tenido que romper con él para poder encontrarle en un plano distinto. José se muestra disgustado y preocupado por el comportamiento del hijo adolescente. No lo entiende (Lc 2,50), pero no lo abandona; lo sigue acompañando, ya que vuelve, según v. 52, con ellos a la casa de Nazaret y sigue bajo su autoridad.

2.2. La relación de José con María

Los Evangelios mencionan a José de una manera que se aleja de lo habitual. Nos hablan de él, un varón, desde su relación con una mujer. Mateo nos dice de él: “José, el esposo de María” (1,16), “María, desposada con José”

(1,18), “José, su esposo” (1,19), “María, tu mujer” (1,20), “José [...] tomó consigo a su mujer” (1,24).

2.2.1. El testimonio de Mateo. La primera mención se halla en el contexto de Mt 1,1-17 que muestra la historia de Israel antes de Jesús como un largo viaje humano que va de generación en generación, de vida en vida: fulano generó a mengano y así sucesivamente. Hay algo extraño en el árbol genealógico de Jesús: aparecen juntamente reyes famosos y hombres sencillos como José, cuya identidad es definida por la aposición “el esposo de María”. Son mencionadas también cinco mujeres, y la última es María. Ella tiene el honor de cerrar la larga cadena genealógica que conduce a Jesús. No se dice de hecho, como es de esperar por coherencia estilística, “José engendró a Jesús”, sino “Jacob engendró a José, el esposo de María, de quien nació Jesús, llamado el Cristo” (v. 16). Una gramática no muy feliz en griego que obliga a la mente a detenerse en esta frase y sobre el misterio que esconde: el flujo lento de las generaciones se precipita inesperadamente en un fin definitivo: José y María, una relación de amor diferente que abre la puerta a Jesús, el Mesías.

José mantenía con María una relación sentimental. Según la costumbre en Israel, la mujer era prometida acabada su niñez y contraía matrimonio en su pubertad (12 a 13 años) mientras el varón, terminada su adolescencia (18 años) (*Pirkè Abot* 5,23). El matrimonio se celebraba en dos partes. La primera es el compromiso o desposorio, que tenía valor de matrimonio, aunque la muchacha seguía habitando con sus padres, y no podía romperse sino por el repudio; mientras que la segunda parte implicaba la cohabitación, que sucedía al cabo de un año más o menos. De acuerdo al relato de Mateo 1,19-20, es durante este periodo que María queda encinta:

¹⁹José, su esposo, siendo justo y no queriendo descubrirla, le vino la idea de liberarla secretamente. ²⁰Pero apenas tomada la resolución, un ángel del Señor se le apareció en sueños diciéndole: José, hijo de David, no temas recibir a María —tu esposa— porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo.

Ser esposo de María le confiere a José unos derechos y deberes (Ex 201,17; Nm 30,13-15; etc.). El relator nos introduce en su interioridad, pretende que compartamos su perspectiva y nos cuenta que no quiere descubrirla, quiere guardar en silencio que el niño engendrado no es suyo: “Le vino la idea de liberarla secretamente”. Es algo imposible lo que piensa hacer, pues el repudio requiere dos testigos y es un acto público, en el que se devuelve la dote dejando a los contrayentes libres para otros matrimonios (Dt 24,1-4). ¿Por qué piensa así? En el caso del embarazo hubiese sido interpretado como adulterio, y se debía aplicar la lapidación (Dt 22,21).

Tal como habla de José, Mt 1,18-25 nos desvela su gran calidad y calidez humana como varón en su relación con María: una valoración y amor entrañable. Llega a pensar algo inviable para librarla del descrédito, de la deshonra y de las habladurías (Muñoz Iglesias, 1990). José recurre a otra ley y es la que se halla en el corazón, la ley del amor; a amar se manda en la Escritura (Dt 5,6; Lv 19,18; Jn 15,12-16.) porque es una actitud que se aprende (García López, 2001). Se trata de una ley mayor: amar a Dios y al prójimo (Mc 12,31).

El comportamiento de José con María tiene como base la síntesis de la Torá: el amor que protege y cuida (Mancuello y Medina, 2020). Por eso la justicia de José con María va más allá de cumplir lo que la Ley mosaica ordena (Mt 3,15; 5,6.10-11.20; 6,1.33). Con justicia el evangelista lo llama *justo*. Esta palabra frecuentemente en la obra mateana designa a las personas que obran acorde a la voluntad de Dios (Mt 10,41; 13,49; 23,35; 25,37.46; 27,4.24). Y en la literatura sapiencial justo equivale a sabio, y sabio es la persona amante del silencio y sabe tomar las decisiones correctas en cada momento de la vida (Mancuello, 2010). Por eso cualificar a José de justo en el contexto de su deliberación frente al misterio de la vida que lleva dentro su prometida es sumamente iluminador para conocer su persona: “Sus dudas tal como las presenta el narrador no son dudas acerca de María, sino consideraciones de qué debe hacer él” (López González, 2020).

Habiendo tomado la decisión, el Señor le pide a José que perpetúe su relación con María y que introduzca en esa relación, paradójicamente, el

motivo de mayor unión: el hijo que no es suyo. Es decir, la relación de José con María es una relación abierta a lo que el Señor quiere; no es una pareja abierta solamente a la vida, sino a la Vida de Dios que “salvará al pueblo de su pecado” (Mt 1,20). Alguien ha hecho notar la posibilidad de considerar a José el primer discípulo considerando su decisión de acoger a María a su casa, Arca de la Nueva Alianza (Lc 1,39-56) y madre de Jesús, en comparación con el discípulo amado que tras la muerte del maestro llevó a la madre de Jesús a su casa (Gómez Fernández, 2021).

Otra cualidad de esta relación es la protección, la custodia, tan apreciada en la tradición eclesial sobre el santo (Juan Pablo II, 1982; Francisco, 2020). Junto a Jesús, la protegida de José es María embarazada y parturienta (1,19-20; 2,13-15; Lc 2,1-7). En una sociedad como la israelita, la mujer necesita protección (Gn 34,25; Sir 42,9-14). José cumple esta misión por ser su vocación y encarna la convicción del orante sobre el Señor: “No duerme ni dormita, el guardián de Israel” (Sal 121,4).

2.2.2. El testimonio de Lucas. El tercer evangelista insiste cómo José y María han vivido fuertemente unidos en todos los episodios de la vida de Jesús (2,1-52). Habla de él de modo análogo a Mateo: “Una doncella desposada con un varón llamado José, de la familia de David, y el nombre de la doncella era María” (1,27); “José subió desde Galilea [...] con María, su mujer...” (2,4-5); “hallaron a María, a José y al niño recostado en el pesebre” (2,16).

Según el Evangelio de Lucas, María se mueve con mucha libertad tras recibir la visita del ángel y acoger su vocación de madre (1,26-38), y sin pedir permiso a su prometido, parte a la casa de Elizabet y permanece allí unos tres meses (Lc 1,39-45.56). No son datos históricos, pero nos permiten pensar que goza de la confianza de su esposo; sugiere que José no mantiene con ella una relación de tirantez y de control, sino de libertad y de confianza. Es su compañera en la contemplación: “Hallaron a María, a José y al niño recostado en el pesebre” (Lc 2,16); comparte con ella el sobrecogimiento ante el misterio de Dios en el niño recién nacido, y se maravilla con ella sobre lo que se decía de Jesús (2,33).

El otro episodio del que puede deducirse la relación de José con María es 2,40-52, considerado ejemplo narrativo único en el Evangelio por referir un episodio de juventud de Jesús (Rossé, 2001). A deducir del texto: ambos comparten el esfuerzo por comprender la obediencia de Jesús al padre. Ellos son sujetos gramaticales (“tu padre y yo”: v. 48) de la mayor parte de las acciones del pasaje: v. 41: “acostumbraban”; v. 42: “subieron ellos”; v. 44: “buscan”; v. 46: “encontraron”; v. 48: “se quedaron sorprendidos”; v. 48: “te buscábamos”, v. 50: “no comprendieron”. El susodicho relato se encuadra entre dos sumarios (vv. 40.52) dominados por terminología sapiencial, dato que nos consiente leer en clave de periodo de educación de Jesús. De los breves indicios se desprende claramente cómo José estaba unido a María en el amor y en la educación del muchacho. Educar implica sufrimiento porque implica corrección (Pr 3,11-12), José comparte con María el desconcierto por Jesús y la incomprensión (vv. 48.50) y son testigos de la incipiente opción existencial de Jesús de ser un don para la humanidad porque ha descubierto la paternidad de Dios (Vanni, 2001).

2.3. La relación de José con Dios

Conforme a un estudio nuestro muy reciente, el trato especial que José recibe de Dios radica en su amistad y familiaridad con Él a modo de los profetas y el patriarca Abraham (Mancuello, 2020, pp. 19-29).

2.3.1 El testimonio de Mateo. El Señor se comunica con José a través del sueño y le ordena lo que debe hacer en Mt 1,18-25; 2,13-15.19-23. En algunos textos veterotestamentarios los sueños son considerados un medio de comunicación de Dios con los hombres, por ejemplo, con Abraham (Gn 15,12), con los profetas (Nm 12,6); un libro profético anuncia que los sueños abundarán en la época mesiánica (Jl 3,1).

En los tres pasajes de Mateo que tienen a José como protagonista es el ángel del Señor el que se le aparece a José. La expresión “ángel del Señor” representa a Dios mismo en el AT (Gn 16,1-14; 22,11.15; Ex 3,2; Nm 22,22-35; Jue 6,11-22; etc.). Mateo tiene dos referencias más de admonición onírica: Los Magos a la vuelta de la visita al niño Jesús (2,12)

y la mujer de Pilatos cuando este estaba juzgando a Jesús (27,19), pero no hay ninguna aparición del ángel del Señor ni a los Magos ni a la mujer de Pilatos. Estos detalles nos avisan sobre la valía de José ante Dios como Abraham y los profetas; una figura relevante del tiempo mesiánico que irrumpe con la concepción virginal de Jesús.

Los tres pasajes comparten elementos literarios comunes de modo muy similares, notado por la mayoría de los exégetas:

Tabla 1. *La estructura literaria común consta de cuatro elementos: Contexto de sueño y aparición del Ángel del Señor; orden a José de hacer algo; ejecución de lo mandado por parte de José y unas citas de las Escrituras.*

Contexto de sueño y aparición del Ángel del Señor:	<p>1,20: "... he aquí un ángel del Señor se le apareció, diciendo:"</p> <p>2,13: "... he aquí un ángel del Señor se le apareció a José en sueños diciendo:"</p> <p>2,19-20: "... he aquí un Ángel del Señor se le apareció a José en sueños en Egipto diciendo:"</p> <p>2,22: "... y advertido en sueños, partió para la región de Galilea".</p>
Orden a José de hacer algo:	<p>1,21-22: "José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte contigo a María, tu esposa, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Ella dará a luz un hijo, al que pondrás de nombre Jesús, pues él salvará a su pueblo de sus pecados".</p> <p>2,13: "Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo".</p> <p>2,20: "Levántate, toma al niño y a su madre y regresa a la tierra de Israel, pues han muerto los que intentaban acabar con la vida del niño".</p>

<p>Ejecución de lo mandado:</p>	<p>1,24: “Cuando despertó José hizo lo que le había mandado el Ángel del Señor y le llevó a su mujer a su casa”.</p> <p>2,14-15: “José se levantó, tomó al niño y a su madre de noche, se fue a Egipto y se quedó allí hasta muerte de Herodes”.</p> <p>2,21: “Se levantó, tomó al niño y a su madre y entró en Israel”.</p>
<p>Citas de la Escritura:</p>	<p>1,22-23: “Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había hablado por medio del profeta, diciendo: <i>He aquí, la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, que traducido significa: Dios con nosotros</i>”.</p> <p>2,15: “Y estuvo allá hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo que el Señor habló por medio del profeta, diciendo: <i>De Egipto llama a mi hijo</i>”.</p> <p>2,23: “Y fue a vivir a una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliera lo que habían dicho los profetas: <i>Será llamado Nazareno</i>”.</p>

Los detalles que desconciertan a cualquier lector atento son el silencio de José y la aceptación, a primera vista, ciega de los mandatos divinos. José no responde con palabra, se compromete con hechos y obras a la llamada del Señor. Tal como se nos presenta su figura en su relación con Dios, y es la que elaboraron los primeros cristianos, reclama grandes figuras de la Escritura como Abraham y los profetas Oseas, Jeremías y Ezequiel. ¿Por qué?

En Mt 1,18-25 el Señor cambia a José su proyecto de vida, formar una familia normal con María, su prometida, a inaugurar un tipo de familia muy especial; aquella que se funda sobre la escucha de la Palabra de Dios y el cumplimiento de su voluntad (Mc 3,31-35; Mt 12,46-50; Lc 8,19-21). Y José lo acepta, ejecuta la orden sin protestar ni preguntar sobre los porqués. En 2,13-15 le ordena ir a un país desconocido como inmigrante

para salvar la vida del que ha de salvar al pueblo de sus pecados (1,21), y cuando ya estaba asentado, Dios le ordena volver a su patria (2,19-23). En los tres episodios la respuesta de José (1,24-25; 2,14.21-22) es ratificada con una cita de la Escritura (1,23; 2,15.23) y todos proceden de los libros proféticos, vale decir, en la vida de José se ha cumplido la Palabra de Dios; su respuesta ha permitido que la Palabra de Dios sea eficaz como la lluvia y la nieve que caen en tierra y no vuelven sino después de fecundarla (Is 55,10-13). Pero, de todos modos, puede inquietar el trato que Dios le dispensa a José, no cuenta con su libertad y le usa para sus propósitos.

En términos legales, en el caso de José, podemos hablar de derecho de familia violado, porque en la tradición bíblica formar una familia es un derecho consagrado y lo decide el varón según el derecho familiar (Gn 24,1-4).

Sin embargo, el Señor muchas veces trasgrede este derecho familiar. Así aparece en su relación con los profetas. A Oseas le pide casarse con una mujer prostituta de los cultos al dios Baal (Os 1,2-9) para expresar la infidelidad de Israel (Os 1,2c). El profeta lo ejecuta sin cuestionar lo que el Señor le pide. Incluso debe contraer matrimonio con ella por segunda vez habiendo ella incurrido en la prostitución (Os 3,1-5). Y Oseas responde a la llamada del Señor sin que el autor sagrado nos informe sobre los sentimientos del profeta. Sucede con Jeremías algo semejante. A este el Señor le pide no contraer matrimonio ni engendrar hijos porque el pueblo irá al destierro y el profeta debe comunicar este mensaje al pueblo con su propia vida (Jer 16,1-4.13). En ambos casos el Señor pide a los profetas que hagan algo sorprendente, un acto que contradice la Ley: casarse con una prostituta de los baales (Dt 7,3-5; Ex 22,13-21) o no contraer matrimonio ni engendrar hijos (Gn 26-28; 2,24; etc.). A Ezequiel, en cambio, lo convierte en viudo y sin hijos con la prohibición de hacer luto por ellos (Ez 24,15-27). (Mancuello y Medina, 2020, p. 25)

Con los profetas estamos ante figuras bíblicas muy especiales que gozan de una familiaridad única con Dios; por así decirlo, son propiedad especial

del Señor (Sal 105,15; 1 Cr 16,22). A ellos les llama a encarnar su mensaje jugándose sus proyectos de vida, su identidad de varón hebreo, expresada en el derecho de formar familia, un derecho trocado sin ser consultados, engendrar hijos y gozar de la compañía de la mujer amada, madre de sus hijos y herencia del mismo Dios (Pr 19,14; 5,15-19). A la luz de estas figuras proféticas podemos sugerir que Dios se relaciona con José a manera de los profetas, y un profeta muy particular, porque es un profeta sin pronunciar palabra verbalmente, el hombre del silencio. No necesita pronunciar palabras porque su vida es mensaje viviente de Dios que anuncia la llegada de la Palabra encarnada y cómo debe ser acogida y protegida. José, al aceptar su vocación, se convierte en profeta de la Buena Noticia de la Nueva Alianza: un Dios que es Padre que ama más allá de la biología, a cada uno en particular, se compromete con la vida de los indefensos del niño y de la mujer, y los protege de modo efectivo exponiéndose a la oscuridad de la historia humana: “Se levantó, tomó al niño y a su madre de noche y se fue a Egipto” (2,14).

La otra figura bíblica que reactualiza José es Abraham, llamado por Dios en Gn 12,1-10 a dejar su patria y marcharse a un país lejano y extranjero; este, sin protestar, emprende viaje con toda su familia. Su vocación es ser padre de un gran pueblo (v. 2), empresa de gran envergadura que recibe con disponibilidad y prontitud. La Escritura conoce a Abraham bajo varios apelativos, y uno de los sugerentes y que explica esa relación con el Señor es la de ser su “amigo”.

Pero tú, Israel, siervo mío, Jacob, a quien he escogido, descendiente de Abraham, mi amigo. (Is 41,8.)

Oh, Señor, Dios de nuestros padres. ¿No fuiste tú, oh, Dios nuestro, el que echaste a los habitantes de esta tierra delante de tu pueblo Israel, y la diste a la descendencia de Abraham, tu amigo para siempre? (2 Cr 20,7)

Y se cumplió la Escritura que dice: Y Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia y fue llamado amigo de Dios. Vosotros

veis que el hombre es justificado por las obras y no sólo por la fe.
(Sant 2,23-23)

Un trato de amistad implica complicidad y osadía para pedir algo, sabiendo que el amigo no se echará atrás (Ska, 2013); desde esta clave se puede comprender por qué Dios le pidió algo tan inesperado y sorprendente a José, sin muchas explicaciones. Y él le responde como alguien acostumbrado a tomar decisiones confiadas en la Voz que le llama. Abraham, el amigo de Dios, según las Escrituras, fue probablemente el otro modelo del que se sirvió el autor del Evangelio de Mt para esbozar lo que la tradición les había transmitido acerca del papá humano de Jesús, José, el carpintero y hombre justo.

2.3.2 El testimonio de Lucas. El tercer Evangelio no refiere ninguna comunicación directa de Dios con José por medio de su ángel. Nos resta deducir su experiencia de Dios de su convivencia con María y con Jesús. Por esta razón, José puede ser considerado desde la óptica lucana como el testigo más cercano de las obras más asombrosas de Dios en el mundo realizadas en la vida de María, convertida en casa del Espíritu Santo y “sierva del Señor” (Lc 1,35.38), y de la irrupción de la presencia de Dios en su íntimo núcleo familiar en la persona de Jesús, “el Hijo del Altísimo”, “Hijo de Dios” (Lc 1,32.35). Son acontecimientos que llaman al silencio, a la meditación asidua.

Así mismo, José se halla presente cuando los pastores visitaron al recién nacido para verificar el mensaje recibido por los ángeles (Lc 2,8-15). A ellos se les encarga la tarea de desvelar la mesianidad de Jesús que nace en Belén, pues, teniendo en cuenta el contexto mesiánico, hay que recordar que David era de Belén (Fitzmyer, 1987; Rossé, 2001), antes de ser rey era un pastor (1 Sam 16,11; 17,15.28.34; Sal 78,70). José permanece en silencio que evoca una actitud contemplativa: “Y fueron aprisa y encontraron a María, a José y al recién nacido acostado en el pesebre” (Lc 2,16). Esta es la única vez que Lucas refiere una escena de la familia completa con José. A propósito de lo acontecido en María, el evangelista narrativamente parece presuponer una comunicación de la pareja. Entonces, podemos

decir que José se relaciona con Dios en la perspectiva de Lucas, de modo análogo a como Dios lo hace con nosotros, los cristianos actuales: un trato mediatizado por sus mensajeros de carne y hueso, suposición que sitúa a José como modelo de creyente cercano de las historias humanas de todos los tiempos y todas las culturas.

Conclusiones

La identidad de José es presentada en los Evangelios íntimamente ligada a Jesús, a María y a Dios. El estudio realizado nos consiente llegar a las siguientes conclusiones:

1. La noticia más antigua sobre quién fue José apunta a la figura del padre educador de Jesús. Ha hecho cuanto estuvo a su alcance para dotar al Hijo de Dios hecho hombre bajo su protección de una digna profesión para ganarse la vida. Es en el Evangelio de Lucas donde este aspecto de la identidad y misión de José, una educación marcada por la libertad y el cariño, sin olvidar la disciplina que conlleva el cuarto mandamiento, emerge de modo particular: relato de la peregrinación al templo de Jerusalén (2,40-52). Aquí Jesús demuestra libertad para definirse como persona, relación especial con Dios hablando abiertamente de la paternidad de Dios delante de sus padres. José se muestra disgustado y preocupado por el comportamiento del hijo adolescente. No lo entiende, pero no lo abandona: lo sigue acompañando, ya que vuelve con ellos a la casa de Nazaret y sigue bajo su autoridad.
2. Mateo y Lucas subrayan que, gracias a José, Jesús se inserta en la familia de David (Mt 1,16) y pueden los escritos cristianos hablar con propiedad de que se trata del Mesías esperado por su pueblo y que, según Mateo, debía ser de la descendencia de David.
3. La misión de ponerle nombre al niño engendrado en el seno de María convierte a José en verdadero padre de Jesús (Mt 1,21), y de manera hábil, narrativamente, Mateo vincula la misión de José con

la de Jesús, y demuestra que José se ocupa de salvar a Jesús, un niño indefenso, de las amenazas homicidas de Herodes, marchándose a un país extranjero (2,13-15). José participa de la misión que el Padre Dios le encomienda a su Hijo Jesús.

4. Según los Evangelios, José es el esposo de María, el hombre que aprendió a amar entrañablemente a su prometida, la protegió, respetó su libertad, su lugar y su vocación personal según el proyecto de Dios. Vivió con ella una historia de amor diferente al resto de las parejas humanas, una relación abierta al plan de Dios, y fue el matrimonio vocacionado a abrir las puertas de su hogar a la Palabra de Dios hecha carne. Y como esposo compartió con ella los quebrantos y los gozos de la educación de Jesús: humana y religiosa.
5. José fue un hombre de Dios, un hombre de fe, un hombre de obras. Según Mateo, es a la manera del patriarca Abraham y los grandes profetas que se jugaron sus proyectos de vida en aras de encarnar la vocación recibida en donde mensaje y mensajero se identifican. A diferencia de estos, José es un profeta sin pronunciar palabras verbalmente, el hombre del silencio entre las obras. No necesita pronunciar palabras porque su vida es mensaje vivo del Dios viviente que anuncia la llegada de la Palabra encarnada y cómo debe ser acogida y protegida. Es el profeta que anuncia un Dios que es Padre y que ama, más allá de la biología, a cada uno en particular, y se compromete eficazmente con la vida de los indefensos de la tierra.
6. Y, según el testimonio de Lucas, José es un hombre creyente muy cercano a nosotros porque en este Evangelio José no recibe ninguna visita angélica para comprender y asumir su vocación. Y, por tanto, puede pensarse que mantiene un trato mediatizado con Dios por medio de sus mensajeros de carne y hueso, propuesta que nos ofrece una figura de san José como modelo de creyente cercano de las historias humanas de todos los tiempos y de todas las culturas.

Referencias

- Aland, K. et B. ; Karavidopoulos, J. ; Martini, C. M. ; Metzger, B. M. (Eds.). (1993). *Novum Testamentum Graece*. Vigésima Séptima Edición. Deutsche Bibelgesellschaft.
- Boff, L. (2007). *San José, padre de Jesús en una sociedad sin padre*. Presencia Teológica 162. Sal Terrae.
- Bovon, F. (2005). *El Evangelio según San Lucas. Lc 1–9*. Vol 1. Segunda Edición. Biblioteca de Estudios Bíblicos 85. Ediciones Sígueme.
- Brown, R. E. (1982). *El nacimiento del Mesías. Comentario a los Relatos de la Infancia*, Biblioteca Bíblica Cristiandad. Ediciones Cristiandad.
- Brown, R. E. (1999). *El Evangelio según San Juan I-XII. Introducción, traducción y notas*. Ediciones Cristiandad.
- De Santos Otero, A. (2003). *Los Evangelios Apócrifos. Colección de textos griegos y latinos, versión crítica, estudios introductorios y comentarios*. Décima Edición. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Del Valle, C. (Ed.). (2003). *La Mishná*. Biblioteca de Estudios Bíblicos 98. Sígueme.
- Estes, D. J. (2011). *Ascolta figlio mio. La pedagogia del libro dei Proverbi*. Studio di Teologia Biblica 2. Edizione GBU.
- Fitzmyer, J. A. (1987). *Lucas II*. Cristiandad.
- Francisco (2020). *Carta Apostólica Patris Corde con motivo del 150.º aniversario de la declaración de San José como Patrono de la Iglesia Universal*. https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost-letters/documents/papa-francesco-lettera-ap_20201208_patris-corde.html

- García López, F. (2001). *El Deuteronomio. Un Ley predicada*. Cuadernos Bíblicos, 63. Quinta edición. Verbo divino.
- Gómez Fernández, A. (2021). *Tras las huellas de José. Ícono del Padre y Guardián del Arca*. Segunda Edición. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Gnilka, J. (1998). *Marco*. Terza edizione. Commenti e studi biblici. Cittadella Editrice.
- Juan Pablo II (1989). *Redemptoris Custos. Exhortación Apostólica sobre la figura y la misión de San José en la vida de Cristo y de la Iglesia*. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_15081989_redemptoris-custos.htm
- León-Dufour, X. (1982). *Estudios de Evangelio. Análisis exegéticos de relatos y parábolas*. Academia Cristiana. Ediciones Cristiandad.
- López González, P. (2020). José de Nazaret: Mt 1–2 y sus efectos en la tradición viva de la Iglesia. Excerpta e Dissertationibus in Sacra Theologia. *Cuadernos doctorales*, 69, pp. 81-160.
- Luz, U. (1993). *El Evangelio según San Mateo* (Vol. I). Biblioteca de Estudios Bíblicos 74. Sígueme.
- Mancuello González, W. y Medina Cristaldo, C. (2020). San José en la Sagrada Escritura y en la espiritualidad. *Cuestiones Teológicas*, 47 (108), 19-39. <https://doi.org/10.18566/cueteo.v47n108.a02>
- Mancuello González, W. (2010). *La importancia de la Palabra humana en el libro de los Proverbios*. Senderos Bíblicos.: San Pablo.
- Marcus, J. (2000). *Mark 1-8. A New Translation with Introduction and Commentary*. Doubleday.

- Muñoz Iglesias, S. (1990). *Los Evangelios de la Infancia IV. Nacimiento e infancia en San Mateo*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Noguez Alcántara, A. (2018). *El nacimiento de Jesús según Mateo y Lucas. Narradores, intérpretes y evangelizadores*. Verbo Divino.
- Perrot, Ch. (2000). *Los relatos de la infancia de Jesús. Mt 1-2, Lc 1-2*. Cuadernos Bíblicos 18. Verbo Divino.
- Prato, G. L. (1989). *Giovani e anziani: Il quarto comandamento e la tradizione sapienziale*. En M. Gioia (Ed.), *I giovani nella Bibbia* (pp. 127-153). Studio Biblico Aquilano 8. Dehoniana.
- Pedroli, L. (2019). “Tu gli porrai nome”. San Giuseppe e la paternità. *Anthropotes*, 35, 60-61.
- Rossé, G. (2001). *Il Vangelo di Luca. Commento esegetico e teologico*. III Edizione. Città Nuova Editrice.
- Ska, J.-L. (2015). *El Pentateuco: un filón inagotable. Problemas de composición y de interpretación. Aspectos literarios y teológicos*. Estudios Bíblicos 53. Verbo Divino.
- Stock, K. (1999). Giuseppe, padre di Gesù secondo la Legge, *Parola Spirito e Vita*, 39, 87-99.
- Vanni, U. (2001). La Sagrada Familia en el Evangelio de Infancia de Lucas. En N. Calduch-Benagues (Ed.), *La Sagrada Familia en la Biblia* (pp. 139-147). Desclée de Brouwer.



CAPÍTULO II

La justicia de José, obediencia que nos alcanza la salvación de Dios

Pbro. Dr. Behitman Alberto Céspedes De los Ríos

Sacerdote de la Diócesis de Pereira. Filósofo y teólogo del Seminario Mayor María Inmaculada de la Diócesis de Pereira; licenciado en Educación Religiosa de la Universidad Católica de Pereira; especialista en Educación en Derechos Humanos de la Universidad Santo Tomás; Licenciado en Teología con Especialización en Teología Bíblica de la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma y Doctor en Teología de la Universidad Pontificia Bolivariana. Profesor de Sagrada Escritura en el Seminario Mayor de Pereira y en la Escuela Diocesana de Teología. Docente Asociado en la Universidad Católica de Pereira. Como investigador lidera una Investigación sobre Neuroteología. Desde el año 2019 es rector de la Universidad Católica de Pereira. Autor de artículos y diversas publicaciones, entre ellas sobresale su libro *Las otras bienaventuranzas evangélicas*.

Resumen

Después de situarnos en la figura de José presentada por los evangelios, nos interrogamos sobre qué quiere expresar el evangelista cuando afirma que “José era un hombre justo” (Mt 1,19). Precisamente, esa justicia lo llevó a obedecer a Dios, a no entorpecer sus planes, a colaborar en su proyecto de salvación; ante el misterio de Dios, solo cabe guardar silencio y apartarse para que Dios siga adelante con su obra.

Es interesante el paralelo que podemos hacer entre la actitud obediente de Abraham en el libro del Génesis (12,1 y ss.) y la actitud obediente de José, el esposo de María en el Evangelio de Mateo; de hecho, podríamos hablar de una gran inclusión bíblica, con la intención de hacer notar que toda la Historia de la Salvación se desarrolla desde la perspectiva de la obediencia a Dios.

Hoy se hace necesario imitar a san José, vivir nuestra justicia en la obediencia activa a la palabra de Dios; tener el coraje de vivir en la justicia, es decir, tener la humildad para dejar que Dios obre, dar espacio a Dios en la historia, permitirle avanzar en su proyecto y no ser obstáculo en la construcción permanente de su Reino.

Palabras clave: José, justicia, obediencia, Historia Salvífica, voluntad de Dios.

DOI CAPÍTULO II: [HTTPS://DOI.ORG/10.31908/EUCP.59.C599](https://doi.org/10.31908/EUCP.59.C599)

Para citar este capítulo: Céspedes-De los Ríos, B (2021). La justicia de José, obediencia que nos alcanza la salvación de Dios. En Mayor Tamayo, Jhon Fredy (Ed.), San José, el amigo de Dios que tiene un corazón de padre (pp. 35 – 54). Editorial Universidad Católica de Pereira.

Introducción

Junto a Juan Bautista, José, de la descendencia de David (*cf.* Mt 1,16.20), es la bisagra que une las dos puertas de la Historia de la Salvación, el Antiguo y el Nuevo Testamento.

A pesar de lo poco que encontramos en los evangelios sobre José, es suficiente para no parar de descubrir el tesoro que encierra su persona. Él está presente, aunque de manera discreta, en los evangelios canónicos de la infancia, Mateo y Lucas, los cuales nos dan el insumo fundamental para reconstruir su figura, cuya aparición siempre está en relación con Jesús o María, incluso en los contenidos de sus sueños¹ referidos por el hagiógrafo. La discreción de la presencia de José en los evangelios también se ha vivido a lo largo de la historia de la Iglesia, en donde “la imagen de San José constituye un ejemplo paradigmático de evolución iconográfica, pues pasará de ser prácticamente ignorado durante los primeros siglos cristianos a proclamarse en 1870 patrono de la Iglesia Universal” (De Arriba Cantero, 2013, p. 57). San Juan Pablo II le dedicó una Exhortación apostólica², y Francisco una Carta apostólica y un Año en su honor³.

1 En el evangelio de Mateo tenemos cuatro ocasiones en las que aparece en escena el Ángel del Señor en los sueños de José (Mt 1,20; 2,13.19.22).

2 Exhortación apostólica *Redemptoris custos*, Sobre la figura y la misión de san José en la vida de Cristo y de la Iglesia, Libreria Editrice Vaticana, 1989.

3 Carta apostólica *Patris corde*, con motivo del 150.º aniversario de la declaración de san José como patrono de la Iglesia universal, Libreria Editrice Vaticana, 2020.

Esta reflexión, a la luz de Mateo 1,18-25, busca destacar el sentido de la justicia de José, manifestada, como en Abraham, en la obediencia a la voluntad de Dios, transmitida por medio del ángel, y cómo podemos imitar hoy esta virtud.

En búsqueda de la figura de José

La fuente primaria que nos permite llegar a José está en los Evangelios canónicos; pero no es la única fuente, pues para acercarnos a la figura de José contamos con otros datos de la tradición cristiana y, sobre todo, con los Evangelios apócrifos de la Natividad y de la Infancia, cuyos datos han aportado para completar la imagen que presentan los evangelios canónicos de Mateo y Lucas. Por supuesto que la valoración es diversa, como llama la atención Aurelio de Santos Otero (1999), afirmando que “ante todo hay que dejar bien sentado que los apócrifos no aportan ningún dato a la revelación. Y es por demás evidente que no admiten comparación alguna [...] con los evangelios canónicos (p. 7).

En todo caso, sí es importante tener en cuenta los apócrifos, con juicio y buen criterio, claro está, pues en el personaje que nos ocupa:

Su naturaleza descriptiva suple la carencia de datos que presentan los Evangelios canónicos con respecto al carácter y la fisonomía de san José, aunque su aportación fue muy negativa para la consideración del santo, pues nos lo muestran como un tipo huraño, malencarado y mezquino. (De Arriba Cantero, 2013, p. 65)

Lo anterior tal vez por las discusiones cristológicas del momento. Por estos escritos también tenemos la idea de un José anciano, incluso viudo.

En algunos episodios hay marcadas coincidencias entre los apócrifos y los canónicos, como sucede con la Natividad⁴, la adoración de los magos⁵, la

4 Pseudo Mateo xiii, 1-3, Protoevangelio de Santiago xviii, 1-2, xix, 1-2

5 Pseudo Mateo, xvi, 1-2

huida a Egipto⁶. Pero también hay episodios que se apartan mucho o que solo están en los apócrifos: el milagro de la vara seca que florecería ante la persona digna de cuidar a la Virgen, y en cuya flor se posaría el Espíritu del Señor en forma de paloma⁷; los temores, dudas y reclamos de José a María⁸, y el beber el agua amarga de la prueba con la que debían demostrar, José y María, que eran inocentes de violar el voto de virginidad de María⁹.

El papa Francisco, con motivo del 150.º aniversario de la declaración de san José como patrono de la Iglesia universal, le dedicó al Santo la Carta apostólica *Patris corde*, precisamente diciéndonos que José amó a Jesús “con corazón de padre”. Son sugestivos los títulos de los siete números que componen esta Carta: padre amado, padre en la ternura, padre en la obediencia, padre en la acogida, padre en la valentía creativa, padre trabajador, padre en la sombra.

Destaca Francisco que en los Evangelios José es un humilde carpintero (Mt 13,55), desposado con María (cf. Mt 1,18; Lc 1,27); un «hombre justo» (Mt 1,19), que hace la voluntad de Dios (cf. Lc 2,22.27.39; Mt 1,20; 2,13.19.22); fue testigo del nacimiento del Mesías en un pesebre (Lc 2,7), de la adoración de los pastores (cf. Lc 2,8-20) y de los Magos (Mt 2,1-12). También nos informa que “tuvo la valentía de asumir la paternidad legal de Jesús, a quien dio el nombre que le reveló el ángel” (Mt 1,21). En compañía de María “presentó el Niño al Señor y escuchó sorprendido la profecía que Simeón pronunció sobre Jesús y María” (Lc 2,22-35). Ocultó a Jesús de la persecución de Herodes llevándolo a Egipto (Mt 2,13-18).

Con solicitud buscó a Jesús y lo encontró en el templo en medio de los doctores de la ley (cf. Lc 2,41-50), y José vio a Jesús progresar día tras día

6 Pseudo Mateo, xx, 2, xxii, 1-2, xxiii. Evangelio árabe de la infancia x-xv

7 Protoevangelio de Santiago ix, 1-3. Pseudo Mateo viii, 3-4. Libro de la Natividad de María: vii-viii, 1-2

8 Protoevangelio de Santiago xiv, 1-2. Pseudo Mateo, x-xi

9 Protoevangelio de Santiago xvi, 1-3. Pseudo Mateo, xii. 1-3

“en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y los hombres” (Lc 2,52). Finalmente, tuvo una vida simple y sencilla en Nazaret de Galilea.

Así que son muchos los aspectos que desde los evangelios podemos considerar en la vida de José, y que hacen de él una figura única, virtuosa, paradigmática, digna de imitar por los creyentes de todos los tiempos.

La justicia de José

Sin duda que “la grandeza de san José consiste en el hecho de que fue el esposo de María y el padre de Jesús” (*Patris corde*, 1). Sin embargo, a mi modo de ver, la corona de José se debe también a que fue un verdadero creyente, a que vivió como justo ante Dios y ante los hombres. Esa justicia lo llevó a obedecer a Dios, a no entorpecer sus planes, a colaborar en su proyecto de salvación. A esa justicia es a la que me quiero referir, poniéndola en relación con su obediencia y con lo que se pueda decir de José.

Sabemos que Lucas nos presenta su Evangelio de la infancia especialmente desde la perspectiva de María, de quien aporta interesantes noticias, en tanto que Mateo ha recurrido a las tradiciones de José. Con estos dos Evangelios podemos organizar un cuadro más completo de la sagrada familia de Nazaret.

Muy interesante es la presentación que hizo el papa emérito Benedicto XVI en su tercer tomo de la obra *Jesús de Nazaret*, llamado precisamente “La infancia de Jesús” (2012). Ahí encontramos un buen análisis bíblico teológico de los Evangelios de la infancia de Mateo y de Lucas. En el capítulo II nos entrega interesantes datos sobre el papel de José en la vida de Jesús. Y nos advierte que:

Los relatos de Mateo y Lucas no son mitos ulteriormente desarrollados. Según su concepción de fondo, están firmemente asentados en la tradición bíblica del Dios creador y redentor. Pero, en cuanto a su contenido concreto, provienen de la tradición

familiar, son una tradición transmitida que conserva lo acaecido.
(Benedicto XVI, 2012, p. 59)

Esta reflexión tiene como punto de referencia el texto del Evangelio de Mateo (1,18-25), en donde José recibe en sueños el anuncio de la concepción de Jesús y la realidad sobre el nacimiento del niño engendrado en María por obra del Espíritu Santo, así como la misión de continuar su relación con María y asumir la paternidad legal de Jesús.

Ignacio de la Potterie (1993), en su libro *María en el Misterio de la Alianza*¹⁰, trae un sugestivo capítulo titulado “El Anuncio a José”, que entiende como complemento al anuncio de María, y necesario para la comprensión de estos personajes sagrados. El capítulo es un análisis exegético teológico precisamente de Mt 1,18-25, del cual me valgo para compartir aquí algunas ideas, sobre todo el sentido que le da a la expresión *δίκαιος*, del versículo 19.

El texto es el siguiente:

¹⁸El origen del Mesías fue de esta manera. María, su madre, estaba comprometida en matrimonio con José y, antes de que ellos empezaran a vivir juntos, sucedió que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. ¹⁹Su marido José, que era justo, no queriendo denunciarla [revelar (su misterio)], decidió romper su compromiso [separarse de ella] en secreto. ²⁰Así lo tenía pensado cuando en sueños el Ángel del Señor se le apareció y le dijo: “José, hijo de David, no temas aceptar [recibir en tu casa] a María, tu mujer, porque lo engendrado en ella proviene del Espíritu Santo. ²¹Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados». ²²Todo esto sucedió para que se cumpliera el anuncio del Señor por medio del profeta, que dice:

10 Biblioteca de Autores Cristianos, 1993.

²³Miren que la virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrán por nombre Emmanuel, que traducido significa: Dios con nosotros.

²⁴Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado, recibió a su mujer ²⁵y, sin haber tenido relaciones, ella dio a luz un hijo, al que puso por nombre «Jesús».¹¹

No es el objetivo en esta ocasión hacer la exégesis a toda la perícopa¹² en cuestión, pero sí es necesario tener en cuenta el texto, ya que es el contexto para comprender el significado de la justicia de José en este episodio¹³. Por tanto, me referiré solo a los versículos o términos necesarios para el presente objeto.

Lo primero que hay que notar es que tenemos tres términos difíciles o problemáticos en el versículo 19, cuya traducción puede hacer variar el sentido del mensaje que se quiere transmitir. Esos son justo (*dikaiois*), difamarla (*deigmatissai*) y romper el compromiso o separarse (*avpolusai*). Según De la Potterie (1993), “la exégesis de la perícopa entera de Mateo dependerá en gran parte de la traducción y, sobre todo, de la interpretación de estas tres palabras difíciles” (p. 69).

11 El texto está tomado del Nuevo Testamento de la Biblia de la Iglesia en América (BIA); entre corchetes el texto como lo traduce Ignacio de la Potterie (1993, p. 67).

En el Protoevangelio de Santiago, XV, encontramos un texto muy similar. Algunos apartes; “Entonces José, lleno de temor, se alejó de María y se preguntaba cómo obraría al respecto. Y dijo: “Si oculto su falta contradigo la ley del Señor, y si la denuncio a los hijos de Israel, temo que el niño que está en María no sea de un ángel y entregue a la muerte a un ser inocente. Entonces ¿Cómo procederé con María? la repudiaré en secreto”. Y la noche lo sorprendió en estos pensamientos amargos. Y he aquí que un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “No temas por ese niño, pues el fruto que está en María procede del Espíritu Santo, dará a luz un niño y le llamarás Jesús, pues salvará al pueblo de sus pecados”. José despertó y se levantó, y glorificó al Dios de Israel, por haberle concedido aquella gracia y continuó reteniendo a su cuidado a María».

12 Puede verse todo el análisis en De la Potterie (1993), pp. 67-97, así como muchos otros comentarios ulteriores.

13 Interesante al respecto resulta el capítulo i del Libro iii de *La Josefina* de Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, editado por Enrique Uribe Jaramillo, O.C.D. (2021).

Empecemos por hablar de la justicia de José. ¿En qué sentido José es justo? El término *dikaios* se traduce¹⁴ normalmente por justo, también significa recto, bueno, íntegro, aprobado, correcto, acepto a Dios, acorde con la voluntad o el carácter de Dios. Veamos qué es lo que quiere expresar Mateo, según el análisis de De la Potterie:

José sería justo porque cumple la ley, pero no lo sería porque la misma ley pide denunciar y lapidar a la mujer que cae en situación de adulterio, y esa no parece ser la intención de José, aunque sí se sabía con el deber de denunciarla. Aquí la interpretación legal del término entiende que “‘justo’ es únicamente aquel que entra en el marco de la observancia estricta de la Ley judía” (De la Potterie, 1993, p. 70). Y en este caso José no es justo.

Unos autores interpretan la justicia de José como bondad. José es bueno, es bondadoso; él sospecha que ha sucedido un adulterio, y sabe lo que le puede pasar a María; por tanto, por ser bondadoso, por ser de buen corazón, quiere evitar el daño a su mujer; piensa cumplir la ley abandonándola, pero en secreto para salvarle la vida. La bondad de José salvaría la vida de María. Pero el problema está en que el griego cuando quiere referirse a bueno o bondadoso no usa *dikaios*, sino *agathós* o *chrestós*. Así que tampoco nos convence mucho esta acepción.

Otra interpretación, la que sigue De la Potterie (1993), explica:

El término *dikaios* como «justo ante Dios». No en el sentido restringido de una observancia minuciosa de la Ley judía, sino en el sentido de un respeto total por la voluntad de Dios y por la acción en nuestra existencia. (p. 70)

José es consciente de la acción del Espíritu Santo y decide no entorpecerla apartándose ante el misterio. De modo que: “podríamos describir así la actitud de José: es Dios quien actúa aquí; debo dejarle obrar; es preciso que

14 Diccionario Conciso Griego Español del Nuevo Testamento, 47.

yo me retire. En una palabra: si José decide apartarse de María, ello se debe a un sentimiento de respeto y de temor religioso ante el misterio de Dios. (De la Potterie, 1993, p. 71).

Según Uribe (2021), en la edición del hermoso libro *La Josefina*, de Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios, se afirma:

En la historia oriental dice Cristo estas palabras: Justo era mi padre José en extremo grado, porque en todas sus obras buscaba solamente la honra y gloria de Dios, etc. Como fue el hombre criado para Dios como para su último y verdadero fin, cuando todas sus obras, palabras y pensamientos se encaminaren a la gloria de Dios, entonces viene al justo y está labrado a compás y nivel de la divina voluntad y es perfecto; y esto no lo hace una sola virtud sino todas juntas. Porque cada una de por sí labra alguna potencia o inclinación, quitando algo del amor propio y afición a la criatura y enderezándola al servicio de su Criador. (p. 165)

En cuanto a la expresión *deigmatizai*, el análisis de nuestro autor rechaza la traducción tan común de infamarla o denunciarla públicamente, con fuerte sentido peyorativo, y opta por entender la expresión como ‘sacar a la luz’ o ‘revelar’. Y esto lo hace basado en que es más común en el griego usar el verbo compuesto *paradeigmatizo* cuando se quiere hablar de exponer las injurias, o exponer a la afrenta, como ocurre en Hb 6,6, en tanto que *deigmatizo* significaría simplemente ‘dar a conocer’, no necesariamente con resonancia negativa¹⁵. De todos modos, José prefiere ocultar lo sucedido; no quiere que lo que está pasando en María, y en él mismo, salga a la luz, y esto debido a su temor religioso, al respeto a Dios y a su discreción.

El tercer término, *apoluo*, que proviene del verbo *luo* (‘desatar’, ‘desligar’), puede traducirse por ‘dejar libre’, ‘dejar ir’, ‘despedir’, ‘deshacer, romper el

¹⁵ Puede confrontarse el análisis al respecto que hace Eusebio de Cesarea en sus *Quaestiones evangelicae*, 1,3, citado por De la Potterie (1993).

vínculo del matrimonio’, ‘repudiar’, ‘divorciar’. Pero no es posible entender que José quisiera romper el vínculo matrimonial o divorciarse de María, pues esto exigiría un acto público, con testigos, en tanto que José piensa hacerlo en secreto.

Entonces podemos deducir que José conocía la situación de María, sabía que ella había concebido por obra del Altísimo, tal vez ella misma se lo había contado, creía en su inocencia, pero no sabía cómo actuar, cómo comportarse ante tan grande misterio. Solo le cabía guardar silencio y apartarse para que Dios siga adelante con su obra. ¡Es dejar a Dios ser Dios!

La obediencia lo hace justo

Gracias al versículo 19 conocimos que José era un hombre justo. El análisis del pasaje nos ha permitido concluir que la justicia de José consiste ante todo en que ha sido capaz de reconocer la obra de Dios en María, en respetar su misterio y decidir apartarse para no entorpecer los planes de Dios.

Lo anterior no excluye lo dicho por Benedicto XVI (2012):

[José] ha de suponer que María había roto el compromiso y —según la ley— debe abandonarla. A este respecto, puede elegir entre un acto jurídico público y una forma privada: puede llevar a María ante un tribunal o entregarle una carta privada de repudio. José escoge el segundo procedimiento para no «denunciarla» (Mt 1,19). En esta decisión, Mateo ve un signo de que José era un «hombre justo» (p. 45).

Ahora podemos relacionar esta justicia con la obediencia. Dios se revela a José en sueños, mediante la presencia del “ángel del Señor” que se le aparece y le habla. Cada vez que José tiene un sueño escucha lo que dice el ángel y responde haciendo lo que se le pide. Es signo de la total y pronta obediencia a la voluntad de Dios.

Podemos notar algo interesante en esta cuestión. En el libro del Génesis (cap. 12) tenemos el inicio de la Historia de la Salvación con la llamada de Dios a Abraham. Encuentro un paralelo entre la actitud obediente de Abraham y la actitud obediente de José, el esposo de María. Veamos:

En Gn 12,1 tenemos la palabra que Dios dirige a Abraham pidiéndole abandonar su tierra: “Y YHWH dijo a Abram: Vete/sal de tu tierra, de entre tus parientes y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré” (וַיֹּאמֶר יְהוָה אֶל-אַבְרָם לְדָלֶךָ).

Y en Gn 12,4 está la respuesta de Abraham: “Entonces Abram se fue/salió tal como YHWH le había dicho” (וַיֵּלֶךְ אַבְרָם כַּאֲשֶׁר דִּבֶּר אֱלֹהֵי יְהוָה). Tanto la petición de Dios como la respuesta de Abraham contienen la misma palabra, el mismo verbo, incluso en sonoridad en la lengua hebrea se nota la correspondencia. También un poco en español: sal/salió; deja/dejó.

Gn 12,1: YHWH dijo a Abram: Vete/sal (לָךְ) de tu tierra

Gn 12,4: Respuesta de Abraham: Salió (וַיֵּלֶךְ) tal como el Señor le había dicho

El creerle a Dios, el acoger su palabra, el seguir su voluntad, la obediencia fiel, es lo que hace que Abraham sea justo: “Y Abram creyó en el Señor, y Él se lo reconoció por justicia” (Gn 15,6). Y precisamente al Abraham hacer lo que Dios le pedía, permitía que Dios echara a andar, iniciara la Historia de la Salvación de la humanidad. Al inicio de la Historia salvífica hay una palabra dirigida, creída, recibida y realizada. ¡Hay obediencia!

Esto mismo podemos ver en la historia de José, el esposo de María. La palabra de Dios dirigida a José por medio del ángel es recibida, creída y acatada por José, quien con su obediencia permite que continúe adelante la realización de la plenitud de la salvación.

José obedece lo que le dice el ángel; con claridad podemos ver el paralelo entre lo pedido por el Ángel y lo realizado por José:

- Mt 1,20: No temas aceptar [**recibir** -*παραλαβεῖν*- en tu casa] a María, tu mujer.
Mt 1,24: José hizo lo que el ángel del Señor le había mandado, **recibió** (*παρέλαβεν*) en casa a su mujer.
- Mt 2,13: **Levántate** (*Ἐγερθεῖς*), toma al Niño y a su madre y huye a Egipto, y quédate allí hasta que yo te diga.
Mt 2,14-5: **Levantándose** (*ἐγερθεῖς*), tomó de noche al Niño y a su madre, y se trasladó a Egipto; y estuvo allá hasta la muerte de Herodes.
- Mt 2,20: **Levántate**, toma al Niño y a su madre y vete a la tierra de Israel.
Mt 2,21: **Levantándose**, tomó al Niño y a su madre, y vino a la tierra de Israel.
- Mt 2,22: Advertido por Dios en sueños, partió para la región de Galilea.

Como hemos podido constatar, es posible hacer el paralelo entre Abraham y José, entre lo sucedido al inicio de la Historia de la Salvación con el padre en la fe y lo sucedido al inicio de la plenitud de la misma historia con José, el padre legal de Jesús. Y si fuese permitido, haría la transposición de nombres en el texto del Antiguo Testamento, para leerlo así: “Y José creyó en el Señor, y Él se lo reconoció por justicia” (Gn 15,6, énfasis agregado). Ahí tenemos otra clave para comprender la justicia de José en relación con su obediencia y con el Antiguo Testamento. De hecho:

La calificación de José como hombre justo (*zaddik*) va mucho más allá de la decisión de aquel momento: ofrece un cuadro completo de san José y, a la vez, lo incluye entre las grandes figuras de la Antigua Alianza, comenzando por Abraham, el justo. Si se puede decir que la forma de religiosidad que aparece en el Nuevo Testamento se compendia en la palabra «fiel», el conjunto de una vida conforme a la Escritura se resume en el Antiguo Testamento con el término «justo». (Benedicto XVI, 2012, p. 45)

Además, a mi parecer, como se ilustra en el cuadro siguiente, podríamos arriesgarnos y hablar, teniendo en cuenta el mencionado relato del Génesis y los relatos de José en Mateo, de una gran inclusión¹⁶ bíblica, con la intención de hacer notar que toda la Historia de la Salvación se desarrolla desde la perspectiva de la obediencia a Dios, a su palabra; la obediencia sería el *leitmotiv* que anima la posibilidad de la salvación de Dios. La obediencia de Abraham al inicio de la Historia salvífica y la obediencia de José (al final de la Antigua Alianza y al inicio de la Nueva) encierran todas las demás experiencias de obediencia que anuncian y preparan la obediencia definitiva que nos trae también la salvación definitiva y plena (plh,rwma), en Jesús el Señor (cf. Flp. 2,6-11).

El relato del Génesis y los relatos de José en Lucas, forman una inclusión bíblica.

- *La obediencia de Abraham:* Pone en marcha el inicio de la Historia de la Salvación
- *La obediencia de los patriarcas, profetas y demás personajes bíblicos:* Anuncian y preparan la plenitud de la Historia de la Salvación.
- *La obediencia de José:* Respeta el misterio de Dios y permite que avance la plenitud de la H.S.
- *La obediencia de Jesús:* Lleva a la plenitud (πλήρωμα) la Historia de la Salvación.

Toda la Historia de la Salvación se desarrolla desde la perspectiva de la obediencia a Dios.

Conclusión: la presencia de san José hoy

Sin duda que la palabra que Dios dirigió a Abraham y a José les causó estupor y los puso en crisis. Había que discernir, había que obedecer o rechazar, era necesario tomar decisiones. La decisión fue creer que sí era

¹⁶ La inclusión es una estructura o construcción literaria que consiste en relacionar al principio y al final de un texto, de un pasaje u de uno o varios libros, ideas o material similar, como marco que delimita y resalta todo el contenido que está enmarcado.

el Señor quien hablaba y que era preciso acatar esa palabra. No es una ilusión, no es solo imaginación, no es un mero sueño. La Palabra de Dios es realidad que nos interpela y que al obedecerla se convierte en salvación. Solo así la voluntad de Dios se hace bendición para nosotros.

Son muchas las maneras que tiene Dios para manifestarse. No podemos ni siquiera imaginarlas.

A José solo se le aparece en sueños, pero en sueños que son realidad y revelan realidades. Se nos muestra una vez más un rasgo esencial de la figura de san José: su finura para percibir lo divino y su capacidad de discernimiento. Solo una persona íntimamente atenta a lo divino, dotada de una peculiar sensibilidad por Dios y sus senderos, le puede llegar el mensaje de Dios de esa manera. Y la capacidad de discernimiento era necesaria para reconocer si se trataba solo de un sueño o si verdaderamente había venido el mensajero de Dios y le había hablado. (Benedicto XVI, 2012, p. 47)

La crisis de Abraham, la crisis de los personajes de la historia bíblica, la crisis de san José, se conjura con la presencia de un Dios que se hace cercano, que interpela, que da una misión, que promete compañía, que camina con su pueblo.

Francisco, en la *Patris corde* (2020), nos recuerda que:

También a través de la angustia de José pasa la voluntad de Dios, su historia, su proyecto. Así, José nos enseña que tener fe en Dios incluye además creer que Él puede actuar incluso a través de nuestros miedos, de nuestras fragilidades, de nuestra debilidad. Y nos enseña que, en medio de las tormentas de la vida, no debemos tener miedo de ceder a Dios el timón de nuestra barca. A veces, nosotros quisiéramos tener todo bajo control, pero Él tiene siempre una mirada más amplia. (n.º 2)

Por tanto, en medio de la crisis que vive el mundo con la pandemia, y con tantas otras pandemias ocultas y evidentes, en medio de este cambio de época, el papa Francisco nos invita a mantener la esperanza, a levantarnos, a que nos atrevamos a soñar, a que “soñemos juntos”. Afirmo el papa Francisco (2020):

Este es el momento para soñar en grande, para repensar nuestras prioridades —lo que valoramos, lo que queremos, lo que buscamos— y para comprometernos en lo pequeño y actuar en función de lo que hemos soñado. Lo que oigo en este momento es semejante a lo que Isaías le oyó decir a Dios a través de él: «Vení, hablemos sobre esto. Atrevámonos a soñar». (p. 6)

E insiste el papa en el mismo libro:

No estamos solos. Por eso no debemos tener miedo de adentrarnos en la noche oscura de los problemas y el sufrimiento. Sabemos que no tenemos todas las respuestas preparadas y empaquetadas, pero igual confiamos en que el Señor nos abrirá puertas que ni siquiera imaginábamos que existían.

Claro que vacilamos. Frente a tanto sufrimiento, ¿quién no se asusta? Está bien temblar un poco. De hecho, sentir temor ante la misión puede ser una señal del Espíritu Santo. Nos podemos sentir al mismo tiempo inadecuados y llamados a la tarea. Ese ardor que sentimos en el corazón nos confirma que el Señor nos está pidiendo que lo sigamos. (p. 21)

Como José, hoy debemos dar cabida a Dios en nuestra vida, reconocer su misterio, dejarle actuar su proyecto. Hoy se hace necesario que mostremos nuestra justicia en la obediencia activa a la palabra de Dios. Los signos de los tiempos están pidiendo a los creyentes, a la Iglesia, tener el coraje de vivir en la justicia, es decir, tener la humildad para dejar que Dios obre, dar espacio a Dios en la historia, permitirle avanzar en su proyecto y no ser obstáculo en la construcción permanente del Reino.

A ejemplo de san José, quien, sin comprender del todo, pero respetuoso ante el misterio de Dios, recibe a María, la Llena de Gracia, en su casa, también nosotros necesitamos abrirnos a la contemplación respetuosa de la presencia de un Dios que nos ofrece siempre su presencia y su gracia para que, recibéndolo en nuestra vida, podamos enfrentarnos con éxito a tantas situaciones difíciles y desafiantes de la vida, y nos hagamos mercedores de experimentar el cumplimiento de sus promesas.

Hoy tenemos que entender que todos cuentan en el pueblo de Dios; que no hay trabajo sencillo o discreto que no ayude a la causa del Reino, si así lo disponemos. “San José —el hombre que pasa desapercibido, el hombre de la presencia diaria, discreta y oculta— nos recuerda que todos los que están aparentemente ocultos o en “segunda línea” tienen un protagonismo sin igual en la historia de la salvación” (*Patris corde*, Introducción.).

En este mundo de la cuarta revolución industrial, no podemos olvidar que somos más de materia, que somos espíritu que trasciende, que somos la obra maestra de la creación, que somos criaturas, sí, pero creados a imagen y semejanza del Creador, quien nos entregó la misión de recrearnos permanentemente, en el compromiso de hacer que la humanidad sea cada vez mejor, que nosotros seamos cada día mejores humanos. Por eso es preciso dar espacio en nosotros al silencio y a la contemplación, para reconocer la voz de Dios que nos habla y obedecer su voluntad. En ese sentido, llegan muy bien las palabras del franciscano brasileño Leonardo Boff, en su libro *San José, padre de Jesús en una sociedad sin padre* (2021):

Todos tenemos interioridad. En nuestro interior hay un universo de vida, de emociones, de sueños, de arquetipos y de visiones. De él nos vienen voces, mensajes que nos aconsejan, nos advierten, nos inspiran. Mezclada con esas voces nos viene también la voz de Dios, que nos llama a una vida más sincera, más transparente, más abierta y más devota. Y solo escuchamos esa Voz y esas voces si guardamos silencio en nuestro interior. La vida interior es la vida del silencio elocuente y fecundo. En ese silencio maduran las buenas intenciones,

se elaboran los sueños que dan sentido a nuestra esperanza y nacen las palabras transformadoras de la realidad. (p.75)

Finalmente, el papa Francisco al terminar la *Patris corde* afirma que “el objetivo de esta Carta apostólica es que crezca el amor a este gran santo, para ser impulsados a implorar su intercesión e imitar sus virtudes, como también su resolución” (p. 7). Y lo que se espera de esta reflexión es que se haya podido hacer un acercamiento a algunos aspectos de la figura de san José, para que crezca nuestro conocimiento, admiración y veneración hacia este gran hombre justo y obediente, y que con su intercesión podamos de verdad imitarle en nuestro camino de creyentes y de discípulos de su hijo Jesús.

Para lograrlo, encomendemos nuestra vida de fe a este varón justo, con la seguridad de que en él tenemos un gran custodio e intercesor ante Dios, pues “san José no puede dejar de ser el Custodio de la Iglesia, porque la Iglesia es la extensión del Cuerpo de Cristo en la historia” (*Patris corde*, p. 5).

Referencias

- Benedicto XVI (2012). *La infancia de Jesús*. Editorial Planeta Colombiana S. A.
- Boff, L. (2021). *San José, padre de Jesús en una sociedad sin padre*. Sal Terrae. Presencia teológica.
- Francisco (2020). Carta apostólica *Patris corde*. Libreria Editrice Vaticana.
- Francisco (2020). *Soñemos Juntos. El camino a un futuro mejor. Conversaciones con Austen Ivereigh*. Plaza & Janes.
- Fray Jerónimo Gracián de la Madre de Dios (2021). *La Josefina. Sumario de las excelencias del glorioso San José*. E, Uribe Jaramillo, O.C.D (Ed.). Gráficas Buda.
- De Arriba Cantero, S. (2013). San José. *Revista Digital de Iconografía Medieval*, 5(10), 57-76. <https://www.ucm.es/bdiconografiamedieval/numero-10>
- De la Potterie, I. (1993). *María en el misterio de la alianza*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- De Santos Otero, A. (1999). *Los Evangelios Apócrifos*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- CELAM (2015). Nuevo Testamento. Biblia de la Iglesia en América. PPC.
- Nestle-Aland (2012). *Novum Testamentum Graece (NA 28)*. Deutsche Bibelgesellschaft.



CAPÍTULO III

San José, una figura inspiradora
para una ética del cuidado

Pbro. Dr. Luis Guillermo Restrepo Jaramillo

Filósofo y teólogo del Seminario Mayor de la Arquidiócesis de Manizales. Magíster en Teología y especialista en Dogmática por la Pontificia Universidad Gregoriana de Roma. Doctor en Teología por la Pontificia Universidad Javeriana. Es profesor de la Facultad de Educación de la Universidad Católica de Manizales desde enero del 2014 en pregrado y el Doctorado en Educación; también se desempeñó como decano de la Facultad de la misma Universidad. Autor de varias publicaciones en teología. Es investigador júnior y par de MinCiencias. Su interés investigativo se encuentra en el área de la teología fundamental, revelación y pluralismo religioso. Actualmente dirige el grupo de investigación Educación y Formación de Educadores (EFE) y es consejero del Consejo Nacional de Bioética (CNB) de Colombia (2019-2021).

Resumen

En el año convocado por el papa Francisco dedicado a san José, emerge la necesidad de evidenciar algunos aspectos fundamentales de su presencia perenne en la Iglesia. San José es el custodio del redentor y de la santísima Virgen María, es el patrono de la Iglesia Universal desde hace 150 años, y todo ello invita a profundizar en esta figura de cuidador, con todo lo que ella puede implicar para un creyente actual. Por ello se desarrolla este escrito desde una hermenéutica teológica, que busca comprender la necesidad del cuidado desde las perspectivas presentadas en el Evangelio de san Mateo, al referirse a san José, con el ánimo de permitir una lectura de contexto renovada y actualizar el testimonio josefino en las realidades del contexto actual.

Palabras claves: San José, cuidado, teología del cuidado, educación, salud.

DOI CAPÍTULO III: [HTTPS://DOI.ORG/10.31908/EUCP.59.C600](https://doi.org/10.31908/EUCP.59.C600)

Para citar este capítulo: Restrepo, L (2021). San José, una figura inspiradora para una ética del cuidado. En Mayor Tamayo, Jhon Fredy (Ed.), *San José, el amigo de Dios que tiene un corazón de padre* (pp. 55 – 70). Editorial Universidad Católica de Pereira.

Introducción

La figura de san José emerge en los evangelios como la del padre legal de Jesús y esposo de María. Sin embargo, tal figura realiza su función de padre que cuida y protege a su esposa y su hijo. Pero este lugar en el misterio de la salvación se expresa como el custodio, el cuidador, incluso de Iglesia. Por ello Pío IX lo declaró patrono de la Iglesia Universal. Su misión de cuidador, protector o custodio debe iluminar las maneras de constituir el hombre su acción como cuidador en diversas ocasiones en su vida.

Esta relación de todo ser humano con los otros y con el mundo en el que vive debe permitir mirar a San José como como un ejemplo o figura inspiradora para un comportamiento adecuado como cuidadores del mundo, de los otros y de sí mismo.

En el mundo actual, el contexto de la COVID-19 invita a tomar con mayor rigor el sentido del cuidado ajeno y propio para poder vivir en estas circunstancias que transforman la conducta humana y su modo de relacionamiento con el entorno.

El cuidado como expresión de humanidad

La ética es fundamental en el desarrollo del ser humano, a fin de cuentas, todos “somos humanos no solo porque el nacimiento nos otorgue esa condición, sino porque el contacto con el mundo socialmente compartido nos va ofreciendo a gotas un pedazo de humanidad” (Jaramillo-Ocampo y Restrepo-Jaramillo, 2018, p. 26). Y en esas experiencias que nos constituyen en humanos, las experiencias éticas son expresión central de humanidad y diferencian a todos del resto de lo creado.

Para el cristiano, la ética es más que un acto de cumplimiento de normas externas, pues son consecuencia de un actuar en coherencia con la fe, integrando a la vez los elementos fundamentales para ser más plenamente humanos, teniendo como fundamento lo que nos recuerda el Concilio Vaticano II al decir:

En realidad, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado. Porque Adán, el primer hombre, era figura del que había de venir, es decir, Cristo nuestro Señor, Cristo, el nuevo Adán, en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la sublimidad de su vocación. (GS, 22)

En la esfera de la ética, en el contexto actual de la COVID-19, la pregunta por el cuidado propio y ajeno se convierte en una pregunta fundamental. En contextos específicos el cuidado se ha tratado en perspectivas de educación y salud, pues son dos campos fundamentales de la realización del hombre. En este campo es fundamental comprender qué se entiende por cuidado. Con frecuencia cuidar se puede comprender como proteger. En el *Diccionario de la lengua española* (RAE, 2014) se pueden ver las siguientes definiciones de este verbo:

1. tr. Poner diligencia, atención y solicitud en la ejecución de algo.
2. tr. Asistir, guardar, conservar. *Cuidar a un enfermo, la casa, la ropa.* U. t. c. intr. *Cuidar DE la hacienda, DE los niños.*
3. tr. Discurrir, pensar.
4. prnl. Mirar por la propia salud, darse buena vida.
5. prnl. Vivir con advertencia respecto de algo. *No se cuida de la maledicencia.*

Todas ellas remontan a la idea de ser prudente y racional con relación a sí mismo y a los otros, incluso al mundo creado.

De lo básico anterior, brota la necesaria pregunta por cómo comprender el cuidado en el contexto actual desde una perspectiva ética y cristiana. En primer lugar, vale la pena recordar lo afirmado en otro escrito, para hablar del cuidado:

En la comprensión de lo humano la categoría cuidado tiene un doble enfoque en la perspectiva actual. Así, se pueden señalar perspectivas como la hermenéutica del sujeto de Foucault (2000), y la del cuidado como expresión de la fenomenología ética de la alteridad de Lévinas (2014). Convocar a ambos autores puede permitir un diálogo dialógico (Panikkar, 2007), que correlacione dos perspectivas, aplicables tanto a la educación como a la salud. Es fundamental aclarar aquí que esta relación no consiste en una complementariedad, es un ejercicio más complejo, pues el punto de partida es diferente, incluso en la comprensión del sujeto las perspectivas son distintas, la una se lleva a cabo desde la interioridad y la otra desde la exterioridad. (Restrepo-Jaramillo *et al.*, 2020, p. 108)

Para comprender la necesidad de vivir el cuidado como acción humana, es necesario ver el contexto de este como una fenomenología ética, pues el cuidar del otro no puede ser simplemente una excusa para el autocuidado. En estos tiempos de pandemia, ante el desprecio de muchos por cuidarse, se debió recurrir al discurso de “cuidese para cuidar a los otros”. El cuidado es un deber fundamental del ser humano.

Por otra parte, el reconocimiento del otro es el que conduce a una ética del cuidado desde la alteridad, sin caer en la tentación de reducirla a reglas o principios que la regulen. Como lo recuerda Skliar al hablar de cuidado y educación:

Tal vez sea necesario rendirse ante una evidencia que parecerá tan obvia como redundante: la cuestión del cuidado del otro excede largamente cualquier pretensión de encerrarse en una temática más o menos bien definida; se resiste a reducirse a una serie de reglas, principios y leyes que regulen y discriminen qué es y qué

no es tal cuestión. Como una piedra arrojada al agua, cada vez que intentamos definir el lugar del dilema, este se abre en más y más círculos que, a cada segundo, impiden una concreción y una definición precisas. Y quizás eso ocurra justamente por lo que nos ocupa: si entendemos “el cuidado del otro” como una doble necesidad, esto es, la de pensar el otro por sí mismo, en sí mismo y desde sí mismo, y la de establecer relaciones de ética, pues a cada relación de alteridad, a cada conversación, a cada encuentro, todo puede cambiar, todo puede volver a comenzar, todo se hace transformación, todo se recubre de un cierto misterio, todo conduce hacia la llamada de un cierto no- saber. (2008, pp. 11-12)

Ahora bien, la comprensión de lo humano debe pasar por la valoración de su realidad multifacética, donde la alteridad es una veta de su comprensión. En esta relación con el otro se muestra la trascendencia, que va más allá de la contemplación objetual, como bien recuerda el filósofo de Kaunas al decir:

Pensar lo infinito, lo trascendente, al Extranjero, no es, pues, pensar un objeto. Pero pensar lo que tienen las grandes líneas del objeto es, en realidad, hacer algo más o algo mejor que pensar. La distancia de la trascendencia no equivale a la que separa en todas nuestras representaciones el acto mental de su objeto, ya que la distancia a la que se mantiene el objeto no excluye —y, en realidad, implica— la posesión del objeto, o sea, la suspensión de su ser. (Lévinas, 2012, pp. 46-47)

La alteridad así comprendida emerge como el movimiento por excelencia de la trascendencia como un ir más allá, no por un mero rechazo de lo ya vivido, sino como apertura radical a lo que va más allá del yo. Así llega a afirmar Lévinas (2012): “El movimiento de trascendencia se distingue de la negatividad por la que el hombre descontento rechaza la condición en que está instalado” (p. 36).

Junto a lo anterior, se entiende que el otro no es el punto culmen de expresión de la realización humana. Pero precisamente por ser expresión de exterioridad humana, el pobre, la viuda, el huérfano, el extranjero son acogidos no para poseerlos en la autorrealización del yo, sino reconociendo su humanidad, cuidando de él. Este humanismo del otro hombre es, pues, el que descubre plenamente mi propia humanidad (Lévinas, 1993).

Es desde este sentido fenomenológico ético que aparece el cuidado del otro no como una consecuencia de un sí mismo; más bien ayuda al yo a descubrir su lugar adecuado y a no ver al otro como problema, sino como necesario compañero de camino. El sujeto sale de la totalidad para, dirigiéndose al infinito, descubrir al otro que tiene mucho que enseñarle en el cuidado de sí, podría decirse desde el otro. Se puede afirmar, sin duda alguna, que el rostro del otro será el que lo revelará y hará que se me imponga a misubjetividad, convocándome a cuidar de él en esa especial relación que se expresa en el nosotros.

Así pues, se entiende que la otredad se expresa de manera sublime en el amor que cuida y protege como necesidad de expresión comunicativa. Como lo recuerda otro filósofo, el amor al otro es acto no planeado que garantiza su huella. En palabras de Rosenzweig (1997):

El amor no puede sino actuar. No hay acto de amor al prójimo que caiga en el vacío. Justamente porque el acto se hace a ciegas, tiene que mostrarse como efectivo en algún sitio. En cualquiera, y es incalculable en cuál será. Si hubiera sido hecho lúcidamente, como la acción con vistas a un fin, sí sería posible que desapareciera sin dejar huella. (p. 323)

El cuidado del otro debe ser más que un acto meramente altruista, con frecuencia muchos fundan el cuidado en el reconocimiento de los derechos ajenos, pero en realidad en esta perspectiva es y debe ser siempre un acto de absoluta necesidad ética frente al otro, un acto de amor.

Sin embargo, es necesario reflexionar aquí sobre el cuidado de la casa común, como dice Francisco, un cuidado que va más allá del sí mismo, del otro y llega a lo otro. Eso otro que es el mundo en el que vivimos. Francisco dice en la *Laudato si'*:

Después de un tiempo de confianza irracional en el progreso y en la capacidad humana, una parte de la sociedad está entrando en una etapa de mayor conciencia. Se advierte una creciente sensibilidad con respecto al ambiente y al cuidado de la naturaleza, y crece una sincera y dolorosa preocupación por lo que está ocurriendo con nuestro planeta. Hagamos un recorrido, que será ciertamente incompleto, por aquellas cuestiones que hoy nos provocan inquietud y que ya no podemos esconder debajo de la alfombra. El objetivo no es recoger información o saciar nuestra curiosidad, sino tomar dolorosa conciencia, atrevernos a convertir en sufrimiento personal lo que le pasa al mundo, y así reconocer cuál es la contribución que cada uno puede aportar. (LS, n.º 19)

Con lo señalado por el papa Francisco queda claro que la preocupación por lo creado requiere también de nuestro cuidado. Cuidar del otro no es más que cuidar también de lo creado, dando cumplimiento a la sana teología de la creación, donde el enseñoramiento de lo creado no es mera apropiación para la explotación: es actitud responsable frente al cosmos que habitamos y que nos ha sido encomendado por Dios.

El papa Francisco insiste en la necesidad de entender el cuidado de la casa común, por lo importante que es el cuidado de los demás y en especial de los más frágiles:

Por otra parte, si bien esta encíclica se abre a un diálogo con todos, para buscar juntos caminos de liberación, quiero mostrar desde el comienzo cómo las convicciones de la fe ofrecen a los cristianos, y en parte también a otros creyentes, grandes motivaciones para el cuidado de la naturaleza y de los hermanos y hermanas más frágiles. (LS, n.º 64)

Es así que el cuidado del otro, de los otros y de la casa que habitamos debe brotar de la responsabilidad ética que tenemos como humanos y se debe ver enriquecida por la perspectiva teológica.

Ahora bien, desde el contexto de la pandemia, desde la perspectiva filosófica insinuada anteriormente, se procede a presentar unos avances para una teología ética del cuidado desde la figura de san José.

San José como testigo del cuidado

La figura de san José se presenta significativa para el quehacer como creyentes en nuestra interacción ética con los otros. Esta presencia josefina es la que, desde la discreción en el Nuevo Testamento, puede mostrar sendas de comprensión para el ser humano actual.

Es evidente que si se quiere realizar una fundamentación bíblica de este tema, se debe fundar en los dos textos neotestamentarios que más lo nombran: los Evangelios de san Mateo y de san Lucas. Sin embargo, y para dejar a los expertos el estudio exegético completo de los textos donde aparece la figura de José, se opta por seguir, ante todo, el texto mateano. San Mateo se expresa sobre José diciendo: “Su marido José, que era justo” (Mt 1,19). Este término define a José, pero ¿qué se entiende por ser justo? Al respecto el mismo papa Francisco en su carta *Patris corde* regala un acercamiento al afirmar: “Siempre dispuesto a hacer la voluntad de Dios manifestada en su ley” (Francisco, 2020, p. 1). Por ello cuando se pregunta por la justicia de José, se puede comenzar por resaltar una acción que marca la diferencia: él se decide a repudiarla en secreto, un acto sin parangón en el Antiguo Testamento. Por lo mismo, si se esperaba un documento que validara tal repudio, parece más bien que José desea cargar sobre sí la posible infamia que debería recaer sobre la repudiada. Se puede decir que es un hombre justo por ser capaz de ver más allá de las apariencias y formarse una idea sobre la acción de Dios en esta circunstancia. La bondad de José lo hace justo.

Sin embargo, en el texto es importante resaltar el hecho de un José que es presentado como esposo de María y no como padre de Jesús. Esta narración está expresamente hecha para presentar a José como el padre legal de Jesús, en coherencia con el texto inmediatamente anterior del Evangelio, la genealogía mateana. Es decir que lo fundamental de la figura del santo no es otra que mostrar el cumplimiento de las profecías veterotestamentarias (Schmid, 1973).

Pero el texto de san Mateo 1,18-25 puede aportar más claridades frente a la figura de san José. El sueño de José aparece en el texto como acto de comunicación divina mediado por el ángel, mensajero de Dios. José ha tomado una decisión: no hará nada de modo público y evitará a María cualquier tipo de escarnio. Sin embargo, un ángel del Señor se le aparece en sus sueños y le dice cuál es el origen del niño que María lleva en su vientre, y así le da una inmensa autoridad a esta afirmación que, si saliera de los labios de su desposada, sería insuficiente. Como sostiene Schmid (1973):

Antes de poner por obra su decisión, José recibe una explicación de lo sucedido por medio de un ángel que se le aparece en sueños. Esta noticia, comunicada nada menos que por un enviado de Dios, tiene más peso del que hubiera tenido si únicamente los labios de María fueran su origen. Porque la idea de que el Mesías vendría al mundo de manera distinta que todos los demás hombres era absolutamente extraña al judaísmo. (p. 65)

José es descendiente de David, y por él se le transmitirá a Jesús, como a su hijo legal, la filiación davídica, pero no solo busca comunicar a José lo que tiene que ver con la maternidad de María para que no la ponga en riesgo. El anuncio a José es por ser el padre legal y para comunicarle el nombre que debe dar al niño, por ser este el que cumplirá las profecías mesiánicas (Schmid, 1973).

Para nuestro interés es fundamental el final de este texto bíblico: “Una vez que despertó del sueño, José hizo como el ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer” (Mt 1, 24). Mucha tinta ha corrido

en las obras de los exegetas sobre el versículo final (Mt 1, 25), por aquello de que José no conocía a María hasta que ella dio a luz. Sin embargo, para este tema es de mayor interés el versículo citado, pues muestra la disponibilidad de José para hacer lo que Dios le pide, buscando el bien de María y de su hijo, al que pondrá por nombre Jesús. La disponibilidad de José queda claramente manifestada porque le bastó con despertar para hacer lo solicitado por el ángel. José ya se esboza en este texto como el custodio, el cuidador de Jesús y de María.

Al respecto, recuerda san Juan Pablo II que José es, con María, el primer depositario del misterio:

De este misterio divino José es, junto con María, el primer depositario. Con María —y también en relación con María— él participa en esta fase culminante de la autorrevelación de Dios en Cristo, y participa desde el primer instante. Teniendo a la vista el texto de ambos evangelistas, Mateo y Lucas, se puede decir también que José es el primero en participar de la fe de la Madre de Dios, y que, haciéndolo así, sostiene a su esposa en la fe de la divina anunciación. Él es asimismo el que ha sido puesto en primer lugar por Dios en la vía de la “peregrinación de la fe”, a través de la cual María, sobre todo en el Calvario y en Pentecostés, precedió de forma eminente y singular. (RC, n.º 5)

El custodio del redentor, José, no solo es tal por contemplar el misterio y aceptar la voluntad de Dios: es también el cuidador de Jesús y de María para que los planes divinos se puedan cumplir. Así, por ejemplo, se entenderán otros textos como el de Lc 2, 41-50, cuando se ve a José junto a María preocupados buscando a Jesús que ha subido con ellos a los 12 años a la Pascua, y se da la escena con los doctores de la ley en el templo. Sin embargo, esta escena presenta a María y José angustiados por su hijo, al cual desean cuidar como siempre; es decir, cumpliendo la función paterna del cuidado del hijo, pero también de custodio como colaborador del misterio salvífico (Fitzmyer, 1987).

Ahora bien, para profundizar en la figura de José, es necesario dar una breve mirada al capítulo segundo de Mateo, en especial a lo que se refiere a su figura y actuación en el plan divino. La escena es muy conocida, pues se refiere a la visita de los magos orientales y a las consecuencias de ello, en particular la huida a Egipto y el regreso a Nazareth. Centrando la atención en lo que toca a san José, dice Mateo:

Después que ellos se retiraron, el ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: “Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto; y estate allí hasta que yo te diga. Porque Herodes va a buscar al niño para matarlo”. Él se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y se retiró a Egipto; y estuvo allí hasta la muerte de Herodes; para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta: de Egipto llamé a mi hijo. (Mt. 2, 13-15)

Emerge de nuevo el sueño como el medio empleado para que el ángel del Señor le revele a José lo que debe hacer, y como en el caso anterior, se levantó e hizo de inmediato lo que le avisó el enviado de Dios. La huida a Egipto es un gesto claro de cuidado y protección de Dios y de José como custodio del redentor. Ante la persecución que se avecina, que terminará con la masacre de los inocentes, es necesario poner a salvo a Jesús y a María. Egipto es lo suficientemente lejano y fuera del control de Herodes para que puedan estar allí el tiempo necesario. José, como esposo y padre, se dedicará a trabajar como artesano y seguramente no tendría dificultad para dar lo necesario a su familia. El cuidador cumple su misión y espera la voluntad de Dios para actuar de nuevo; ha llevado a María y a Jesús lejos del peligro (Grasso, 2014).

Este texto, además, recuerda a Moisés y a Egipto, lugar de la salvación del pueblo de Dios por la acción encomendada a Moisés. Egipto fue salvación en época de Jacob y sus hijos, luego fue lugar de esclavitud y de sufrimiento, y por último, de allí es rescatado el pueblo de YHWH. En este caso, Egipto será el lugar del cual llamará Dios a su hijo en cumplimiento de las profecías veterotestamentarias. El rol de José sigue siendo el del protector que ayuda

a que se cumpla la voluntad de Dios. El paralelismo entre Moisés y Jesús en estos textos es claro (Harrington, 2005).

Ahora bien, la historicidad de los textos vistos aún está abierta a la discusión de los especialistas; para el creyente lo fundamental es comprender el texto en su marco de referencia y poder aplicarlo a lo cotidiano. Aquí, José es una figura importante (Schweizer, 2001), que cumple una misión fundamental según el evangelista, para que se pueda cumplir la voluntad divina. José hace lo que Dios quiere; es justo y recto, pero además tiene las condiciones de sensibilidad humana para ejercer la paternidad y custodia que se le encomienda. José emerge del texto como un cuidador por excelencia.

San José y la ética del cuidado

La relación entre lo desarrollado en la primera parte de este escrito y los textos bíblicos elegidos sobre José en el Evangelio de Mateo pueden permitir una comprensión que sintetice lo ético del cuidado frente al otro y al mundo, con la figura josefina y su vivencia creyente del cuidado como un hacer lo que Dios quiere para el bien de los otros.

San José es un paradigma del cuidado para los cristianos y los no creyentes, porque encarna los valores de quien sabe desde la fe y su sensibilidad humana lo que corresponde a su actuar humano-cristiano, y, en consecuencia, trata de hacerlo siempre por el bien de los demás.

En cuanto al tema del cuidado de la casa común, los textos bíblicos no son lo suficientemente explícitos. Sin embargo, es fácil colegir el respecto a lo creado para un hebreo de aquellos tiempos. A fin de cuentas, los pecados ecológicos se desarrollaron más adelante en la historia, especialmente en los tiempos de la industrialización.

La ejemplaridad de san José para el cristiano se ha centrado en la figura del padre legal o adoptivo de Jesús. Sin embargo, ello no debe apartarnos de otras maneras de hacerse presente en la historia del hombre de hoy. Las grandes figuras del cristianismo deben impactar al creyente y al no creyente

con su testimonio de vida. En el caso de san José, ese testimonio permite ver más allá de la paternidad legal y descubrir un ejemplo de cuidado del otro y del mundo en este marco de referencia.

No se debe terminar sin insinuar otro tema que permitirá en el futuro profundizar en la figura de san José: su relación con María y con la mujer en general, viendo oportunidades de reestructurar los modos socioculturales actuales de ver la relación entre la mujer y el hombre.

Referencias

Biblia de Jerusalén (2019). Editorial Desclée De Brouwer.

Concilio Vaticano II (2000). *Constitución Pastoral Gaudium et Spes* (GS). Librería Editrice Vaticana. https://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651207_gaudium-et-spes_sp.html

Fitzmyer, J.A. (1987). *El Evangelio según San Lucas II. Traducción y comentarios capítulos 1-8,21*. Ediciones Cristiandad.

Francisco (2015). *Carta Encíclica LAUDATO SI' sobre el cuidado de la casa común (LS)*. Librería Editrice vaticana. https://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html

Francisco (2020). *Carta Apostólica Patris Corde*. Librería Editrice vaticana. https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_letters/documents/papa-francesco-lettera-ap_20201208_patris-corde.pdf

Grasso, S. (2014). *Il Vangelo di Matteo. Commento esegetico e teologico*. Città Nuova.

Harrington, D.J. (2005). *Il Vangelo di Matteo*. Editrice ELEDICI.

- Jaramillo-Ocampo, D. y Restrepo-Jaramillo, L. (2018). El cuerpo y el tiempo: márgenes del lugar y el no lugar en las experiencias educativas. *Teoría de la Educación. Revista Interuniversitaria*, 30(2), 23-42.
- Lévinas, E. (1993). *Humanismo del otro hombre*. Caparrós Editores.
- Lévinas, E. (2012). *Totalidad e infinito*. Sígueme.
- Lévinas, E. (2014). *Alteridad y trascendencia*. Arenas Libros.
- Michelini, G. (2012). *Matteo. Introduzione, traduzione, commento*. Edizione San Paolo.
- Real Academia Española. (2014). *Diccionario de la lengua española*. RAE.
- Restrepo-Jaramillo, L. G., Morales-Giraldo, L. J. y Valencia-Rico, C. L. (2020). Cuidado en educación y salud: una apuesta desde la alteridad. En D. Jaramillo-Ocampo y J. Orrego-Noreña, *Cuadernos de Educación y Alteridad III. Entre el cuidado y la experiencia* (pp.107-122). Centro Editorial Universidad Católica de Manizales.
- Rosenzweig, F. (1997). *La Estrella de la Redención*. Ediciones Sígueme.
- San Juan Pablo II. (1989). *Exhortación Apostólica Redemptoris Custos (RC)*. Librería Editrice Vaticana. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_15081989_redemptoris-custos.pdf
- Schmid, J. (1973). *El Evangelio según san Mateo*. Herder.
- Schweizer, E. (2001). *Il Vangelo secondo Matteo*. Paideia Editrice.
- Skliar, C. (2008). *El cuidado del Otro*. Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología.



CAPÍTULO IV

Lectura bíblico-teológica de la
figura de san José en el contexto
actual de la pandemia

Dra. Rebeca Cabrera Piñango

Licenciada en Bioanálisis de la Universidad Central de Venezuela, especialista en Teología y magíster en Teología Bíblica de la Universidad Católica Andrés Bello, y doctora en Mujer, Escrituras y Comunicación de la Universidad de Sevilla, España. Es docente de la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas, Venezuela, y Sociedad Bíblica Católica Internacional (Sobicain). Es coordinadora zonal de los Países Andinos para la Febiclac (Federación Bíblica Católica, Latinoamérica y el Caribe) para el periodo 2015-2022. Es autora de varios artículos y libros, entre ellos destacan: *Rostro oculto de la mujer en la Biblia* (2012) y *Reflexiones bíblicas para cada día sobre la misericordia* (2015). También profesora invitada a la Universidad Católica de Cali y en la Academia Católica Mrs. Ellis en Aruba y Curazao. Además de científica, docente, investigadora y líder pastoral, lo que más la llena de orgullo son sus tres hijas y cuatro nietas.

Resumen

Propiciar un espacio académico para estudiar la figura de san José — frente a los grandes desafíos que entraña una pandemia— en el marco del 150° aniversario como patrono de la Iglesia, es una invitación a seguir sus huellas cuando sale a nuestro encuentro para ofrecernos patrocinio y protección. En su paternidad, se vislumbra la expresión de una paternidad mayor, la de Dios Padre, y en su figura, se presentan claves de lectura que permiten observarlo como una bendición para las familias que hoy atraviesan precariedad y amenazas. Ahí se observa la gracia de Dios que brota de su corazón de padre.

Palabras claves: paternidad, sueño, justo, esperanza, pandemia, corazón, familia.

DOI CAPÍTULO IV: [HTTPS://DOI.ORG/10.31908/EUCP.59.C601](https://doi.org/10.31908/EUCP.59.C601)

Para citar este capítulo: Cabrera, R (2021). Lectura bíblico-teológica de la figura de san José en el contexto actual de la pandemia. En Mayor Tamayo, Jhon Fredy (Ed.), *San José, el amigo de Dios que tiene un corazón de padre* (pp. 71 – 94). Editorial Universidad Católica de Pereira.

Introducción

De san José no se habla mucho en el Nuevo Testamento; no es hombre de palabras sino de acciones, silencios y sueños. Nos legó su ejemplo de hombre noble, justo, esposo, padre y trabajador. Nuestra reflexión busca exponer de qué forma la figura de san José ilumina a la familia actual y, sobre todo, a la figura del padre, tan cuestionada en nuestra sociedad. Debemos preguntarnos qué tiene para decirnos hoy a los cristianos en un contexto de angustias y dificultades, ante una pandemia que, como caballo de Troya, llegó para trastornar nuestras vidas, y ha causado una sensación de permanente zozobra e incertidumbre, donde las familias son las más afectadas.

Así, entender la realidad de la familia latinoamericana comienza por reconocer que vivimos en un mundo convulsionado por la violencia e injusticia, pero con una acentuada búsqueda de encuentro y solidaridad. Barreras y murallas, hace poco infranqueables, van cayendo rápidamente, y las personas se encuentran despojadas de máscaras y se muestran como habitantes solidarios de un planeta que se ofrece para nuestra exploración y servicio.

En la Sagrada Familia se alimenta una visión humana y esperanzadora de la vida. Esta perspectiva se abre hoy a las familias, más allá de sí mismas, en sus diferentes formas, para que surja “la familia-escuela, la familia-humanidad, la familia-empresa, la familia-comunidad, la familia-tierra, trampolines hacia la familia-Trinidad” (Boff, 2007, p. 170).

Nos proponemos, en este modesto aporte, recorrer la figura de san José para descubrir su relación con el Padre Celestial, con el Hijo y con María, sagrario en el que el Espíritu Santo plantó la semilla del verbo. ¿Qué mensaje encierra el silencio de José?, ¿de qué forma nos ayuda a entender más a Dios? Transitemos el camino para descubrirlo.

El evangelio de san José

En el contexto de la actual pandemia, contexto del que la Iglesia no puede escapar si quiere mantenerse fiel a su misión evangelizadora, el papa Francisco nos ha obsequiado una carta apostólica dedicada a san José, llamada *Patris corde*, en el marco del 150° aniversario de su proclamación como patrono de la Iglesia. Esta carta ha multiplicado el interés de los cristianos por conocer más al santo, más allá de la piedad popular.

Sabemos que de san José no se ha conservado palabra alguna, pero nos legó mucho: sus sueños, su sabiduría en la toma de decisiones, la novedad de sus raíces bíblicas y su vigencia. Representa la palabra viva de Dios para nosotros, el custodio y padre de Jesús, el protector de María y un modelo de vida para la Iglesia.

En medio de una sociedad marcada por la cultura de la muerte, que promulga el fallecimiento de Dios y de la familia cristiana, la figura de san José se alza como un gigante que nos obliga a comparar su familia con las nuestras.

No se trata de seguir teniendo un retrato desfigurado de la Sagrada Familia y asumir una “imagen ideal”: san José carpintero, con barba y una vara de nardo en la mano, la virgen María, dedicada a sus labores, y el niño, aprendiendo de su padre. Todo parece idílico, pero la familia de Jesús, al igual que las nuestras, tuvo sus problemas.

Apenas comprometidos, José se da cuenta del embarazo de María antes de haber vivido juntos (Mt 1,18). Resolver este conflicto no fue sencillo; supuso diálogo, discernimiento y oración. Luego Jesús nace en Belén, y

José y María pasan dificultades por el hospedaje. Al cumplirse el octavo día de su nacimiento, fue preciso, según la ley, circuncidarlo. Llevan el niño al templo y deben oír a un hombre de Dios hablar de su destino (Lc 2,35). Además, sufrieron persecución política, exilio y migración a un país extranjero (Mt 2,13-15). A la postre, no pueden regresar a Belén, sino a un pueblo desconocido de Galilea. Luego, Jesús se extravía de sus padres por tres días (Lc 2,41-51).

Podemos imaginar, entonces, a una familia como las nuestras. Con estas premisas, el Evangelio nos da una pauta: la familia ideal no está exenta de conflictos: es aquella que escucha, acoge y vive la palabra de Dios.

La novedad de las raíces bíblicas de san José la encontramos en otro personaje del Antiguo Testamento que lleva su nombre: José, el hijo de Jacob, quien también tuvo un rol salvífico a favor de su pueblo, en contraste con el José del Nuevo Testamento, quien hizo posible la salvación, no como salvador, sino asumiendo la imagen perfecta del Padre Celestial: “El rostro donde Jesús puso reflejarse, el hombre que moró con él con paterno afecto” (Papa Pío IX, 1870).

Dios le habla a los dos José en sueños, el soñador en la Biblia está en el corazón de su sueño, porque este combina imágenes de afectividad: un signo de Dios en él y un signo de él a Dios. Además, el soñador está también en el corazón de una historia porque forma parte de un conjunto imaginativo, algo así como una escena de un drama en varios actos, como son los casos de José, en Génesis, y de san José, en el Nuevo Testamento.

Al estudiar los sueños de José, una constante es que el evangelista Mateo los vincula a las antiguas profecías, y “aun cuando las citas ejercen función de comentario, en ellas se percibe la intencionalidad del autor” (Hendrickx, 1986 p. 22) y el hilo conductor del relato. Entonces podemos establecer en los sueños de José una estructura concéntrica, en cinco escenas y citas de reflexión, que tienen su concordancia en el Antiguo Testamento:

Introducción: genealogías

A. Primer sueño de José. Angustia por el embarazo (Mt 1,18-22, Is 7,14)

B. Segundo sueño. La huida, obedecer sin cuestionar (Mt 2,13-15, Os 11,1)

B' Tercer sueño. La espera en confianza (Mt 2,19-21, Jr 31,15)

A' Cuarto sueño. Sumisión y angustia por el regreso (Mt 2,22-23, Is 4,3)

Una visión de conjunto de los dos primeros capítulos de Mateo pareciera disponer los hechos para responder la pregunta ¿quién es Jesús? Es Mesías, hijo de David y Abraham, Salvador del pueblo. Es Emmanuel, Nazareno y Betlemita.

Me sumo a lo expresado por Gómez Fernández (2016, pp. 216-217), al centrar en cuatro los temas de la reflexión del evangelista:

La **convivencia**: aparece tres veces, al principio (antes de que conviviesen), en el medio (acoger a María como esposa) y al final (acogió a su mujer).

La **virginidad**: dos veces, al comienzo (cuando se expresa su maternidad por obra del Espíritu Santo) y en el primer sueño de José (lo engendrado en ella es obra del Espíritu Santo).

La **maternidad**: tres veces, con el mensaje del ángel (dará a luz un hijo), otra en la cita bíblica (y dará a luz un hijo) y al final (dio a luz a un hijo).

La **paternidad**: dos veces, en el mensaje del ángel (y tú le pondrás por nombre Jesús) y al final (le puso por nombre Jesús).

Varios planteamientos podemos esbozar a partir de allí. Las genealogías de Mateo nos recuerdan que lo llaman *hijo de David*, con la conciencia lúcida de la estirpe mesiánica a la que pertenece. Hoy día se hace necesario que todo niño sepa de dónde viene y quiénes son sus padres.

En el primer sueño, se aparece un ángel que involucra a san José en el misterio de Dios, en un relato que une tres elementos: concepción, alumbramiento y nombre. De él se dice que era un hombre “justo”. Ahora, ¿qué significa ser justo? De acuerdo con el significado griego, *dikaiós* es aquel que busca cumplir de modo estricto la ley de Moisés. También se le dice *justo* al de buen corazón, él es “compendio de todas las virtudes” (Gasnier, 1980, p. 18). Pero *justo* es también quien respeta la voluntad de Dios. Por ley, san José está obligado a denunciar a María, repudiarla y a no encubrir, con su nombre, a un niño cuyo padre ignora; pero, convencido de la virtud de María, se niega a cumplir el riguroso procedimiento (Dt 23,22 y ss.) y decide apartarse de María.

El papa Juan Pablo II da voz a esta interpretación en *Custodio del Redentor* (1989): “Aunque decidido a retirarse para no obstaculizar el plan de Dios que se estaba realizando en ella, él, por expresa orden del ángel, la retiene consigo y respeta su pertenencia exclusiva a Dios”. Se sentía perplejo ante la doble imposibilidad de conservar a María y de condenarla. Su lealtad le prohibía seguirla teniendo por esposa y exponerla a la vergüenza pública (Gasnier, 1980, p.70). Podemos imaginar que no fue fácil para san José descartar la descendencia, a través del lenguaje masculino para la condición de Jesús, pues cuestiona la concepción judía de paternidad que había sido definida a través del lenguaje masculino; con ello entra en crisis la propia identidad masculina que deberá ser redefinida (Lima Vasconcellos, 1997).

Un dato importante es que el encuentro con el ángel inicia con un “no temas acoger”. El “no temas” está siempre presente en las teofanías del Antiguo Testamento. La garantía de lo revelado está en el Espíritu Santo: José se convertirá en el padre del hijo de María. Su matrimonio fue artesanía pura, salida de las manos de Dios (Gómez Fernández, 2016); “lo que se propone a José es una comprensión de Dios de una justicia que sea inclusiva para superar las leyes que ayudan a excluir” (Lima Vasconcellos, 1997, p.39).

En el segundo sueño, se pone en evidencia la solidaridad de la Sagrada Familia con todos los desplazados y migrantes de nuestra época. La emigración ha sido una realidad a través de la historia, pero la enorme

cantidad de personas que emigran hoy no tiene precedentes; muchos lo hacen por persecuciones, otros, buscando mejores condiciones de vida. El relato de Mateo nos ofrece la fe de un padre que no duda en hacer lo que sea necesario para poner su familia a salvo.

El tercer sueño conserva un paralelismo asombroso con el de Ex 4,19-23: “Después de la muerte del faraón, dijo Dios a Moisés: vuelve a Egipto, pues murieron quienes tramaban contra la vida del niño” (Biblia de Jerusalén, 2018). El destino del nuevo Moisés repite al primero. La teología de Mateo supo explotar al máximo la figura de José para garantizar el carácter mesiánico de Jesús e insertarlo en la familia; de otro modo, no pasaría de ser un mito religioso transcultural de encarnación de alguna divinidad. De hecho, el papa Francisco afirma:

A través de la angustia de José pasa la voluntad de Dios, su historia, su proyecto... José nos muestra que Dios puede actuar incluso a través de nuestros miedos, fragilidades y debilidad. Y nos enseña a que, en medio de las tormentas de la vida, hay que ceder a Dios el timón de nuestra barca. (2020b)

Mateo piensa en Belén como el lugar donde reside permanentemente José; tanto es así que se esfuerza en explicar cómo acaban viviendo en Nazaret. Su esquema da un largo rodeo para ir a Nazaret desde Belén. José tiene miedo de volver a Judea porque Arquelao reinaba en lugar de su padre y decide ir a Galilea. Esto no deja de ser curioso porque allí gobernaba Antipas, también hijo de Herodes. El cuarto sueño muestra así la presteza y sabiduría de José al decidir radicarse en Nazaret. También, cuando se hizo nazareno, puso las condiciones para que Dios se encarnara en una situación de abajamiento (Flp 2,6 y ss.).

La figura de José se presenta en la penumbra y el anonimato, pero el papel y la obra de un padre, en casa presente y actuante, son la garantía de unos hijos que puedan enfrentar la vida con valentía y libertad. No se trata de hablar mucho, sino de actuar en el momento preciso. Siguiendo a san José, analizándolo a la luz de hoy, sin moralismos ni pietismos, podemos

presentarlo como una figura ejemplar. Seguir sus pasos podría hacer de nuestro hogar una iglesia doméstica más robusta, es dar razón de nuestra esperanza, ante una pandemia que amenaza con coronarse en el mundo, e implica leer los signos del tiempo que estamos viviendo, y recordar que la única corona la tiene nuestro señor Jesucristo.

San José en la historia de la Iglesia

Si bien no se habla mucho de san José en los Evangelios, desde los primeros tiempos del cristianismo ocupó un papel importante en la devoción cristiana, dada su vinculación con el misterio de Cristo en el orden de la historia de la salvación. Su culto fue discreto pero creciente. No se deja de reconocer que probablemente las polémicas sobre la virginidad de María y su maternidad divina pueden haber eclipsado un poco su figura.

Si bien no hay un tratado o estudio de los padres de la Iglesia que se refiera a san José, generalmente, es vinculado a Jesús y a María en el marco de la encarnación; pero ofrecen algunos elementos interesantes: su matrimonio con María, su relación con Jesús como padre, la virginidad de José y la actitud del pueblo cristiano hacia él (Simeón de la Sagrada Familia, 1972, p. 442).

Para san Jerónimo, san José fue un artesano del verbo, mientras que san Agustín destaca su genealogía. Ambos tienen, como punto focal de su teología, su papel en la historia de la salvación. De hecho, en la mención de las genealogías evangélicas, esbozan algunas ideas que tratan de explicar la doble genealogía en virtud de la ley del levirato, con lo que aseveran, por tanto, una paternidad adoptiva (Simeón de la Sagrada Familia, 1972, p. 448).

Otros escritos patrísticos hablan de la duda de José ante el embarazo, el tiempo de cohabitación, la unión peculiar entre ellos y la conveniencia del matrimonio —para asegurar la línea davídica y evitar que María fuese tratada como adúltera—; pero, sobre todo, hacen énfasis en la castidad conyugal e insisten en una paternidad real, virginal por su origen, con

vínculos jurídicos y ministeriales (Moronta, 2021). Podríamos admitir también, como gran parte de la tradición, que José había hecho, a su vez, un voto de virginidad, y que al contraer matrimonio no hizo más que seguir una costumbre que tenía casi fuerza de ley (Gasnier, 1980).

Efrén de Nisibi, Ambrosio y Orígenes hablan de José como padre de Jesús. De hecho, Orígenes, en su homilía del Evangelio de Lucas, recomienda a los hijos ser sumisos con los padres, como lo fue Jesús con José (Moronta, 2021). No podemos olvidar el aporte de los evangelios apócrifos, que imaginaron una serie de leyendas sobre los esponsales de María. Estas ficciones han encontrado un crédito tal, a lo largo de los siglos, que deben ser mencionadas, pues se convirtieron en tradiciones populares, y señalan algunos aspectos propios de la devoción de san José: su huida a Egipto, su viudez al casarse con María, los hermanos de Jesús y su muerte temprana. Incluso historiadores paganos, como Tácito y Suetonio, se sintieron obligados a mencionarlo en sus obras (Gasnier, 1980).

Ahora bien, la devoción a san José aparece por primera vez vinculada a Arnulfo, obispo de Galia, en el siglo VII, y se hace memoria de fiestas en su honor en el Menologio de Basilio II, que conmemoraba a san José con los reyes magos cada 25 de diciembre. La celebración, el 19 de marzo, es mencionada en el *Códice de Bruselas* durante el siglo XIII (Moronta, 2021).

Además, la devoción a san José, durante la historia de la evangelización en América Latina, fue muy importante en el devenir de la inculturación del Evangelio, y alcanzó gran aceptación entre el pueblo, incluso en la iconografía, al adquirir un carácter popular. Las cofradías son prueba de esto. Todo lo anterior fue sentando las bases para una futura teología de san José.

Por otro lado, en la liturgia, hacia los siglos XIV-XV, comienza a desarrollar el culto al santo. Fue el papa Sixto IV quien lo establece cada 19 de marzo. Posteriormente, la fecha fue fiesta de precepto por el papa Gregorio XV (1621). Sin embargo, es a partir de Pío IX cuando comienza el movimiento josefino:

- Papa Pío IX (1870). Decreto *Quemadmodum Deus* que proclama a san José como patrono de la Iglesia Universal con estas palabras: “Un corazón capaz de amar a Dios como un hijo y a la Madre de Dios como esposa es capaz de abarcar en su amor y tomar bajo su protección a la Iglesia entera, de la cual es Jesús su cabeza, y María es madre” (Pío IX, 1870).
- Papa Pío IX (1871). Carta apostólica *Inchyllum patriarcham* en la que le concede a san José las prerrogativas litúrgicas de los patriarcas y su derecho a un culto específico.
- Papa León XIII (1880). Carta encíclica *Quamquam pluries* en la que se diserta acerca de la devoción y ensalza a san José como padre de familia y trabajador.
- Papa Pío X (1908). Tratado sobre el culto a san José. En 1914, Pío X dio su aprobación para letanías en su honor e invitó a los fieles a honrarlo cada miércoles.
- Papa Benedicto XV (1920). Carta encíclica *Bonum sane*, en conmemoración por los 50 años de la proclamación de san José como patrono de la Iglesia, e introdujo el “Prefacio propio de san José”, y enfatizó en la fiesta de la Sagrada Familia: “Él se dedicó con gran amor y solicitud a proteger a su esposa y al Divino niño” (papa Benedicto XV, 1920).
- Papa Pío XII (1955). El sumo pontífice trasladó la fiesta del patrocinio de José al 1.º de mayo con el título de “San José obrero”.
- Papa Juan XXIII (1961). Carta apostólica *Le voci* en la que trata sobre la devoción que introdujo el canon romano. El sumo pontífice lo decretó, además, como patrono y custodio del Concilio Vaticano II.
- Papa Juan Pablo II (1988). Exhortación apostólica *Redemptoris custos* en la que se aborda la misión de san José en la vida de Jesús y en la Iglesia.
- Papa Francisco (2020). Carta apostólica *Patris corde*, con motivo al 150º aniversario de su proclamación, y menciona a san José como “esposo de María” en las plegarias eucarísticas (Moronta, 2021, p. 25).

San José desde la reflexión teológica

La figura de san José no se reduce a devociones piadosas; su paternidad, en relación con Jesucristo, es el norte del que parte una reflexión teológica sobre él. Es padre por elección divina y, al igual que María, acepta esa responsabilidad; permite a Jesús, por un lado, integrar el linaje de David, y por otro, darle su nombre. Al respecto, asumimos las palabras de Gasnier:

José, de una manera precisa, representa, si se puede decir así, un caso único en la historia de la paternidad, que requiere un título nuevo, adaptado a la función ejercida. Recordemos, de entrada, que la generación humana de Jesús en la genealogía que nos dan los Evangelios es la de José. El hecho merece ser subrayado. No dudemos en repetir la expresión tomada de san Juan Crisóstomo: “Dios ha dado a José todo lo que pertenece a un padre, sin detrimento de la virginidad”. Dicho de otra manera: José no tuvo ninguna participación en el nacimiento natural de Jesús, pero exceptuando eso, su paternidad implica todos los privilegios, todos los deberes, todos los derechos que normalmente tiene en el hogar un padre de familia, de tal forma que el título que le conviene mejor es el de padre virginal de Jesús. (1980, p.135)

El hecho de no haber dejado palabra, de recibir mensajes en sueños y ser la figura silenciosa del Nuevo Testamento, no carece de sentido, pues “san José está relacionado con dos personas divinas, con el Espíritu Santo, que cubrió con su sombra a María, y con el Hijo, que plantó su tienda entre nosotros (Jn 1,14)” (Boff, 2007, p. 27). De hecho, Llamera nos ofrece algunas nociones teológicas: “Dos son los principios en los que se apoya su reflexión sobre san José: su unión con María por el matrimonio y su ministerio paternal acerca de Jesús” (Llamera, 1953, p. 9).

Desde la perspectiva de Boff, podemos afirmar que José, por su relación con las dos personas divinas, establece con ellos una relación hipostática, “por lo que comienza a pertenecer al mismo orden que es propio de las personas divinas. Sin José no hay encarnación concreta tal como atestiguan

los Evangelios” (Boff, 2007, p. 27). Esta noción del ministerio de san José en el orden hipostático fue esbozada por vez primera por el teólogo Francisco Suarez (+1617). De esta manera, san José “no solo puede verse desde su lado humano, sino también desde su lado divino, en función de su relación con la Segunda Persona de la Trinidad que se encarnó en Jesús” (Boff, 2007, p. 29). Y agrega:

Toda la Trinidad asumió la condición humana y mora entre nosotros. La Trinidad celeste del Padre, Hijo y Espíritu Santo se hizo Trinidad terrestre en José, Jesús y María, familia divina que como tal se personifica en la familia humana de Jesús, María y José. (p. 31)

Al ser patrono de la Iglesia, lo eclesiológico se convierte en extensión de lo cristológico y se proyecta a toda la humanidad. Al aceptar la revelación, cumple la voluntad de Dios y hace posible que el hijo de David y de Abraham, como Mesías, dé un carácter universal a su misión.

También en san José podemos contemplar la dimensión trinitaria, padre en el Espíritu y guardián del Arca. Él, con María, “será el terno o la bisagra que permitirá el enlace entre la antigua y la nueva alianza con el cumplimiento de la tarea de paternidad que ha recibido” (Moronta, 2021, p. 94). Fueron dos almas vírgenes que se prometían fidelidad (Gasnier, 1980).

En el “no temas” del ángel se encierra la actitud de José, quien toma conciencia de la responsabilidad de su experiencia como padre del Mesías, y lo cumple con fe y decisión. Con su “sí” se da el milagro que comienza la historia de la redención. Es el “padre nutricio” (Moronta, 2021) que muestra cómo Dios está a favor de los suyos y cómo “a pesar de la arrogancia y la violencia de los gobernantes terrenales, Dios siempre encuentra un camino para cumplir su plan de salvación” (papa Francisco, 2020a), el Hijo de Dios iba a hacerse presente entre los hombres, pero su venida no iba a ser ni repentina ni deslumbrante. Aparecería despojado de toda majestad y entraría en el mundo de forma humilde y discreta. Una vida

oculta iba a preceder a su vida pública (Gasnier, 1980, p.43) y, en esa vida oculta, el papel de José sería fundamental.

Su paternidad no es real en el sentido genético, pero sí muy real en lo legal. Como padre, le enseñó a Jesús un oficio y supo ser testigo de santidad; aceptó, en últimas, el desafío de convertirse en el padre del Mesías. Llamera habla de la paternidad de José mencionándola como “nueva, única y especial pues no procede de la generación según la naturaleza, antes, está fundada en un vínculo moral realísimo” (1953, p. 192). Pero por sublime que fuera la tarea que Dios confió a José, “lo que esperaba de él en primer lugar era su abnegación. Cada vez que Dios llama, sus exigencias implican la obligación de vaciarse moralmente de sí mismo” (Gasnier, 1980, p. 48). El Espíritu Santo llamó a José y le concedió la gracia de ser el esposo de la Virgen y el padre adoptivo del Hijo del Padre Celestial, y cumplió con este impresionante servicio (Miller, 2010).

La genealogía mateana expresa esta idea en forma singular. De hecho, mientras Lucas la ofrece desde María, Mateo lo hace desde José, quien “al igual que Abraham supo esperar contra toda esperanza y conocer los frutos del misterio que guardaba en su corazón y cuya fuerza, venida de Dios le impulso a ser padre custodio de la Sagrada Familia” (Moronta, 2021, p. 95).

El evangelista Marcos habla mucho del secreto mesiánico. En el caso de san José, la experiencia de fe en el misterio revelado por el ángel a José, lo hace merecedor de un *secreto mesiánico* que comparte con María y que se revela en la pascua. Mateo no aclara si José conoció el embarazo por boca de María o por el anuncio del ángel, pero la invitación a la confianza y el ser un hombre justo “le lleva a conocer un misterio que se convertiría en secreto” (Moronta, 2021, p. 110). Es probable que ese secreto se vincule al silencio con el que conocemos a José, un hombre de pocas palabras, pero con una fe decidida “es un silencio persistente que no contempla quejas, sino gestos concretos de confianza” (papa Francisco, 2020a).

Por el encargo recibido y el amor con que lo llevó a término, es reconocido como “custodio del redentor” (tal como lo señala san Juan Pablo II) y, como

tal, participa en el misterio de la encarnación, un misterio compartido con María. Tanto la liturgia como el Magisterio eclesial destacan esta custodia. De dicha experiencia y protección podemos colegir su relación con la redención del Salvador, pues “vive anticipadamente el drama de la pasión y acepta la parte que le corresponde en él” (Llamera, 1953, p. 165). Su llegada a Belén y la imposibilidad de hospedaje lo obligó a improvisar un lugar donde, probablemente, tuvo que ayudar a María en el momento del parto, al igual que en la presentación del niño en el templo para circuncidarlo y ponerle el nombre. Este hecho y la ofrenda de dos tórtolas para cumplir el deber de rescate del primogénito es un acto de amor. También supo actuar sin titubeos al presentir peligro para el niño y su madre.

En la Exhortación apostólica *Custodio del Redentor* (1989) san Juan Pablo II lo asume como ministro, maestro singular, y servidor a la economía de la salvación. También es importante recordarlo como ejemplo de hombre trabajador, carpintero y artesano. Con esto, reconocemos la importancia del trabajo honrado y su importancia social, evocando los relatos genésicos que le dan al ser humano la misión de cooperar en la obra creadora. De san José aprendió Jesús “lo que significa comer el fruto del propio trabajo” (papa Francisco, 2020a).

Claves para vivir la paternidad de san José en tiempos de pandemia

Siempre se ha aprovechado la figura de san José para abordar el tema de la familia, en general, y de la paternidad, en particular, donde prevalece lo piadoso. Se ha olvidado que su papel, en la vida de Jesús y María, representa la personificación del Padre Celestial. Pero ¿son los padres de familia hoy ejemplo de nuestro Padre en los cielos?

La familia de Nazaret tenía tres miembros diferentes: María es esclava del Señor; José, el padre amoroso y proveedor; y Jesús, la encarnación del Verbo. “María habla y medita, guardando las cosas en su corazón, Jesús habla y hace milagros, José calla y se limita a soñar. ¿Cómo articular esas diferencias dentro de una misma familia?” (Boff, 2007, p. 34). ¿Cómo

puede servir de modelo para las familias de hoy?, ¿qué hubiese hecho José ante la pandemia que estamos viviendo?

El papa Francisco, ante la pandemia, nos señaló el viernes 27 de marzo de 2020, en su oración *Urbi et Orbi*, la situación dramática en la que nos encontramos los seres humanos:

Desde hace algunas semanas parece que todo se ha oscurecido. Densas tinieblas han cubierto nuestras plazas, calles y ciudades; se fueron adueñando de nuestras vidas llenando todo de un silencio que ensordece y un vacío desolador que paraliza todo a su paso: se palpita en el aire, se siente en los gestos, lo dicen las miradas. Nos encontramos asustados y perdidos. Al igual que a los discípulos del Evangelio, nos sorprendió una tormenta inesperada y furiosa. (2020b)

La espiritualidad cristiana se fortalece con la oración, los sacramentos, el ejemplo de los santos, la contemplación y la convicción de que somos morada del Espíritu. La devoción a san José y su ejemplo nos puede conducir a una gran vida interior en el espíritu, tan necesaria en estos tiempos de pandemia, pues “luego de María, José es el más excelente y poderoso de los patrocinios existentes” (Llamera, 1953, p. 313). Fue el padre amoroso y protector que todo hijo quisiera tener. Miller hace referencia a santo Tomás de Aquino para evocar la importancia de la figura del padre en el seno familiar, “instruir, defender y perfeccionar tanto en lo interior como en lo exterior” (Miller, 2010, p. 24).

José tiene el valor de actuar contra el sentir común de la gente cuando lleva a María a su casa y asume las funciones de padre. Hoy, cuando en nuestro continente la paternidad irresponsable es una constante, su figura se alza con renovada actualidad para la Iglesia que “lo invoca como protector con un profundo deseo de hacer florecer su terrena existencia con genuinas virtudes evangélicas, como resplandecen en él” (papa Juan Pablo II, 1989).

En nuestra cultura se hace difícil entender a la familia de Nazaret; hay un empobrecimiento del erotismo que ha reducido el amor a la genitalidad y la sexualidad como formas de expresión. Hoy la maternidad se ha transformado en un antivivor y, ante un embarazo no deseado, se recurre al aborto que, dentro de nuestra sociedad, va en camino a convertirse en un derecho humano. Y con las técnicas de maternidad asistida y los bancos de semen, prevalecen los bebés a la carta, lo que deja de lado el valor de las genealogías. En un mundo dominado por el hedonismo y la pornografía, la virginidad en el matrimonio es algo impensable; hoy los derechos sexuales son elevados a ley. Por otro lado, en tiempos de pandemia ha tomado auge la ideología de género, donde se desdibujan los roles del hombre y la mujer, lo que incide en los roles de padre y madre.

José es contracultural: no pone en duda la virtud de María y entabla con ella una relación distinta en una sociedad en la que la mujer estaba siempre bajo sospecha. Su relación fue de respeto mutuo y de espera contra todo prejuicio. José tiene el valor de actuar contra el sentir común de la gente al llevar a María a su casa, al asumir las funciones de padre.

En nuestro continente, el padre se desdibuja, no es una figura fuerte, sino que pasa a un segundo plano en el hogar; contrasta así con José, cuya figura es discreta pero eficiente, y se alza con renovada actualidad para la Iglesia de nuestro tiempo. San José es:

Modelo de masculinidad casta para las mujeres lastimadas en sus relaciones con los hombres, el custodio especial de las mujeres que se han consagrado al amor sponsal de Cristo, y el modelo de masculinidad para los sacerdotes que tienen la misión de custodiar y proteger a la Iglesia, esposa de Cristo. (Miller, 2010, p. 28)

Esta pandemia ha permitido evidenciar a quienes solo piensan en sus intereses, aferrados a un egoísmo que les impide ver más allá de sí mismos. Pero también, y en gran medida, ha posibilitado constatar la grandeza de muchos seres humanos que han tratado de aportar soluciones, en los científicos que buscan una cura, en la sana preocupación de los gobernantes, en el incansable trabajo del personal de salud, en la conducta

solidaria de todos, en el crecimiento de la fe en casa y en el compromiso por los más necesitados. De esta manera, se han generado propuestas novedosas de evangelización en un tiempo tan peculiar como el presente y se han desarrollado iniciativas para incursionar en medios cibernéticos, destacándose un mayor protagonismo familiar. Una iglesia latinoamericana *visible* en el rostro femenino, en el silencio y el anonimato, porque, al igual que san José, son las mujeres quienes principalmente participan de forma activa en la formación del *alma cristiana* del continente, calladamente y soñando por un futuro provisorio.

Emulando a san José y a la Sagrada Familia nos corresponde acompañar, anunciar y testimoniar el encuentro permanente con el Señor, renovando la esperanza, apuntando a la naturaleza y misión de la iglesia, y recordando siempre las palabras del ángel que nos animan: “No teman”.

Con la pandemia no hay castigos, ni en las soluciones, milagros. Vivimos momentos donde el porvenir no se presenta como un tiempo de luz y es imposible evitar el impacto económico en los días por venir. Esto puede generar una sensación de impotencia permanente. Al final, cada uno deberá preguntarse sobre su papel en la reconfiguración de la familia ante un escenario que nos pide levantarnos de las pérdidas y asumir actitudes activas ante situaciones de injusticias, violencia y desigualdades, que ya estaban antes de la pandemia naturalizadas en nosotros.

San José tiene mucho que aportarnos en estos momentos si consideramos el papel tradicional de la familia, pues la pandemia ha dejado al descubierto las crisis internas, pues se han incrementado los feminicidios y suicidios en jóvenes y ancianos. Hay signos positivos, como una mayor conciencia de igualdad entre la mujer y el hombre en relación al empleo y a la responsabilidad social y política. Es común ver un mayor número de familias en las cuales el varón asume responsabilidades del hogar, con lo que abandona paulatinamente sus trincheras machistas de antaño.

Pero aún hay peligros. La suspensión de las actividades escolares y la obligación a permanecer en casa por la pandemia, el cambio de rutina, la

reclusión obligada, el estrés, el miedo causados por el virus y la incertidumbre por la pérdida de ingresos acrecienta la tensión y los conflictos en las familias. Estos últimos pueden, incluso, llegar a la agresividad y violencia doméstica, con lo que se convierte el hogar en un lugar inseguro. No debemos normalizar dicha violencia, sino empoderarnos e incentivar, en las relaciones humanas, el diálogo y no la dominación.

Ser familia es vocación; por ello, el problema es también teológico. La mayoría de los fieles vivimos en el anonimato, al igual que José. Seguir sus huellas, en medio de esta pandemia, es alimentar el crecimiento de la fe en casa y el compromiso de proteger a todos sus miembros. Es valorar el silencio y mirar hacia adentro, a las profundidades del Espíritu donde Dios nos espera; es la música callada y la soledad sonora.

Conclusión

Estamos viviendo una crisis sanitaria global que oscurece el presente y vislumbra un futuro incierto. No es fácil anunciar confianza en momentos como el presente; muchos han perdido la salud, el trabajo, la familia y la estabilidad emocional. Son tiempos contradictorios. Por una parte, pareciera que no hay salidas, por otra, la humanidad busca signos de esperanza en medio de las tormentas y da testimonio de profunda sensibilidad. Emular a san José —que fue capaz, sin algarabías ni escapes, de enfrentar las dificultades y ser hombre de esperanza, siempre dispuesto a salir adelante— es un gran ejemplo que seguir.

En su Carta apostólica el papa Francisco nos presenta varias imágenes de la persona y misión de José. Podemos condensarlas así: padre querido por el pueblo cristiano, padre tierno que refleja la ternura de Dios, padre obediente, padre que acoge sin condiciones, padre valiente en la toma de decisiones, padre trabajador y padre en el silencio.

Luego de haber hecho este recorrido por la figura de san José, consideramos que nuestro trabajo teológico ha vislumbrado las dimensiones del misterio que envuelve su retrato como personificación del Padre, sin disminuir el

anonimato de su vida y actuación. En medio de las fragilidades familiares de nuestra época, debe rescatarse su imagen, porque nos ayuda a entender nuestras debilidades y la necesidad de la gracia para dejarnos conducir por los caminos del Señor.

El testimonio de su fe, amor y esperanza deben ser escuela para cada cristiano que busque sembrar un reino de justicia, paz y libertad: “José no sólo es la sombra del Padre; es la personificación del Padre, del cual es sombra” (Boff, 2007, p. 127). Si Jesús, en su predicación, nos trasmite la experiencia del *abba*, es porque la vivió previamente con su padre José.

José supo ser padre espiritual, opuesto al padre carnal, padre davídico, insertándolo en su linaje, padre legal y adoptivo, padre nutricio, funcional y padre mesiánico. Todas estas características son ejemplo para los padres de hoy. Ser justos, en nuestros días, implica la lucha por reconocer el derecho a la vida, en abundancia, de todos en la familia y en la sociedad.

José, al ser padre y esposo en salida, fue un auténtico misionero, testigo de la salvación y padre de la contemplación, un hombre que, al igual que Juan Bautista, cede su protagonismo a Jesús y a María. El círculo se cierra, toda la Trinidad asumió nuestra condición humana y mora entre nosotros. La Trinidad celeste del Padre, Hijo y Espíritu Santo se hizo Trinidad terrestre en Jesús, María y José. Con él, manifestamos nuestra identidad y comunión con Dios, imitándolo e inspirándonos en el ejercicio de la paternidad; tenemos las herramientas para ello al estar revestidos en Cristo, para ser capaces de contemplar en él la paternidad que nos viene de Dios.

Que san José interceda ante el Padre y su Hijo, para que tengamos siempre la valentía de defender el don inestimable de la vida humana.

Finalizamos con las siete invocaciones a san José, fruto de la Carta apostólica *Patris corde*:

Custodio del Redentor
Servidor de Cristo
Ministro de salud
Apoyo en las dificultades
Patrón de los exiliados
Patrono de los afligidos
Patrón de los pobres

Referencias

- Biblia de Jerusalén. (2018). <https://www.edescler.com/biblia-online>
- Boff, L. (2007). *San José. Padre de Jesús en una sociedad sin padre*. Sal Terrae.
- Gasnier, M. (1980). *Los silencios de José*. Ediciones Palabra.
- Gómez Fernández, A. (2016). *Tras las huellas de José*. BAC.
- Hendrickx, H. (1986). *Los relatos de la infancia*. BAC.
- Lima Vasconcellos, P. (1997). Una gravidez sospechosa. El mesianismo y la hermenéutica. *Revista Ribla*, 27, 28-46. <https://www.centrobiblicoquito.org/images/ribla/27.pdf>
- Llamera, B. (1953). *Teología de san José*. BAC.
- Miller, F. (2010). *San José, nuestro maestro en la fe*. Servicio de información católica.
- Moronta, M. (2021). *José... con corazón de padre*. San Pablo.

Papa Benedicto XV. (1920). Carta encíclica *Bonum Sane*. https://www.vatican.va/content/benedict-xv/la/motu_proprio/documents/hf_ben-xv_motu-proprio_19200725_bonum-sane.html

Papa Francisco. (2020a). Carta apostólica *Patris corde*. https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_letters/documents/papa-francesco-lettera-ap_20201208_patris-corde.html

Papa Francisco. (2020b). Bendición Urbi et orbi del 27 de marzo. https://www.vatican.va/content/francesco/es/homilies/2020/documents/papa-francesco_20200327_omelia-epidemia.html

Papa Juan Pablo II. (1989). Exhortación apostólica *Custodio del Redentor*. https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_15081989_redemptoris-custos.html

Papa Pio IX. (1870). Decreto de la sagrada congregación de los ritos. <http://www.traditio-op.org/santos/San%20Jose/Quemadmodum%20Deus,%20Pio%20IX.pdf>

Simeón de la Sagrada Familia. (1972). San José en los Padres de la Iglesia. *Ephemerides Carmeliticae*, 23 (2), 436-448. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5363694.pdf>

Otras fuentes consultadas

Biblioteca de Autores Cristianos. (1978). *Documentos del Vaticano II*. Edica.

Boff, L. (2003). *O Pai-Nosso*. Vozes.

Fernández, F., García Viana, F., Guijarro, S., Pastor, F., Pérez, F., ... Salvador, M. (1995). *Comentario al nuevo Testamento*. **Sígueme**.

León III. (1870). Carta encíclica *Quamquam Pluries*. https://www.vatican.va/content/leo-xiii/es/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_15081889_quamquam-pluries.html

Martelet, B. (1999). *José de Nazaret, el hombre de confianza*. BAC.

Martín Descalzo, J. (1989). *Vida y misterio de Jesús de Nazaret*. Sígueme.

Meier, J. (1998). *Un judío marginal I*. Verbo Divino.

Pagola, J. (2008). *Jesús, aproximación histórica*. PPC.

Papa Juan XXIII. (1961). Carta Apostólica *Le voci*. https://www.vatican.va/content/john-xxiii/es/apost_letters/1961/documents/hf_j-xxiii_apl_19610319_s-giuseppe.html



CAPÍTULO V

San José, cuidador siempre antiguo
y siempre nuevo de la familia.
Nuevas masculinidades, nuevas
ministerialidades

Mg. José Helio López Soto

Filósofo y teólogo del Seminario Mayor de la Arquidiócesis de Manizales. Licenciado en Filosofía y Educación Religiosa de la Universidad Santo Tomás y magíster en Educación de la Universidad Católica de Manizales. Actualmente es el director de la Maestría en Humanidades y Teología de la Universidad Católica de Manizales, así como profesor de la unidad de formación humanocristiana de la misma universidad. Ha realizado investigación y ejercido la docencia en diversos programas de pregrado. Su interés investigativo actual está en la relación ciencia y fe en el magisterio de Benedicto XVI.

Resumen

La presente discusión en torno a la figura de san José inicia con la fundamentación bíblica de su papel en la economía de la salvación. Para ello, señala las similitudes que otros personajes del AT tuvieron con sus atributos personales, y la misión que en el NT se refiere al esposo de María. A su vez, se revisan las implicaciones prácticas que su espiritualidad significa sobre el cristianismo actual, como padre en salida y padre moderno que resignifica la masculinidad en la familia, y cuyo desenlace es el perenne ministerio de la salvación en la Iglesia en la liturgia y en el Magisterio de la Iglesia de este protagonista discreto en el misterio de la encarnación. Los tres momentos descienden en el significado teológico y práctico del “Padre adoptivo de Jesús” como clave teológica de la experiencia familiar.

Palabras clave: san José, familia, obediencia, padre adoptivo, ministerio y carisma, masculinidades

DOI CAPÍTULO V: [HTTPS://DOI.ORG/10.31908/EUCP.59.C602](https://doi.org/10.31908/EUCP.59.C602)

Para citar este capítulo: López, J (2021). San José. Cuidador siempre antiguo y siempre nuevo de la familia. Nuevas masculinidades nuevas ministerialidades. En Mayor Tamayo, Jhon Fredy (Ed.), *San José, el amigo de Dios que tiene un corazón de padre* (pp. 95 – 117). Editorial Universidad Católica de Pereira

El Evangelio no da ninguna información sobre el tiempo en que María, José y el Niño permanecieron en Egipto. Sin embargo, lo que es cierto es que habrán tenido necesidad de comer, de encontrar una casa, un trabajo. No hace falta mucha imaginación para llenar el silencio del Evangelio a este respecto. La Sagrada Familia tuvo que afrontar problemas concretos como todas las demás familias, como muchos de nuestros hermanos y hermanas migrantes que incluso hoy arriesgan sus vidas forzados por las adversidades y el hambre. A este respecto, creo que san José sea realmente un santo patrono especial para todos aquellos que tienen que dejar su tierra a causa de la guerra, el odio, la persecución y la miseria
Patris corde n.º 5

Introducción

Nuestra reflexión, signada por el año dedicado a san José convocado por el papa Francisco con su carta apostólica *Patris corde* con motivo del 150.º aniversario de haber sido proclamado patrono de la Iglesia Universal por el Papa Pío IX, es fruto de la experiencia personal, académica y espiritual en torno a esta inigualable figura que cierra el AT y abre el NT, a través de unos broches que reflejan la maduración de la respuesta a Dios tejida en la antigua alianza y la apertura irreversible a la gracia consumada en la nueva alianza como abandono irrestricto, contemplación de su grandeza y obediencia humilde a sus designios.

Es verdad que san José aparece de manera discreta y desaparece silencioso en los Evangelios, pero su escenificación es suficiente para comprender con intuición su historia, personalidad y misión en la economía de la salvación. Además, iluminan esta comprensión figuras semejantes a la suya en el AT, y de modo particular en el NT, su propia esposa. Verlo de manera individual es posible, pero interpretar su vida a través del reflejo analógico de María, como es natural desde la vocación familiar, permite un acercamiento a su conciencia y a su obra.

Contemplantarlo hoy como ejemplo por sus virtudes para la vida doméstica implica observar la problemática compleja que afecta a la familia de hoy como lo hace el papa Francisco en *Amoris laetitia* y como lo hiciera entonces Juan Pablo II en *Familiaris consortio*.

El culmen de esta reflexión hace eco de la riqueza de expresiones referidas a san José en el Magisterio de la Iglesia, y celebrado en la liturgia como modelo de fe obediente, de padre amoroso y cuidador, esposo prudente y, por tanto, patrono de la Iglesia Universal.

En este trabajo reflexivo, el autor, más allá de ser sujeto, es objeto-sujeto, en cuanto no solo sirve los planteamientos bíblicos, teológicos, pastorales, sino que es servido por ellos. Como sujeto tiene experiencia de iglesia, fe, oración, y se dedica al estudio de las verdades de la fe en relación con la condición humana abierta a la trascendencia

1. San José En la historia de la salvación para la familia

Su obediencia:

La historia de Salvación es la narración de una secuencia de voluntades que asienten al llamado de Dios y a sus indicativos. José, figura transicional entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, es signo de esa respuesta acertada a la voluntad divina: la obediencia. Obedecer en medio de las tormentas emocionales y sociales no es cosa fácil; el ángel en sueños le dice “no temas” (Mt, 1. 20); pero en el plano de la gracia es la mejor opción. José lo hizo

en medio de su decisión de repudio a su prometida y de la presión social que salvaguarda la fidelidad al esposo. Su dilema y frustración los supera con la ayuda del ángel en el primer sueño (Mt 1, 19) y con la actitud de un caballero, de un hombre en todo el sentido de la palabra, porque pone, por encima de su frustración y duda, la buena fama y buen nombre de su prometida. Él, a la manera de los profetas, termina decidiendo en acato a las insinuaciones de Dios en la intimidad y secreto de los sueños; y no de acuerdo con las presiones legales y sociales. Esa dirección es la que le asegura una correcta decisión; quien obedece a Dios nunca se equivoca.

Si así se resolvieran las múltiples dificultades y se superaran los difíciles momentos por los que pasan todas las parejas, nuestras familias y, a la sazón, nuestra sociedad, serían más ejemplares en relación con la resolución de los conflictos sin maltratos, sin decisiones acaloradas, sin violencias, sin escándalos con los hijos. Viene entonces aquel catálogo de vida familiar en Ef 6, 4: “Padres, no irritéis a vuestros hijos; educadlos, más bien, en la disciplina y con la exhortación de Dios”. En nuestra experiencia familiar vivimos en carne propia la eficacia de la pedagogía del amor, que, como buena pedagogía, se parece a una siembra en la cual no siempre cosecha quien esparce la semilla. Aunque la vida familiar es un circuito de circuitos en el cual, a menudo, los hijos al cabo del tiempo terminan cediendo a las enseñanzas de sus padres.

En el Antiguo Testamento:

Sus sueños son la experiencia del siervo con su amo, sin vacilación pone por obra aquello que en sueño se le indica; como otros personajes del AT, José sigue un modo comportamental similar a:

Abimelec, rey de Guerar (Gn 20, 3). A este hombre Abraham le presenta a su esposa. Dios en el sueño le habla a Abimelec que no se fije en Sara, a quien no puede tomar por esposa. Es el primer personaje que obedece a Dios.

Jacob, peregrino, llega a Bethel (Gn 28, 10-15) y discute con su hermano Esaú. Cuando huye de su casa ve en el sueño una escalinata de la tierra al cielo, Dios le dice que lo acompañará por siempre. Será el nombre del

padre de José. Padre del José soñador del AT; llamado el justo del AT. Curiosamente encontraremos de manera analógica esos mismos rasgos en el José del NT.

José, hijo de Jacob (37, 5,9; 40-41), cuenta sus sueños a sus hermanos que aumentan contra él su rencor; en el siguiente sueño ve el Sol, la Luna y once estrellas postrados ante él.

Salomón y su sueño en Gabaón (1Re 3, 5), un santuario. Se queda dormido y Dios le dice que le pida lo que quiera, Salomón le pide solo saber escuchar, enséñame a escuchar para saber gobernar y discernir entre el bien y el mal. Asimismo, san José es un hombre que sabe *escuchar*. Que el libro de la Sabiduría 9, 4 confirma con la oración dirigida por Salomón rogando al Señor la sabiduría.

Mardoqueo (Est 11, 1), tío de Ester. Mardoqueo sueña con señales de Dios que le hace entender que el pequeño pueblo judío vencerá a grandes pueblos, entre los planes de Dios.

Daniel (Dn 1, 17), intérprete de visiones y sueños.

En el Nuevo Testamento:

José, padre de Jesús (Mt 1-2), es un soñador en línea con los del AT:

Los magos de Oriente (Mt 2, 12) soñaron que no debían volver por el camino de Herodes. Obedecen a Dios y se van por otro camino.

La mujer de Pilato (Mt 27, 19), mujer que escuchó a Dios en el sueño y le dijo que no se metiera con ese hombre justo. “No te metas con ese inocente, que esta noche en sueños he sufrido mucho por su causa”.

Pablo: en cuatro sueños o visiones (Hch 16, 9-10; 18, 9-10; 23, 11, 27, 23-24) Dios le va indicando hacia dónde dirigirse.

Del José del AT al José del NT: ambos hijos de un Jacob. En la genealogía de Mt encontramos el versículo eslabón (Mt 1, 16) que nos vincula con el AT. Los dos son hombres de sueños. Los dos son conducidos a Egipto (lugar de esclavitud y sufrimiento, pero es allí donde nace un liberador: Moisés). Los dos se convertirán en protectores, nutricios de su pueblo; procuran alimento y cuidan.

Padre adoptivo de Jesús:

Habitualmente se habla del silencio y discreción de la figura de José en el NT; no obstante, se pueden reconocer al menos 17 alusiones a san José en los cuatro evangelios: siete en Mt; aunque en Concordancias del Nuevo Testamento de José Luján se reconocen ocho (Luján, 1975, p. 319, ya que en Mt 2, 14 dice, “se levantó” sin mencionar el nombre propio. En Lc, siete veces; una, en Mc, y dos, en Jn.

Revisemos ahora los cuatro Evangelios:

En el Evangelio de san Mateo: ocho veces: es el primer personaje en acción en la narración del Evangelio, primer personaje dentro del evangelio que abre. Después del relato de la genealogía.

- “Jacob engendró a José, el esposo de María” (Mt 1, 16).
- “María estaba prometida con José” (Mt 1, 18) la anunciación a José: él recibe la anunciación del ángel, así como María la recibe en Lc.
- “José, su esposo, que era honrado, y no quería infamarla, decidió repudiarla en privado”; es llamado hombre justo (Mt 1, 19), salmo 112 del hombre justo.
- “Cuando un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: José, hijo de David, no tengas reparo en acoger a María” (Mt 1, 20). Sobre este pasaje dice Juan Pablo II en *Redemptoris custos*: “Se halla el núcleo central de la verdad bíblica sobre San José (n.º 2).
- “Cuando José se despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había ordenado” (Mt 1, 24).

- “Cuando se marcharon, un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo: Levántate, toma al niño y a la madre, huye a Egipto y quédate allí hasta que te avise, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo” (Mt 2, 13).
- “Se levantó, tomó al niño y a la madre todavía de noche y se refugió en Egipto” (Mt 2, 14).
- “A la muerte de Herodes, el ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto y le encargó: Levántate, toma al niño y a la madre y dirígete a Israel, pues han muerto los que atentaban contra la vida del niño” (Mt 2, 19).

Encontramos cuatro sueños en Mateo: es el personaje que más sueña en la Biblia, no habla, sueña y en el sueño escucha, y obedece el sueño. Los cuatro sueños lo invitan a ponerse en camino; ninguno de los sueños lo deja estático (él actúa, se pone en salida), obediente, listo en camino, encargado de darles seguridad al niño y a su madre. Duerme, pero a la vez vela, es vigía, está atento, alerta.

- La anunciación de Jesús (Mt 1, 18-25).
- La orden de huir a Egipto (Mt 2, 13-18). Se está reescribiendo la historia del pueblo judío, como es la esclavitud en Egipto y deportación a Babilonia.
- La orden de regresar de Egipto (Mt 2, 19-21).
- El sueño de ir a Galilea (Mt 2, 22-23).

En el Evangelio de san Lucas: siete veces

- “El sexto mes envió Dios al ángel Gabriel a una ciudad de Galilea llamada Nazaret, a una virgen prometida a un hombre llamado José, de la familia de David” (Lc 1, 27).
- “José subió a Belén para inscribirse junto con María” (Lc 2, 1-4).
- “Fueron aprisa y encontraron a María, a José y al niño acostado en el pesebre”. José en el nacimiento de Jesús (Lc 2, 16).

- “Cuando los padres introducían al niño Jesús para cumplir con él lo mandado en la ley” (Lc 2, 27). José, nombrado con el apelativo de padre en la presentación de Jesús en el templo (Lc 2, 21-35).
- “El niño Jesús se quedó en Jerusalén sin que sus padres lo supieran”. José, el padre, con María encuentran a Jesús en el templo (Lc 2, 41-52).
- “Cuando Jesús empezó su ministerio tenía treinta años y pasaba por hijo de José”. Jesús identificado por sus contemporáneos como hijo de José (Lc 3, 23).
- Preguntan en la sinagoga: ¿pero no es éste el hijo de José? (Lc 4, 22).

En el Evangelio de san Marcos: una vez

- “¿De dónde saca todo eso? ¿Qué clase de saber se le ha dado, que tales milagros realiza con sus manos? ¿No es este el carpintero, el hijo de María, el hermano de Santiago y José, Judas y Simón?” (Mc 6, 1-6).

En el Evangelio de san Juan: dos veces

- Testimonio de Felipe a Natanael: “Hemos encontrado al que describen Moisés en la ley y los profetas: Jesús, hijo de José natural de Nazaret” (Jn 1, 45).
- En el discurso del Pan de vida: “Los judíos murmuraban porque había dicho que era el pan bajado del cielo; y decían: ¿No es este Jesús, el hijo de José? Nosotros conocemos a su padre y a su madre. ¿Cómo dice que ha bajado del cielo?” (Jn 6, 41-42).

Los cuatro Evangelios son el testimonio primario de la existencia de José, en los cuales es presentado como hombre dócil a Dios que, a través del ángel, le habla y le manda en sueños; por obediencia se pone en marcha y pareciera ser continuidad de aquellos patriarcas como Abraham, que se ponen en camino sin más que confiando en Dios. Entre esos rasgos que perfilan la personalidad de san José, podemos descubrir que es un padre moderno semejante a los padres de hoy: con un hijo, y aceptó casarse con

quien ya tenía un hijo, y lo aceptó como suyo. El más moderno de todos los padres. Solo un hijo, y no es su hijo: es el hijo de su mujer, mientras que en el AT los hombres son padres de diez o doce hijos. Es figura actual para nuestro contexto; casi manda a su prometida a su casa, pero reflexiona, la acepta con su hijo.

Es un hombre del silencio, pero también de la acción. Su distintivo es ser protector. En él confluyen la contemplación y la acción, que lo inducen a la protección, como síntesis de su misión en la economía de la salvación. Esta obediencia probada es la preparación para un encargo único: proteger la Sagrada Familia de Nazaret, y por extensión, los Padres de la Iglesia ven en José al protector de la Iglesia. En virtud de ese reconocimiento, lo veneramos y lo invocamos con la jaculatoria: san José, protector de la Sagrada Familia, protégenos en todos los peligros. Su obediencia es a semejanza de María, un sí silencioso y efectivo. Silencioso porque decide en secreto, efectivo porque se pone en marcha sin decir una sola palabra, y pone por obra lo que en sueños le indica el Señor; vive aquello que escucha y proclama aquello que contempla.

Es la vida exacta de nosotros como padres de familia en medio de nuestra casa, cuando vivimos momentos cuya intensidad e impacto nos toca sobrellevar en silencio de la confianza en Dios, confiándolo todo a Dios; pero sin decir una sola palabra en voz alta que pudiera herir, confundir o angustiar. Es en esa circunstancia cuando descubrimos la oración como profesión de fe que viene en auxilio de la familia.

Como san José, la familia, auténtico y radical ministerio sacerdotal; la familia como iglesia doméstica comparte la naturaleza ministerial y carismática de la iglesia. Si en la Iglesia la ministerialidad es espíritu de servicio ordenador y corporativo, y el carisma es espíritu vivificante y constructivo; en la familia la ministerialidad se comprende a la luz de la tarea que asumen los esposos de guiar, acompañar a sus hijos por todas las generaciones, como reza la bendición a los esposos en el ritual del matrimonio. Esa crianza y guía hoy como siempre es posible gracias a las enseñanzas y a los ejemplos, ya que los hijos modelan su conducta a partir de lo que observan. Ser papá

o mamá hoy, como en todo tiempo, es un don y una tarea cuyo significado está cifrado en la entrega generosa y en la consagración total a esa misión. San José, sin ser de estirpe sacerdotal, cumple a cabalidad su misión sagrada de guiar y santificar a su familia; lo hace no desde la oficialidad, sino desde la voz profunda de su conciencia. San Juan Crisóstomo lo llama “Ministro de la salvación” (Comentario a san Mateo v. 3).

En el AT los sacerdotes descendían de Aarón, pertenecientes a la tribu de Leví, pero en Ex 19, 6 es todo el pueblo el que queda con un vínculo particular con Dios: es una corporación sacerdotal: “Seréis un pueblo sagrado, un reino sacerdotal. Esto es lo que has de decir a los israelitas”.

La familia es, por tanto, templo santo, ofrenda y altar del sacerdocio común, en donde la dimensión cultural se manifiesta de manera auténtica en la donación sin reservas; la paternidad y la maternidad hoy son donación o no son en realidad. Tarea ardua, en cuanto los ritmos del mundo en donde nos movemos están marcados por la eficiencia, en la cual, como a los discípulos, no queda tiempo ni para alimentarse. El tiempo de calidad para la familia implica una mayor exigencia cuando nos corresponde vivir las consecuencias de confinamiento en medio de la pandemia. Ese encierro que genera cercanía física por el lado de la familia y distanciamiento corporal en el ámbito social ocasiona ciertas distorsiones en las maneras de relacionarnos, que vale la pena ver a la luz de las actitudes del santo que nos inspira en esta ponencia.

La cercanía física en la familia no siempre es capaz de superar hoy las barreras que pueden instalarse en medio de ellas de manera inadvertida: el trabajo, con todas sus demandas, cuando se entremezclan los tiempos familiares con los laborales y se pierden los momentos que antes señalaban la espontaneidad y el descanso. Ser trabajadores familiarmente responsables exige un mayor ordenamiento en los tiempos, de tal modo que no se disipen la ministerialidad y el carisma en la familia. Por esto Francisco en *Amoris laetitia* señala:

Quisiera agregar el ritmo de vida actual, el estrés, la organización social y laboral, porque son factores culturales que ponen en riesgo la posibilidad de opciones permanentes. Al mismo tiempo, encontramos fenómenos ambiguos. Por ejemplo, se aprecia una personalización que apuesta por la autenticidad. Es un valor que puede promover las distintas capacidades y la espontaneidad, pero que, mal orientado, puede crear actitudes de permanente sospecha, de huida de los compromisos, de encierro en la comodidad, de arrogancia. (n.º 33)

El sacerdocio real o sacerdocio común en medio de la familia implica vivir el presente como un Kairós en el cual la presencia sobrenatural, mediante la fe que dentro de ella se vive, supone las realidades temporales; pero nos enseña modos particulares de elevación sobre ellas como santificándolas. La oración y la meditación en familia nos sumergen en un ritmo transhistórico que posibilita un descanso en familia y un tomar aire intenso para continuar el camino. Convertirse en escuela de oración y contemplación exige un cambio de chip; es decir, es reconfigurar el circuito que recibimos en el bautismo, por el cual se nos invita a transmitir la fe, cultivarla hasta convertirse en el camino de vida eterna para los hijos.

De otro lado, la comunicación en el interior de la familia es fuertemente amenazada por la incursión incontrolada de los medios masivos. Al respecto, Juan Pablo II afirma:

A esto hay que añadir una ulterior reflexión de especial importancia en los tiempos actuales. No raras veces al hombre y a la mujer de hoy día, que están en búsqueda sincera y profunda de una respuesta a los problemas cotidianos y graves de su vida matrimonial y familiar, se les ofrecen perspectivas y propuestas seductoras, pero que en diversa medida comprometen la verdad y la dignidad de la persona humana. Se trata de un ofrecimiento sostenido con frecuencia por una potente y capilar organización de los medios de comunicación social que ponen sutilmente en peligro la libertad y la capacidad de juzgar con objetividad. (n.º 4)

En este orden de ideas, el ciberjuego, por ejemplo, dentro del gran ambiente digital en el cual nos encontramos, tiene unas implicaciones directas sobre la familia, que es preciso considerar con la ayuda de Francisco en *Christus vivit*:

La inmersión en el mundo virtual ha propiciado una especie de “migración digital”, es decir, un distanciamiento de la familia, de los valores culturales y religiosos, que lleva a muchas personas a un mundo de soledad y de autoinvención, hasta experimentar así una falta de raíces aunque permanezcan físicamente en el mismo lugar. (n.º 90)

Esto y todas las patologías que se derivan del uso sin control de la web en los ámbitos familiares, ese caos social que está originando el ambiente digital dentro del cual nos movemos, se revierte en contra de los lazos familiares y enferma la célula vital de la sociedad. Sin familias fuertes y saludables, la sociedad seguirá siendo débil y enferma. Si la familia es consciente de estar dentro de la economía de la salvación, se convierte inmediatamente en familia cuidadora y sanadora, ya que dentro de ella se despliega la salvación de sus integrantes y, como los expuso Juan Pablo II en *Familiaris consortio*, el futuro de la humanidad (n.º 86).

Por lo anterior, el sacerdocio se hace posible en la familia por suerte de dos inmembraciones: en la Iglesia Cuerpo de Cristo, y en la familia, estructura corporativa básica de la Iglesia y de la sociedad. Ser cabeza de Cristo en la familia es el significado de un amor sin límites que se traduce en entrega “Hombres amad a vuestras mujeres, como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella” (Ef 5, 25).

2. San José para el mundo actual, por una familia corredentora

San José, padre en salida:

Todos los sueños de José concluyen en un ponerse en camino, en dirigirse en el horizonte que Dios le señala, ese salir de camino en respuesta y búsqueda de la voluntad divina le hacen peregrino y caminante en todo momento. Estar en salida es la condición vital de José y es la condición del padre que busca sustento y protección a su familia. Si bien su vida es contemplativa también la acción define su existencia, la hondura de su personalidad lo capacitó para sobreponerse a las inmensas pruebas que le significaron la encarnación del hijo de Dios en el vientre de su prometida, así como la huida a Egipto y todas las vicisitudes que se derivan al menos de esos dos enormes episodios, ante los cuales el silencio es elocuente. Es la misma experiencia de tantas familias cuyos sufrimientos se quedan en la intimidad de la casa por decoro, por prudencia y muchas veces por pudor. José, puesto en camino con su familia, vivió la experiencia de los núcleos familiares sometidos a las migratorias, y en numerosas ocasiones desintegrados, a lo largo de diferentes regiones y países del nuestro planeta. Familias cuyas conmovedoras escenas son una vergüenza para la humanidad, cuyos gobiernos de turno imponen barreras xenófobas que dañan la naturaleza humana porque la llevan a ser indolente, indiferente al favorecer la cultura del descarte y desatención a los más pobres. Con razón se refiere el papa Francisco a esta realidad:

La Sagrada Familia tuvo que afrontar problemas concretos como todas las demás familias, como muchos de nuestros hermanos y hermanas migrantes que incluso hoy arriesgan sus vidas forzados por las adversidades y el hambre. A este respecto, creo que san José sea realmente un santo patrono especial para todos aquellos que tienen que dejar su tierra a causa de la guerra, el odio, la persecución y la miseria. (*Patris corde* n.º 5)

Quisiéramos ver a san José en salida si fuera para la cultura del encuentro simbolizada en unas familias que favorecen a otras tendiendo su mano ante

sus condiciones de hambre, desnudez y múltiples carencias. Si la familia es el presente y el futuro de la humanidad, lo cumple en la medida que contribuye con la superación de la cultura del descarte y de la exclusión de los más pobres. Si la travesía de José fue en busca de protección y seguridad para su familia, hoy es inspiración para construir una sociedad justa, solidaria, empática con los desposeídos, aquellos que sin tierra van de un país a otro buscando la supervivencia. Es este el caso de nuestro país, con el movimiento inmigratorio que constituye un gran reto en cuanto trata de resolver la problemática interna que de hecho ya es compleja y vasta.

San José, padre moderno:

San José, como su esposa, guardó las cosas en su corazón, quiso dejar sus decisiones en secreto para evitar el mal a su prometida; después acepta como hijo a aquel de quien no es su progenitor. Una familia, que pudo ser disfuncional, fue consolidada por la prudencia, fortaleza e interioridad profunda de su padre.

La paternidad en los tiempos modernos se ve transfigurada por los profundos cambios sociales relacionados con la familia y con el rol del hombre y de la mujer, tanto en la familia como en la sociedad. San José, por su vocación al servicio, señala la capacidad de relevo y subsidiariedad en la familia, condiciones vitales para la familia de hoy. Puesto que las demandas sociales de nuestra época imponen el desempeño laboral del hombre y de la mujer, la familia se define hoy por la capacidad de servicio y colaboración entre sus miembros; mientras unos trabajan, otros cuidan y alimentan. Aunque constatamos muchos casos de mujeres y en otros tantos de hombres que hacen de padre y madre, en cualquier caso, el rol femenino y masculino de progenitor, cuidador y guía; es una vocación a la donación completa y renuncia a sí mismo hasta dar la vida por completo. En este sentido tenemos una nueva masculinidad, en cuanto el rol del hombre no se completa a sí mismo sino en la complementariedad de la mujer, y el rol femenino se complementa en el hombre, aunque a menudo se carezca de la compañía femenina. Es decir, a muchas mujeres les toca ingeniárselas para encontrar la complementariedad que la separación

o abandono de su pareja le ha negado. Esa es, por ejemplo, una nueva feminidad, aquella en la que la figura paterna es débil o incluso ausente; asimismo, a muchos hombres les toca el destino o la decisión de ser la única figura de ascendencia moral y de autoridad en la familia a causa del abandono de la mujer; en esos casos estamos asistiendo a una nueva masculinidad, en la cual el hombre releva por completo las funciones naturales de la mujer, y sin problema se dedica a tareas antes exclusivas de la mujer.

La naturaleza paternal o maternal está cifrada en la oblación completa que es signo de la fuerza interior y física de la mujer y del hombre; esa capacidad de autodonación es en últimas el significado completo de la masculinidad o de la feminidad. Toda nueva masculinidad o feminidad pasa por la abnegación o la convivencia familiar se torna hostil e incluso árida. Hacerlo de manera libre y voluntaria es la consumación de la misión tanto del hombre como de la mujer. La sofisticación de la familia en la modernidad consiste, por tanto, en compartir los roles porque se comprende la subjetividad en relación y alteridad. La familia es entonces antídoto contra la sociedad de la soledad, de la depresión y de la falta de sentido de vida.

El espíritu de san José eleva hoy la dignidad de la familia, puesto que por medio de él no solo su misión entra en el plan de salvación, sino la familia; en virtud de su entrega sin reservas a la Sagrada Familia, brilla su virtud en cualquier comunidad que quiera inspirar en la familia su desarrollo, y aún es mayor su resplandor en la comunidad creyente. Ejemplos como el de san José son vitales en la sociedad de todos los tiempos, y más en la de hoy, puesto que sobre la familia se extienden amenazas que cuentan con la connivencia de los Estados con sus políticas desfavorables al desarrollo familiar.

Por lo mencionado hasta este punto, san José es lugar teológico, hermenéutico y heurístico de los tesoros de la salvación depositados en la familia constituida en el amor y santificada por el sacramento. En ella cuyo valor soteriológico radica en su capacidad de encarnar el amor divino en

la experiencia del amor humano, cada integrante se siente seguro, amado y redimido. Con razón nos decimos los esposos “mi cielo”, y llamamos ángeles a los hijos en quienes el Padre Misericordioso revela en el amor natural su amor eterno.

En dicho sentido, la vida de san José es fuente de espiritualidad varonil y familiar; en sus costumbres y virtudes podemos encontrar a un varón íntegro capaz de lo más sublime y santo, porque se ha dejado llevar por la voluntad divina. Por su discernimiento que tiene como principio no anteponer sus decisiones a los designios divinos, se convierte en guía para la familia, que a menudo se encuentra con grandes dilemas de carácter moral que implica transitar la existencia humana. San José es arquetipo de discernimiento familiar, porque su abandono en manos de la Divina Providencia indica poner la voluntad humana en un segundo lugar.

Si así fuera la decisión, las familias estarían dispuestas a cargar la cruz y sobrellevar los sufrimientos en clave de comunión profunda, para superar la tentación de la ruptura o de observar como un espectador el sufrimiento de la otra persona. También la tentación humana del relato del pecado en el Génesis como los correlatos de los pecados de hoy, de echar la culpa al otro.

3. En la Iglesia como experiencia comunitaria de la fe y pedagoga de la familia

En la liturgia:

Su veneración es semejante a la de María en la medida que a él le fue confiado el cuidado y educación de Jesucristo. Él, como ninguna otra criatura a excepción de María, participa en la apertura de la puerta de la Revelación que es el misterio de la Encarnación. Custodio de su hijo, lo convierte en custodio del misterio de la redención, punto de llegada de la encarnación.

Por esta lógica y pedagogía salvífica, san José es invocado por los Padres de la Iglesia como cuidador de la Iglesia prefigurada en la humanidad frágil de María; por lo cual León XIII lo reconoce especial patrono de la Iglesia (QP 3). Y, por tanto, inspirador de una eclesiología del servicio, de la liberación, del cuidado, de la humildad, del silencio contemplativo y de la salvación encarnada en acciones con la coherencia del Evangelio; una eclesiología al estilo san José supone las actitudes mencionadas en los cuatro Evangelios, y que son su semblanza espiritual: obediencia y servicio. Una Iglesia que obedece a Dios como sierva y que sirve en clave de abajamiento hasta lastimarse como lo sugiere Francisco es la Iglesia que en verdad puede ser sacramento de Cristo.

Con estos presupuestos teológicos, la liturgia venera a san José con tres fechas que le son propias: 19 de marzo, 1.º de mayo y la fiesta de la Sagrada Familia, el domingo dentro de la octava de Navidad. La eucología de esas tres fechas indican el contenido celebrativo: el 19 de marzo lo veneramos como esposo de la Virgen María, y en la oración colecta como aquel en quien Dios ha confiado los primeros misterios de la salvación. El 1.º de mayo lo celebramos como obrero, y en la oración colecta de la fecha se exalta su dedicación al trabajo. Y en la celebración de la Sagrada Familia, lo veneramos como modelo de padre, y en la oración colecta, como modelo, con Jesús y María, de virtudes domésticas.

Juan XXIII, por su devoción a san José, incluyó su nombre en el canon romano (Plegaria Eucarística I). Su nombre seguido de la Madre de Dios sugiere un culto de veneración semejante al que los creyentes rendimos a María. El sermón de san Bernardino de Siena sobre san José, que leemos en la Liturgia de las horas del 19 de marzo, predica que así como la Iglesia tiene deuda con la Virgen Madre, le debe a San José especial gratitud y reverencia.

En el magisterio:

Cum quorundam de Paulo IV de 7 de agosto de 1555 (Constitución contra los unitarios) señala la encarnación como obra del Espíritu Santo

en el vientre de la Santísima Virgen María, advirtiendo la no cooperación carnal de José, como sí sucede con los hombres. Esta herejía no reconoce la Trinidad y tampoco la naturaleza humana de Cristo (Denzinger n.º 993). *Quemadmodum Deus* de Pío IX, 8 de diciembre de 1870: decreto de la Sagrada Congregación de Ritos, el Papa Pío IX solemnemente constituye a san José Patrono de la Iglesia Católica.

Quamquam pluries de León XIII de 15 de agosto de 1889: con esta encíclica el papa León XIII reflexiona y legisla sobre la devoción a san José.

Discurso a las Asociaciones cristianas de Trabajadores italianos con motivo de la Solemnidad de san José obrero (1.º mayo 1955) de Pío XII: AAS 47 (1955), 406: Patrono de los trabajadores.

Catecismo de la Iglesia Católica (nº1014): el pueblo cristiano lo invoca como Patrono de la buena muerte.

Redemptoris custos de Juan Pablo II de 15 de agosto de 1989: custodio del Redentor. Sobre la figura y la misión de san José en la vida de Cristo y de la Iglesia.

Patris corde de Francisco de 8 de diciembre de 2020: con corazón de padre. Esta carta apostólica es escrita por Francisco con motivo del 150.º aniversario de la declaración de san José como patrono de la Iglesia Universal. Francisco lo menciona como padre amado, padre en la ternura, padre en la obediencia, padre en la acogida, padre de la valentía creativa, padre trabajador, padre en la sombra.

Conclusiones

San José es modelo de fe en cuanto su vida depende de Dios, y su asentimiento es la obediencia. De igual manera, en familia vivimos la fe y la afianzamos en el cumplimiento de la ley del amor.

Como María, es receptor de la anunciación del ángel, quien le revela no tener temor a la obra que es exclusiva de Dios, tal como lo hizo el ángel con su prometida. Toda familia, como la de Nazaret, vive vicisitudes que son superables en la medida que se abre a la acción de Dios en su historia. Como María después de la anunciación, se pone en camino san José, después de los sueños inicia su marcha. La familia en su esencia tiene inscrita la naturaleza del encuentro, de la apertura a la vida y del servicio a los demás. Al nacer del encuentro entre dos enamorados, propicia otros encuentros que le permiten ser misionera y constructora de la cultura del encuentro.

San José, junto a María y a su hijo, son la escena de la plenitud de los tiempos, y ellos además de ser depositarios de la salvación, son corresponsables de la nueva alianza inaugurada con la anunciación. La familia, como realidad humana inspirada por la Revelación, celebra en las liturgias y rituales internos su memoria y su historia escrita por el dedo de Dios en el amor de los esposos, y en el amor que se prolonga en los hijos y en las demás personas que conforman sus narrativas. Con los hijos y con los demás, la familia ejerce su ministerio y carisma.

Gracias a san José podemos afirmar la familia como nuevo areópago de la fe; ella es destinataria privilegiada de los bienes de la salvación, y *a posteriori*, se convierte en acceso seguro a la fe. Esto en cuanto, por medio de ella, la fe se hereda, se vive, se transmite y se predica con palabras y con acciones, que son vivo testimonio de su adhesión y comprensión del depósito de la fe concentrado en ella. La familia es destinataria de toda la acción pastoral de la Iglesia para conducirla a una autocomprensión de su misión como lugar teológico y campo sobreabundante de la gracia.

Podemos poner punto final a esta reflexión con una invocación en la bendición final que escribía Juan Pablo II a las familias al concluir la exhortación apostólica *Familiaris consortio*: “Que san José, hombre justo, trabajador incansable, custodio integérrimo de los tesoros a él confiados, las guarde, proteja e ilumine siempre”.

Y con la oración de Francisco al concluir *Patris corde*:

Glorioso patriarca san José, cuyo poder sabe hacer posibles las cosas imposibles, ven en mi ayuda en estos momentos de angustia y dificultad. Toma bajo tu protección las situaciones tan graves y difíciles que te confío, para que tengan una buena solución. Mi amado Padre, toda mi confianza está puesta en ti. Que no se diga que te haya invocado en vano y, como puedes hacer todo con Jesús y María, muéstrame que tu bondad es tan grande como tu poder. Amén.

Referencias

Concilio Ecuménico Vaticano II. Conferencia Episcopal Española Ed. (1993) *Gaudium et Spes*. Biblioteca de Autores Cristianos

Denzinger, E. (1958). *El Magisterio de la Iglesia*. Herder

Francisco (2016) *Amoris laetitia*. Recuperado de: https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20160319_amoris-laetitia.html

Francisco (2019). *Christus vivit*. Recuperado de: https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_exhortations/documents/papa-francesco_esortazione-ap_20190325_christus-vivit.html

Francisco (2020). *Patris corde*. Recuperado de: https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_letters/documents/papa-francesco-lettera-ap_20201208_patris-corde.html

Juan Pablo II (1981). *Familiaris consortio*. Recuperado de: https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_19811122_familiaris-consortio.html

Juan Pablo II (1989). *Redemptoris custos*. Recuperado de: https://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_15081989_redemptoris-custos.html

León XIII (1889). *Quamquam pluries*. Recuperado de: https://www.vatican.va/content/leo-xiii/es/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_15081889_quamquam-pluries.html

Liturgia de las Horas. Fiesta de San José esposo de la Virgen María.

Luján, J. (1975) *Concordancias del Nuevo Testamento*. Herder

Misal Romano. Plegaria Eucarística I. Recuperado de: <https://www.liturgiapapal.org/attachments/article/496/PE%201.pdf>

Schökel, L. Trad. (1995) Biblia del Peregrino. Ega-Mensajero



CAPÍTULO VI

Trabajo y espiritualidad:
Desafíos contemporáneos
iluminados por José, el
carpintero de Nazaret

Dr. Juan Francisco Rodríguez Cortés, Colombia

Esposo y padre de familia. Estudió Matemáticas puras en la Universidad Nacional de Colombia, Maestría en Teología en la Pontificia Universidad Javeriana y Doctorado en Teología en la misma institución. Trabaja actualmente como socio consultor de la firma Life inc., la cual asesora procesos de cambio y alineación cultural desde un marco de la espiritualidad; y es investigador en teología mística, cristianismo primitivo, espiritualidad cristiana oriental y mística latinoamericana. Su última publicación fue el libro *La dimensión espiritual de las organizaciones*. Lidera el portal Silencio y Espiritualidad, donde se ofrecen ejercicios espirituales y ejercicios de contemplación de forma virtual y presencial.

Resumen

Hay una relación estrecha entre espiritualidad y trabajo que se ha hecho más evidente con la transformación del mundo laboral por diversas razones; entre ellas, la pandemia por COVID-19. Esta investigación tiene por objetivo iluminar algunos desafíos del trabajo actual desde la figura de san José, en quien confluyen trabajo y mística. Se siguen las tres mediaciones del método teológico latinoamericano: primero, con una mirada socioanalítica e interdisciplinar acerca de los retos del mundo laboral actual y su agudización con la pandemia, como lo son la fatiga, la falta de claridad y discernimiento, el influjo del dinero y los incentivos económicos, y la gestión de la sostenibilidad. Segundo, la mediación hermenéutica a partir de los testimonios neotestamentarios sobre José. De una parte, como hombre justo, por lo que se explora la relación entre justicia divina y descanso; como hombre de discernimiento en momentos de crisis e incertidumbre; la fecundidad de su trabajo más allá de la esfera económica; y su relación con el Verbo encarnado como camino de restauración de las relaciones fundamentales del ser humano. Por último, la mediación de la praxis, en este caso, mistagógica, a partir del silencio de José como camino de encuentro y plenitud.

Palabras clave: san José, trabajo y espiritualidad, espiritualidad en el lugar de trabajo, pandemia y trabajo.

DOI CAPÍTULO VI: [HTTPS://DOI.ORG/10.31908/EUCP.59.C603](https://doi.org/10.31908/EUCP.59.C603)

Para citar este capítulo: Rodríguez, J (2021). Trabajo y espiritualidad: Desafíos contemporáneos iluminados por José, el carpintero de Nazaret. En Mayor Tamayo, Jhon Fredy (Ed.), *San José, el amigo de Dios que tiene un corazón de padre* (pp. 118 – 137). Editorial Universidad Católica de Pereira.

1. Introducción

En la figura de san José confluyen dos temas importantes para el quehacer teológico actual: espiritualidad y trabajo. El carpintero y el místico. El contexto presente —pandemia incluida— ha supuesto desafíos sin precedentes para muchas personas en su vida laboral. A su vez, este tiempo de crisis global ha sido también una primavera espiritual.

Los momentos adversos suelen ser especialmente fecundos para el despertar del anhelo místico, pues el ser humano puede percibir con mayor clarividencia su condición de indefensión y pequeñez. Dicho de otro modo, se hace humilde, y la humildad es la puerta angosta que conduce a la vida verdadera (Lc 13, 24). El cambio, el duelo, la enfermedad y el miedo nos confrontan con las grandes preguntas de la vida; y germina, en tiempos así, un mayor deseo de paz y de tranquilidad.

Aunque las referencias a José sean escasas, estos dos aspectos —mística y trabajo— están en el centro de los relatos. Él es un hombre que debe discernir qué hacer en momentos llenos de incertidumbre y adversidad, por lo que su vida se presenta como un camino de apertura y acogida de la voluntad divina. Por otra parte, los evangelios afirman que era *tékton* de oficio; es decir, un hombre que trabaja con sus manos (Campbell, 2005); y que enseñó este oficio a su hijo Jesús. Gracias a este trabajo silente y humilde, la Iglesia lo reconoce como el patrón de los trabajadores.

No es conveniente comprender el trabajo y la espiritualidad como dos realidades distintas y cohabitantes. Desde una perspectiva fenomenológica, la espiritualidad es un proceso relacional entre el ser humano y Dios; en el

cual hay una transformación activa por el amor (Waaijman, 2011). Esta relación puede ser entendida como un proceso de integración que tiene por horizonte que cada acto de la vida sea una manifestación de la comunión entre lo humano, lo cósmico y lo divino —la relación cosmoteándrica como la definiría Panikkar (2005)—. Así las cosas, el trabajo es parte integral de la experiencia espiritual.

Esta ponencia tiene por objetivo discernir los retos particulares de la vida laboral actual desde la figura de san José, las Sagradas Escrituras y la tradición espiritual del cristianismo. Procederemos en consonancia con los momentos del método teológico latinoamericano: una mediación sociocultural e interdisciplinar; la hermenéutica espiritual y los caminos de la praxis espiritual o mistagogía.

2. Enfermedades en la vida laboral

La pandemia por COVID-19 ha trastornado todos los ambientes de la vida humana; y el trabajo no ha sido la excepción. El impacto económico de esta crisis global llevó al país a tener índices récord de desempleo entre junio y julio de 2020 superiores al 22 %; aunque se muestra una recuperación parcial, todavía no alcanzamos los niveles inferiores al 10 % de 2018 (DANE, 2021). Asimismo, este tiempo trajo consecuencias nefastas para las personas que viven en la informalidad. Al no poder realizar su trabajo ni encontrar fuentes de ingreso alternativo, miles de familias vivieron verdaderos momentos de precariedad, inestabilidad e incertidumbre.

Para quienes conservaron su empleo —o retornaron a él—, se enfrentaron a transformaciones drásticas. Las restricciones de bioseguridad catalizaron tendencias que ya estaban presentes en el mundo laboral: digitalización, trabajo en casa, reuniones virtuales, etc. El momento más crítico de este proceso fue el primer semestre de la pandemia, porque supuso tener que adaptarse rápidamente en un tiempo de gran incertidumbre; con el agravante de una lectura cortoplacista y sobresimplificada en casi todos los actores de la sociedad. Con el confinamiento, se impuso para la mayoría el trabajo en casa; espacio que, a su vez, debió acoger una nueva dinámica

con sus propios retos: oficios domésticos, colegio en casa, convivencia, conectividad, entre tantos otros. Es en este último grupo en el que vamos a centrar nuestra atención, exponiendo cuatro desafíos apremiantes.

Vivimos en un mundo frenético; más aún en las grandes ciudades. El ritmo de la vida ha cambiado de forma drástica. Nos gobierna un anhelo de inmediatez y una constante prisa. Algunos han definido este tiempo como la era de la velocidad o la aceleración (Tamás, 2015); donde se impone la máxima “cuanto más rápido, mejor”, en todos los ámbitos de la vida y la cultura. En el mundo laboral es evidente una creciente necesidad de adaptarse con agilidad frente a los cambios del contexto o el mercado; y una búsqueda por eficacia, principalmente relacionada con el recurso del tiempo.

Incluso se ha llegado a describir una patología conocida como “enfermedad de la prisa”, que el diccionario médico Segen define como “un malestar en el que la persona se siente crónicamente apurada o corta de tiempo y, por lo tanto, tiende a realizar todas las tareas rápido y a experimentar frustración cuando se enfrenta con algún tipo de retraso” (Segen’s Medical Dictionary, 2021). Esta condición, extendida con extraordinaria prevalencia, ha moldeado espacios de trabajo llenos de ansiedad y afán, lo que trae consecuencias muy negativas en materia de motivación, identidad, cultura y clima laboral.

Según Sternad y Kennelly, esta aceleración en el ritmo de vida genera un tipo de liderazgo cortoplacista, que trae una menor disposición para construir y mantener relaciones de largo plazo (Sternad y Kennelly, 2019). Un ambiente laboral marcado por la prisa afecta la posibilidad de interacciones significativas entre pares o momentos para que los líderes puedan dedicarse a tareas estratégicas que demandan tiempo y atención. Así lo apuntaba el papa Francisco (2015): “Muchas personas experimentan un profundo desequilibrio que las mueve a hacer las cosas a toda velocidad para sentirse ocupadas, en una prisa constante que a su vez las lleva a atropellar todo lo que tienen a su alrededor” (n.º 225).

Como agravante de lo anterior, vivimos en un mundo saturado de información. Si bien la mayor disponibilidad de datos ha permitido abordar problemas complejos, también es cierto que no toda la información que recibimos resulta igualmente relevante. Esto ha traído lo que Han describe como el ‘síndrome de la fatiga de la información’, en el cuál “los afectados se quejan de creciente parálisis de la capacidad analítica, perturbación de la atención, inquietud general o incapacidad de asumir responsabilidades” (2014).

Esta avalancha de información nos lleva a vivir hiperestimulados, llenos de notificaciones, pantallas y ruido. Estamos cada vez más distraídos y dispersos. Esta realidad se extiende desde el trabajo hasta el ocio. Un estudio de 2020 reveló que, en promedio, un colombiano pasa más de 9 horas diarias conectado a internet —más de la mitad de este tiempo es a través del teléfono móvil—, de las cuáles invierte 3 horas y 45 minutos en redes sociales o aplicaciones de mensajería, y 3 horas y media viendo contenido audiovisual (Medina, 2020).

La primera consecuencia que podemos identificar para el trabajo está relacionada con la fatiga. Moss (2021) plantea que nos encontramos en medio de una epidemia de *burnout* o ‘síndrome del trabajador quemado’. La Organización Mundial de la Salud define este síndrome como:

El resultado de estrés crónico en el lugar de trabajo que no se ha manejado con éxito. Está caracterizado por tres dimensiones: sentimientos de agotamiento o falta de energía; distancia, negativismo o cinismo frente al propio trabajo; y una reducción de la eficacia profesional. (OMS, 2019)

Entre las principales causas de esta epidemia está una insostenible carga laboral. En un estudio reciente, el 62 % de las personas que manifestaron estar desbordados por sus responsabilidades experimentaron fatiga crónica frecuente o extremadamente frecuente en los últimos tres meses (Moss, 2021a). Para casi todas las personas que se vieron forzadas a trabajar desde casa los horarios se desdibujaron, y es frecuente encontrar quienes

sintieron que era difícil desconectarse de sus tareas, extendiendo su jornada hasta altas horas de la noche. Además, el cambio abrupto de condiciones significó asumir nuevas tareas y reaprender procesos o herramientas de trabajo. A esto debemos sumar las reuniones excesivas e improductivas; las actividades de reporte o calidad; la cultura organizacional que no privilegia la autonomía, y la falta de regulación laboral en materia de trabajo remoto.

La segunda consecuencia está relacionada con la falta de claridad, especialmente en los líderes. Tiempos convulsos demandan medidas drásticas: priorizar lo importante, leer adecuadamente el contexto y tomar decisiones con una mirada al largo plazo. Todo esto requiere calma y atención que, por lo expuesto hasta el momento, son dos condiciones cada vez más escasas. Cuando todo entra en la categoría de lo ‘urgente’ actuamos con prisa y ansiedad. Como sociedad no terminamos de atisbar las consecuencias que la pandemia ha traído y los horizontes dentro de los cuales se desarrollarán nuestras labores en un futuro pos-COVID-19. En algunos persiste todavía el anhelo nostálgico de regresar a un mundo —y un trabajo— que ya no volverá.

Un tercer fenómeno digno de mención es el relacionado con la remuneración y el dinero. El ganador del premio Nobel de economía Daniel Kahneman (2012) expone cómo muchas de las decisiones que consideramos libres y racionales vienen marcadas por mecanismos subconscientes de la mente. Estos sesgos entran en acción mediante asociaciones de las imágenes, palabras, conceptos, lugares, etc., lo que se conoce como *priming*. Estudios demuestran que cuando personas fueron estimuladas con imágenes de dinero —aun cuando fuesen billetes falsos—, el impacto en el comportamiento fue notorio, en detrimento de la solidaridad, empatía y capacidad para solicitar ayuda. Afirma el autor: “El tema general de estos resultados es que en la idea de dinero prima el individualismo: una renuencia a implicarse con otros, a depender de otros o a atender requerimientos de otros” (p. 43).

Por su parte, Daniel Pink (2009) ha estudiado el efecto que tienen los incentivos económicos. Contrario a la lógica preponderante en las organizaciones, las recompensas monetarias van en detrimento de la

motivación intrínseca; la visión panorámica o heurística, necesaria para resolver problemas complejos, el desempeño profesional y la creatividad. Pese a lo anterior, son muchas las personas cuyo esquema de remuneración genera excesiva atención en el dinero: bien sea por recibir un porcentaje muy alto de su salario de manera variable —asociado a métricas de desempeño, objetivos, comisiones, bonificaciones, etc.—, o bien por estar vinculados en contratos de prestación de servicios, lo que además genera menor estabilidad.

Por último, se nos presenta como inaplazable el desafío de la sostenibilidad. El papa Francisco (2015) ha resaltado que el reto de la ecología ambiental, económica y social “exige sentarse a pensar y a discutir acerca de las condiciones de vida y de supervivencia de una sociedad, con la honestidad para poner en duda modelos de desarrollo, producción y consumo”.

La agenda multidimensional consignada en los 17 objetivos de desarrollo sostenible de las Naciones Unidas pone de relieve que es necesario un compromiso activo de todos los miembros de la sociedad. Dentro de esta agenda hay un objetivo que específicamente entra en relación con la dimensión laboral llamado ‘trabajo decente y crecimiento económico’, que pone de manifiesto la relación entre la seguridad laboral, el crecimiento económico y la conservación del medio ambiente (ONU, 2021). Desde una perspectiva organizacional, este será un tema cada vez más prioritario en la agenda estratégica, pues no bastarán algunas iniciativas aisladas para la reducción del impacto, sino que se requerirá una mirada holística y un abordaje sistemático (De Smet *et al.*, 2021).

3. San José: trabajador y místico

Lo descrito en el apartado anterior, de manera interdisciplinar, constata la presencia de fenómenos que amenazan la humanidad y que repercuten de manera directa con el trabajo. Desde una perspectiva espiritual, la salud y la enfermedad no se limitan a la esfera biológica y psíquica del ser humano, sino que estas afectan todo su ser (Lésniewski, 2017). Así las cosas, podemos hablar de cuatro patologías relacionadas con el mundo del

trabajo: la fatiga, la ceguera espiritual o falta de discernimiento, la codicia y la ruptura de las relaciones fundamentales del ser humano “con Dios, con el hombre y con la tierra” (S.S. Francisco, 2015, n.º 66).

Por lo dicho anteriormente sobre san José, es prudente preguntarnos: ¿qué luces encontramos en su figura para estos temas que nos aquejan?

3.1. José, un hombre justo

Es llamativo que el único adjetivo que usa el evangelio para describir a José es el de “hombre justo” (Mt 1, 19); el cual debe entenderse en un sentido amplio. La piedad y la justicia están íntimamente relacionadas: la piedad como dimensión religiosa, y la justicia como la acción pública en la comunidad y en la sociedad (Boff, 2007). El justo es un hombre que camina en el espíritu de la *Torah*.

En el judaísmo, el *shabbat* es la fiesta de la justicia y la santidad divina. En esta celebración, el descanso es el culto. Dirá Crossan (2011):

El día del sábado no tiene nada que ver con liberarse del trabajo para que uno pueda ir a algún lugar dedicado al culto. Trata de la justicia distributiva del descanso del trabajo, para todos los que trabajan, como un culto en sí mismo. Es la manifestación pública del auténtico carácter de Dios como el Justo, porque procede de la misma creación de Dios. (p. 70)

El descanso aparece como uno de los elementos nucleares de la espiritualidad de Israel. Según el libro del Deuteronomio, esta práctica tiene por fundamento recordar y encarnar la acción liberadora de Dios sobre el pueblo esclavizado: “Recuerda que fuiste un esclavo en el país de Egipto, y el Señor tu Dios te sacó de allí con mano fuerte y brazo extendido; por tanto, el Señor tu Dios te ha mandado guardar el día sábado” (Dt 5, 15). Así pues, el descanso es el culto de la libertad humana; y la falta de él, la consecuencia de la esclavitud.

Cuando el trabajo pierde su ritmo natural es señal de que hemos perdido nuestra libertad, ya sea por las cadenas que otros imponen sobre nosotros, o las que nos someten desde adentro en todos los ámbitos de la vida. Entonces, fuera de balance, el trabajo ya no es un medio para desplegar nuestra vocación, sino una carga casi insoportable. Ante la pregunta ¿qué o quién me lleva a este punto?, cada uno encontrará respuestas diferentes: puede ser la codicia, el deseo de prestigio y reconocimiento o el miedo, y la inseguridad que produce perder el trabajo.

El verdadero problema es que estas dinámicas acontecen en nuestros puntos ciegos existenciales; desconocemos sus causas y sus efectos en nosotros, y por eso logran someternos. Son mecanismos no conscientes que surgen desde muy temprano en la vida para poder lidiar con las carencias y las heridas; en palabras de Thomas Keating (2011), “programas para la felicidad” que nos separan de lo que somos en realidad.

3.2. San José, hombre de discernimiento

El Evangelio de Mateo nos relata tres episodios de la vida del hogar de Nazaret desde la perspectiva de san José. Todos están definidos por momentos de revelación mística. El primero, cuando su prometida María queda embarazada y él ha decidido repudiarla en secreto (Mt 1, 18-20); el ángel del Señor se le aparece en un sueño y lo invita: “No temas tomar contigo a María tu mujer” (Mt 1, 20-21). Después, el ángel le comunica que la vida del niño está en riesgo y que debe partir a Egipto (Mt 2, 13-15), y por último, cuando le dice que es tiempo de regresar y entrar en la tierra de Israel (Mt 2, 20-21).

En estas narraciones podemos ver a un hombre que progresa en la acogida de la voluntad divina. Dicho de otro modo, José es un hombre que discierne. Repudiar a su mujer públicamente hubiese sido lo habitual; la determinación de hacerlo en privado muestra alguna compasión por María, pero en esta determinación José no se desprende de su propio querer y sentir. Sin embargo, el ángel cambia por completo su perspectiva y le revela cuál es su papel en todo esto. Esta revelación es progresiva, pues

después se le pide un cambio radical de planes, partir a otro lugar, dejar todo atrás y huir en medio de la noche. José calla y obedece. Por último, regresa de Egipto a Israel, como sus antepasados, y es guiado a encontrar el lugar para establecerse.

Todos estos momentos que atraviesa José están llenos de gran incertidumbre y dificultad, cambian “sus planes”, pero abriéndolo a la aceptación de su papel en la historia de la humanidad. Así pues, el discernimiento le permite interpretar a José el contexto, las señales y su lugar en todo esto. Nótese que en todos estos episodios José estaba reposando. El discernimiento requiere distancia, quietud y silencio. Ignacio de Loyola advierte de la importancia de apartarse para poder conocer la voluntad de Dios, pues esto lo pone a Él en primer lugar, porque nos permite recogerlos de la dispersión, y encontrar en esta quietud la disposición para el encuentro con el Amado (san Ignacio de Loyola, 2014, n.º 20).

Para los Padres del Desierto, según lo recibimos de Juan Casiano (2019), discernir es semejante a la labor de un hábil cambista, el cual debe distinguir el oro puro del que no ha sido purificado, el oro de otros metales brillantes y las monedas genuinas de las falsificaciones, aun cuando estén hechas de oro macizo (1.ª conferencia, XX). Para San Ignacio, el discernimiento nos libra de atender y acoger mociones que no nos abren a la experiencia de la trascendencia y de la vida, sino que nos encierran sobre nosotros mismos (San Ignacio de Loyola, 2014, n.ºs 313-336).

La voluntad de Dios, como concepto, puede traer algunas dificultades, en especial si la comprendemos como un mandato arbitrario y externo a nosotros y a la realidad. No obstante, la voluntad divina es la expresión más auténtica del ser humano cuando logra desprenderse de sus motivaciones ocultas, de los engaños y autoengaños que frenan su auténtica personalidad. La coyuntura crítica por la que pasan en este momento casi todas las organizaciones de la sociedad requiere líderes capaces de discernir los acontecimientos y así tomar decisiones que estén orientadas a buscar los caminos de la perfección y del bien común; sin que interfieran en esa búsqueda los miedos, las heridas, la codicia, la vanagloria y la soberbia. Al

final, es a través del discernimiento que ganamos claridad y consciencia sobre lo real y nos libramos de obrar como cegados por nuestras oscuridades.

3.3. El carpintero: trabajo y dinero

Aunque conocemos poco de los días de José en su taller, la tradición ha encontrado en su oficio gran significado e inspiración. El papel del paterfamilias en las relaciones domésticas era preponderante, en particular en lo referente a la formación de los hijos. Como bien lo recuerda Boff: “San José es un artesano, no un rabino. En él cuentan más las manos que los labios, más el trabajo que las palabras” (2007). Este trabajo humilde y aparentemente insignificante tiene una increíble fecundidad. Es el telón de fondo del crecimiento y la formación de Jesús. Afirma el papa Francisco (2020): “San José era un carpintero que trabajaba honestamente para asegurar el sustento de su familia. De él, Jesús aprendió el valor, la dignidad y la alegría de lo que significa comer el pan que es fruto del propio trabajo” (n.º 6).

Más aún, san José personificó en la Sagrada Familia el rostro del Padre, artesano del universo que trabaja en la creación, para nuestro bien y cuidado (Boff, 2007). San Ignacio dirá que, para alcanzar el Amor, debemos contemplar al Padre trabajando y laborando por nosotros en todas las cosas creadas (San Ignacio de Loyola, 2014, n.º 236). Con nuestras obras, entramos en la dinámica del amor universal que se dona a los demás en comunión. Dios trabaja y nos invita a trabajar con Él y por Él. Por esto, afirma el Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia (2005): “El trabajo humano, orientado hacia la caridad, se convierte en medio de contemplación, se transforma en oración devota, en vigilante ascesis y en anhelante esperanza del día que no tiene ocaso” (n.º 266).

Así las cosas, es la orientación, la motivación última, lo que determina la fecundidad de nuestras labores. Pero para poder entrar en este movimiento fundamental —receptividad/donación—, el ser humano debe desprenderse de la constante búsqueda por la seguridad material, pues esta se convierte en una distracción: el corazón se llena de preocupaciones que no le permiten ver la bondad de Dios que cuida de la creación (Mt 6, 25).

La paz y la pobreza de espíritu están intrínsecamente conectadas. Jesús dirá que no se puede servir a dos Señores; es cuestión de imposibilidad, de incompatibilidad fundamental, porque el deseo de riqueza termina gobernando todas las decisiones de la vida (Mt 6, 24). Evagrio Póntico (1995) afirma que asumir la pobreza es el camino para poder superar la dispersión y así encontrarse con Dios: “Ve, vende cuanto posees y dalo a los pobres; y tomando tu cruz niégate a ti mismo para que puedas orar sin distracción” (Sobre la oración, n.º 17).

Por esto el uso de los incentivos económicos representa un riesgo espiritual para la humanidad. Las consecuencias las padecemos de tiempo en tiempo de manera crítica, como en la última crisis financiera global. El trabajo debe tener en el centro una motivación genuina y trascendente, más allá de la simple búsqueda de bienestar económico. Esta intuición gana presencia en el mundo institucional; de ahí que sea tan recurrente la literatura sobre el trabajo con propósito como clave para generar verdadera motivación, enfrentar los embates de la incertidumbre y caminar de forma decidida hacia la sostenibilidad.¹

3.4. San José, protector de la vida

Como vimos anteriormente, el ángel del Señor va impulsando y conduciendo a José para desempeñar un papel fundamental: cuidar la vida del niño Jesús; una vida amenazada por Herodes, es decir, por el poder político. En esta experiencia de cuidado podemos encontrar la profundidad espiritual de quien ha contemplado al Hijo de Dios, al Verbo eterno que se ha hecho carne, que se ha hecho niño.

El camino espiritual reestablece en el ser humano la armonía de sus relaciones: consigo mismo y con los otros, con la creación y con el Absoluto. La encarnación y la pascua vienen a desentrañar el misterio del ser; la presencia del Logos divino en todo cuanto existe; el corazón

1 (Cf. Dhingra *et al.* 2021; Fink, 2018; Quinn y Thakor, 2018).

mismo de la realidad. Nosotros también debemos dejarnos interpelar por esta vocación de cuidar al Hijo encarnado, amenazado en los pobres, los migrantes, los enfermos; y también en los ríos, el aire, la biodiversidad y los ecosistemas. Es el cuidado de la casa común. El *telos* de la transformación es la compasión universal y la consciencia de la unidad de lo real.

Para san Isaac de Nínive (2020), el fin del ser humano “es un corazón misericordioso hacia toda la naturaleza creada” (p. 151). Prosigue:

¿Y qué es un corazón misericordioso? Es el incendio del corazón que arde por toda criatura: por los hombres, por los pájaros, por las bestias, por los demonios y por todo lo que existe. Al mero recuerdo de estos seres, y ante su vista, sus ojos derraman lágrimas por la violencia de la misericordia que oprime su corazón a causa de su gran compasión. Su corazón se derrite, y no puede soportar cuando oye o cuando ve un daño o un pequeño sufrimiento de cualquier criatura. (p. 151)

Por consiguiente, los desafíos que se nos presentan como humanidad en materia de superación de la pobreza, educación, acceso a los recursos naturales, el cuidado de la biosfera y la violencia tienen en su núcleo que nuestras relaciones fundamentales están rotas. Los problemas sociales y ecológicos tienen una raíz espiritual en el ser humano y, por lo tanto, una solución espiritual. Así lo expresa el papa Francisco (2015) en su encíclica *Laudato si'*:

No se trata de hablar tanto de ideas, sino sobre todo de las motivaciones que surgen de la espiritualidad para alimentar una pasión por el cuidado del mundo. Porque no será posible comprometerse en cosas grandes solo con doctrinas sin una mística que nos anime, sin “unos móviles interiores que impulsan, motivan, alientan y dan sentido a la acción personal y comunitaria”. (n.º 216)

4. El silencio: la mistagogía de José

Quizá uno de los rasgos más llamativos es el silencio en el que está envuelta toda la actuación de José; “pero es un silencio que describe de modo especial el perfil interior de esta figura” (S.S. Juan Pablo II, 1989). De él conocemos sus actos, su trabajo, su obediencia y su apertura y acogida a la Palabra de Dios hecha carne (Jn 1, 14), pero no sus palabras. Este silencio refleja el horizonte existencial de José, que no existe para sí mismo sino para el Verbo, lo que reviste su vida de extraordinaria sencillez y cotidianidad.

El silencio es el lenguaje del Padre y, por lo tanto, la experiencia más pura de la oración. Así lo confirman los grandes místicos de la historia: una experiencia unitiva de Dios en el abismo y oscuridad del silencio contemplativo. José es, entonces, un maestro del silencio:

Aquel que viene del silencio fue el primero en escuchar la palabra. A aquel que vino de la oscuridad de la vida cotidiana le fue dado contemplar, él primero, la luz que ilumina a todo ser humano que viene a este mundo. (Boff, 2007)

Es en el recogimiento y la quietud del silencio que podremos entrar en la morada interior que enseña Jesús (Mt 6, 6), pues no es la cantidad de palabras sino el encuentro con el Otro en mí y en el cosmos. Solo allí encontramos la salud integral, la posibilidad de discernir los signos de los tiempos y experimentamos la transformación de nuestro corazón en una fuente de agua viva para los demás (Jn 4, 14). Por esto mismo es necesario que encontremos el camino del silenciamiento en una sociedad llena de ruido. No se trata de una actitud de ruptura, desinterés o aislamiento. Por el contrario, José nos enseña que en el silencio germina oculto el Reino de Dios que está en nosotros.

Por eso, todos los desafíos o patologías descritas en esta ponencia tienen en el silencio su terapia y su medicina. Así lo señala S.S. Francisco (2015):

La paz interior de las personas tiene mucho que ver con el cuidado de la ecología y con el bien común, porque, auténticamente vivida, se refleja en un estilo de vida equilibrado unido a una capacidad de admiración que lleva a la profundidad de la vida. La naturaleza está llena de palabras de amor, pero ¿cómo podremos escucharlas en medio del ruido constante, de la distracción permanente y ansiosa, o del culto a la apariencia? (n.º 225)

Somos testigos de una época de despertar del anhelo de silencio, evidente en el crecimiento de distintas prácticas de meditación y contemplación en la sociedad contemporánea. Aun así, debemos reconocer el riesgo de la trivialización consumista de occidente, donde la motivación detrás de la búsqueda es el propio beneficio: la autocomplacencia, el confort o bienestar, lo que puede truncar el desarrollo de una espiritualidad auténtica.

El silencio, en cambio, es camino de kénosis: desprendimiento y abajamiento. Este movimiento nos dispone para acoger, como José, la vida que solo el Hijo puede dar.

Referencias

- Boff, L. (2007). *San José: Padre de Jesús en una sociedad sin padre*. Sal Terrae.
- Campbell, K. M. (Sep de 2005). What was Jesus' occupation? *Journal of the Evangelical Theological Society*, 501-519.
- Casiana, J. (2019). *Colaciones I*. Ediciones Rialp. Edición de Kindle.
- Crossan, J. D. (2011). *Cuando oréis, decid: 'Padre nuestro..'*. Sal Terrae.
- DANE. (2021). *Principales indicadores del mercado laboral*. https://www.dane.gov.co/files/investigaciones/boletines/ech/ech/bol_empleo_jul_21.pdf
- De Smet, A., Gao, W., Henderson, K. y Hundertmark, T. (10 de agosto de 2021). *Organizing for sustainability success: Where, and how, leaders can start*. <https://www.mckinsey.com/business-functions/sustainability/our-insights/organizing-for-sustainability-success-where-and-how-leaders-can-start>
- Dhingra, N., Samo, A., Schaninger, B. y Schrimper, M. (5 de Abril de 2021). *Help your employees find purpose—or watch them leave*. McKinsey Insights. <https://www.mckinsey.com/business-functions/organization/our-insights/help-your-employees-find-purpose-or-watch-them-leave>
- Evagrio Póntico. (1995). *Obras Espirituales: Tratado práctico a los monjes, Exhortación a una virgen, Sobre la oración*. Editorial Ciudad Nueva.
- Fink, L. (2018). *A Sense of Purpose: Larry Fink's Annual Letter to CEOs*. BlackRock. <https://www.blackrock.com/corporate/investor-relations/larry-fink-ceo-letter>

- Han, B.-C. (2014). *En el ejambre*. Herder.
- Isaac de Nínive. (2020). *El don de la humildad*. Ediciones Sígueme.
- Kahneman, D. (2012). *Pensar rápido, pensar despacio*. Debate.
- Keating, T. (2011). *Invitation to Love 20th Anniversary Edition*. Edición de Kindle.: Bloomsbury Publishing.
- Lésniewski, K. (2017). *Las enfermedades del espíritu: Diagnóstico y tratamiento en clave cristiana*. Ediciones Sígueme.
- Medina, R. (21 de septiembre de 2021 de 2020). *Estadísticas de la situación digital de Colombia en el 2019 y 2020*. Branch. <https://branch.com.co/marketing-digital/estadisticas-de-la-situacion-digital-de-colombia-en-el-2019-y-2020/>
- Moss, J. (2021). Beyond Burned Out. *Harvard Business Review Digital Articles*, 1-17.
- Moss, J. (2021). *The Burnout Epidemic: The Rise of Chronic Stress and How We Can Fix It*. Harvard Business Review Press.
- OMS. (28 de mayo de 2019). *Burn-out an “occupational phenomenon”*: *International Classification of Diseases*. Organización Mundial de la Salud. <https://www.who.int/news/item/28-05-2019-burn-out-an-occupational-phenomenon-international-classification-of-diseases>
- ONU. (12 de septiembre de 2021). *Objetivos de Desarrollo Sostenible*. <https://www.un.org/sustainabledevelopment/es/>
- Panikkar, R. (2005). *e la mística. Experiencia plena de la vida*. Herder .
- Pink, D. H. (2009). *Drive: The surprising truth about what motivates us (Edición de Kindle)*. Penguin Group.

- Pontificio Consejo “Justicia y Paz”. (2005). *Compendio de la Doctrina Social de la Iglesia*. Roma: Editrice Vaticana.
- Quinn, R. E. y Thakor, A. V. (julio-agosto de 2018). Creating a Purpose-Driven Organization. *Harvard Business Review*, 78-85.
- S.S. Francisco. (2015). *Laudato si*. Roma.
- S.S. Francisco. (2020). *Patris corde*. Libreria Editrice Vaticana.
- S.S. Juan Pablo II. (1989). *Redemptoris custos*. Libreria Editrice Vaticana.
- S.S. Juan Pablo II. (1989). *Redemptoris custos*. Libreria Editrice Vaticana.
- San Ignacio de Loyola. (2014). *Ejercicios espirituales*. Pontificia Universidad Javeriana.
- Segen’s Medical Dictionary. (20 de Septiembre de 2021). *Hurry Sickness*.
- Sternad, D. y Kennelly, J. J. (2019). The effects of social acceleration on the organization-place relationship. *Tamara Journal for Critical Organization Inquiry*, 17(3), 26-36.
- Tamás, D. (2015). Of Slowness in the Age of Speed. *Acta Universitatis Sapientiae - Social Analysis*, 5-12.
- Waaijman, K. (2011). *Espiritualidad: formas, fundamentos y métodos*. Ediciones Sígueme.

Aunque el recorrido teológico sobre la figura de san José es más bien reciente, si tomamos como punto de partida el Decreto *Quemadmodum Deus* del Papa Pío IX, cuando en 1870 lo declaró como patrono de la Iglesia y como último documento la Carta Apostólica *Patris Corde* del Papa Francisco de 2020, no ha sido así en la tradición del pueblo creyente que desde tiempos antiguos lo invoca como patrono de la buena muerte. Aunque esta reflexión teológica a nivel del magisterio petrino es reciente, las lecturas que hasta ahora se han hecho de san José son de gran riqueza porque presentan al santo como patrono de la Iglesia (1870), patrono de los trabajadores (1955), custodio del redentor (1989) y como un padre que ama y cuida (2020). En cada uno de estos atributos que la Iglesia le ha dado a san José es posible ver muchas cualidades del santo, las cuales no serían posibles si no es por su profunda espiritualidad y la especial relación de amistad que tiene con Dios.



Universidad
CATÓLICA
de Pereira

Editorial

SE

Sello Editorial
UNICATÓLICA

ce **centro
editorial**

Universidad Católica de Manizales